



ISSN: 1852-0723

CUBA ARQUEOLÓGICA

Revista digital de Arqueología de Cuba y el Caribe

Vol. XII, núm. 2 | julio-diciembre | 2019



Editor

Lic. Odlanyer Hernández-de-Lara

Editores Asociados

Lic. Johanset Orihuela León
Lic. Boris E. Rodríguez Tápanes

Comité Editorial

Dra. Silvia T. Hernández Godoy
*Grupo de Investigación y Desarrollo de la Dirección
Provincial de Cultura de Matanzas*

Dr. Daniel Torres Etayo
Instituto Superior de Arte, La Habana

Dr. Iosvany Hernández Mora
Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey

MSc. Jorge F. Garcell Domínguez
Consejo Nacional de Patrimonio Cultural

Consejo Científico Asesor

Dr. Roberto Rodríguez Suárez
Instituto Cubano de Antropología

Dr. Carlos Arredondo Antúnez
*Museo Antropológico Montané, Universidad de La
Habana*

Dr. Jaime Pagán Jiménez
Leiden University

MSc. Divaldo Gutiérrez Calvache
Grupo Cubano de Investigadores del Arte Rupestre

Dr. Jorge Ulloa Hung
Museo del Hombre Dominicano

Contacto

Dirección postal:
Calle 148 No. 12906 e/ 129 y 131. Pastorita,
Matanzas, Cuba.

E-mail: revista@cubaarqueologica.org

Web: www.cubaarqueologica.org

Portada

Excavación arqueológica en Guanabacoa, La Habana.
Foto de Odlanyer Hernández de Lara.



Los artículos publicados expresan únicamente
la opinión de sus autores.

Evaluadores de este número

Dra. Paola Schiappacasse, Dr. Juan Bautista Leoni,
Dr. Roberto Valcárcel Rojas.

Indexaciones

DOAJ, Dialnet, e-Revistas, EBSCO
ROAD, OALib, Holli/Harvard Library,
REBIUN, Smithsonian Libraries, Emerging Sources
Citation Index

*Cuba Arqueológica. Revista digital de Arqueología de
Cuba y el Caribe* es una publicación de frecuencia
bianual, surgida en el año 2008. Su objetivo
primordial es la divulgación científica de la
arqueología, la antropología y el patrimonio.

© Cuba Arqueológica, 2019



ISSN: 1852-0723

SUMARIO

Vol. 12, núm. 2 | julio-diciembre | 2019

EDITORIAL

Odlanyer Hernández de Lara

ARQUEOLOGÍA | artículos

LA MATERIALIDAD DE LA MUERTE EN ARQUEOLOGÍA. UN ENFOQUE TEÓRICO INTEGRADO DESDE LA COMPLEJIDAD, LA INTERACCIÓN SOCIAL Y LA AGENCIA.....5

Iosvany Hernández Mora

DIACRONISMO IDENTITARIO EN GUANABACOA: UNA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA.....21

Lisette Roura Alvarez, Odlanyer Hernández de Lara

EVALUANDO EL EFECTO DEL ARADO SOBRE EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO. UNA PROPUESTA DE DISEÑO EXPERIMENTAL PARA EL NORTE DE LA PAMPA.....38

Jimena Doval, Carlos Landa, Emanuel Montanari

DESENTERRANDO el pasado

CUBA PRIMITIVA. LAS RAZAS INDIAS.....57

Fernando Ortiz

NOVEDADES arqueológicas

BÚSQUEDA DEL POBLADO ABORIGEN “YUCAYO” EN LA ARQUEOLOGÍA DE LA CIUDAD DE MATANZAS.....64

Johanset Orihuela León, Ricardo A. Viera Muñoz

MANOS JÓVENES QUE DESENTRAÑAN LA HISTORIA: EXPERIENCIAS ARQUEOLÓGICAS EN LA ESCUELA TALLER DE MATANZAS.....72

Cándido Santana Barani

NORMAS editoriales

ESPAÑOL / ENGLISH.....75



Editorial

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA 
Editor de Cuba Arqueológica
odlanyer@cubaarqueologica.org

Este número de *Cuba Arqueológica* está enfocado, sin quererlo -pues no es el resultado de una convocatoria temática-, en la arqueología histórica, tratando diferentes aspectos que incluyen discusiones teóricas, propuestas metodológicas, identidad, entre otros. En esta ocasión participan investigadores cubanos y argentinos que aportan a las problemáticas sociales de América Latina.

Dos textos de arqueólogos cubanos integran la sección de artículos. El texto de Iosvany Hernández Mora discute la materialidad de la muerte en perspectiva teórica, a partir del enfoque de la complejidad, la agencia y los patrones de interacción social en sociedades asimétricas en el contexto de la colonización hispana en América. El otro corresponde a una discusión sobre la identidad social en Guanabacoa, La Habana, desde una perspectiva arqueológica, de la mano de Roura Alvarez y Hernández de Lara. A partir del análisis de la materialidad en un proyecto que tiene entre sus objetivos rescatar el rol del indio como categoría colonial en una región caracterizada por la cultura afrocubana que invisibiliza el aporte de la cultura indígena, se pone de manifiesto la presencia indígena, no solo local, sino también de la Florida, como resultado de las complejas interacciones sociales.

El equipo de arqueólogos argentinos integrado por Jimena Doval, Carlos Landa y Emanuel Montanari presentan una propuesta metodológica para evaluar el efecto del arado en el registro arqueológico. Para ello toman como punto de partida el sitio Mariano Miró, un pueblo de principios del siglo XX en La Pampa argentina, donde la actividad agrícola ha sido intensiva. Esto les permite generar expectativas de investigación, teniendo en cuenta los procesos de formación de sitio a partir de las condiciones naturales y los factores antrópicos que inciden.

Dos notas tienen como foco la ciudad cubana de Matanzas. Por una parte, se discuten las evidencias arqueológicas en torno a un asentamiento aborigen que la historiografía local ha asociado con un pasaje al que se hace referencia en una carta de la colonización temprana del archipiélago cubano. Ello implica poner en tela de juicio la ubicación de los sucesos que se han tomado como origen del nombre de la región. Por otra parte, se da a conocer un proyecto arqueológico de la novel escuela-taller de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Matanzas, que involucra la formación de técnicos locales para el estudio arqueológico de la urbe en concatenación con la restauración arquitectónica.

La materialidad de la muerte en arqueología. Un enfoque teórico integrado desde la complejidad, la interacción social y la agencia

Iosvany HERNÁNDEZ MORA¹ 

Resumen

Este artículo presenta una discusión de la materialidad en arqueología, y específicamente en el estudio de la muerte, a partir del enfoque de la complejidad y la teoría de los patrones de interacción social, que involucran la concepción de agencia. Desde la indiciencia de los patrones de interacción se proponen los causas analíticas de los aspectos que posibilitan la caracterización de la dinámica del fenómeno de la muerte en sociedades asimétricas (coloniales), como parte de los cambios que sufren los regímenes de práctica. La necesidad de considerar la agencia y cómo se estima su comportamiento en el ámbito de los artefactos, la acción humana y los espacios construidos, es crucial para explicar las dimensiones involucradas en los contextos de interacción social.

Palabras clave: materialidad, muerte, complejidad, interacción social y agencia.

Abstract

This article presents a discussion on materiality in archeology, and specifically for the study of death, from the perspective of complexity and the theory of patterns of social interaction, implementing the agency. From the particularity of the patterns of interaction, analytical pathways are proposed that allow characterizing the dynamics of death in asymmetric societies, by being part of the changes that occur in practices. To explain the dimensions involved in the contexts of social interaction, it is necessary to consider the agency and how its behavior is estimated in artifacts, individuals and built spaces.

Keywords: materiality, death, archeology, complexity, social interaction and agency.

La materialidad del mundo social (complejo) en arqueología

Desde una concepción de materialidad, como dimensión integral de la cultura, en los últimos años se han instrumentado enfoques metodológicos de investigación fundamentalmente en arqueología y antropología, que

intentan trascender las fronteras establecidas entre las disciplinas, al propiciar el sustento teórico para la integración de varios tipos de información, con el propósito de lograr un acercamiento, lo más integral posible, a la realidad social y cultural de los grupos humanos. Renfrew (2008: 238) le denomina la implicación material, al proceso que presupone el ajuste y determinación de

¹Investigador postdoctoral, proyecto ArtEmpire – ERC CoG 648535. Universidad del Norte/Universidad Pablo de Olavide, iosvanyhm@gmail.com

la existencia humana por la aplicación de valores simbólicos específicos, en el contexto –espacial y temporal– de cualquier sociedad.

La ambigüedad de la concepción de materialidad, como la de cultura, deja amplias posibilidades para su adecuación, que se manifiestan en las potencialidades de los contextos particulares de análisis e investigación, a tono con los fundamentos ontológicos que sustentan el desarrollo de las ideas de la complejidad de la vida social, y que han puesto en crisis el paradigma convencional de las ciencias sociales. Dos pilares delimitan la debilidad de este modelo científico y el ascenso de los nuevos saberes, que aún se abren paso, uno sustantivo, que admitió la sociedad humana como un ente únicamente natural, escenario funcional y utilitario, y por consiguiente sociológicamente condicionante, sin relación dialógica con el ser humano, y otro metodológico, postulando como efecto de esta concepción sociológica, la escisión –positivista– entre sujeto (investigador) y objeto (investigado), sustento de la estricta demarcación de las disciplinas y la estrategia que fragmenta los ámbitos de la realidad física y cultural (Boron 2006; Delgado 2011; Luengo 2016).

En arqueología estos fundamentos se aúnan con el cartesianismo, que precisamente se abrió paso en el siglo XVII con la distinción entre naturaleza y cultura, donde la primera (pasiva) podía ser transformada e iluminada por la segunda (creativa), una noción que separaba a su vez el cuerpo y la mente como dos sustancias incomparables: la primera finita, biológica, material y la segunda extra efímera. Lo que ha sido la base de los reduccionismos, que localizan la esencia cultural de las huellas materiales de los grupos humanos, bien en el ámbito de las ideas o de las presencias físicas (Thomas 2005; Delgado 2011). Paralelamente el paradigma convencional clásico trajo consecuencias sociológicas en las concepciones de la temporalidad, la historia y el cambio social, fundadas en la idea newtoniana mecanicista del carácter lineal del tiempo, como una secuencia de puntos coordinables, a la vez únicos y universales, donde las historias pueden ser ubicadas de manera progresiva, y el cambio social se admite como resultado de la proporción causa-efecto, con elementos estimulantes localizados en las fuerzas motrices (Seguel 2002; Espina 2008).

Dentro de la postura clásica o modelo positivista existen tres ajustes sociológicos diferentes para explicar el cambio social, y que en buena medida se extienden a las teorías actuales, considerando la pertinencia de las relaciones del espacio, los factores externos de la estructura social y la naturaleza creadora de la intersubjetividad: el determinismo externo, desarrollado por Herbert Spencer y Oswald Spengler, fijando el cambio y la historia –progreso y decadencia– por fuerzas al margen de la intervención humana (Giner et al. 2001); la representación posibilista de Max Weber, quien concibió que la acción subjetiva intencional de los individuos incidía en los cambios sociales, los que debían ser explicados a partir del conocimiento de los significados subjetivos y las condiciones objetivas, brindando importancia a la institucionalidad creada por las personas, como entidad limitadora de la acción (Giner et al. 2001); y el modelo determinista posibilista (marxista) que consideró el papel rector de la producción material en el desarrollo de la sociedad, a partir de una dialéctica relacional de la actividad práctica e intersubjetiva (Giner, et al. 2001; Espina 2008).

Al paradigma clásico, y todavía vigente, se le está oponiendo la concepción del carácter unitario de la naturaleza, donde lo físico, biológico y cultural forman parte de una misma realidad –aplicable al ser humano– (Morin 2001), pensamiento que propone captar, de acuerdo con Morin (2005), la necesidad de reconocer: la relación hologramática de la realidad, donde el conocimiento de las partes depende de la comprensión del todo, la multidimensionalidad de los fenómenos naturales y culturales, el carácter complementario y antagónico de las organizaciones, y la diversidad manifiesta en la unidad, lo que trae un enfoque diferente del tiempo, la historia y el cambio social, apertura fundamental del pensamiento posmoderno y postcolonial, que no acepta la escala única de progreso. Por ello, reconoce lo temporal como construcción social ligada a la materialidad, múltiple y particular, en la que pueden concurrir historias paralelas y un proceso plural de transformación social, simultáneo y paradójico, enfocando al individuo con capacidad innovadora (Espina 2008). Desde esta perspectiva, resulta irrelevante tratar de delimitar el campo

de las fronteras arbitrarias entre prehistoria e historia, permitiendo visualizar y entender las dinámicas sociales de cambio, permanencia y transformación, en la extensión temporal que se insiste como utilidad metodológica en la arqueología, que estudia procesos coloniales, para abordar, además, escenarios previos y posteriores a los contactos culturales (Valcárcel 2012; Montón 2015).

El carácter relacional y multidimensional de la materialidad, como cualidades esenciales de su existencia, según Tilley (2006a) y Knappett (2014), han posibilitado definir “áreas claves” en los estudios arqueológicos, donde su aplicación ha estimado la integración del mundo social, natural y cultural. En las investigaciones se ha prestado atención al ámbito artefactual –ineludible–, las sustancias o materiales que lo componen, sus orígenes, asociaciones y combinaciones, las variadas tecnologías de producción y la forma en que este espacio puede ser intercambiado y consumido, relacionándose con las ideas, el cuerpo y las intenciones conscientes, así como los hábitos y las tradiciones de individuos y grupos.

También se ha hecho énfasis en la ubicuidad de la cultura material, dentro de la que se ha entendido el cuerpo humano, en relación con las creencias, cosmovisiones y particularidades identitarias individuales y colectivas. En este sentido, ha resultado de interés la manera en que las cosas y el espacio, incluyendo la arquitectura y el ordenamiento urbano, afectan –producen, restringen, amplían y limitan– en fin, estipulan los hábitos y los comportamientos, que van más allá de la conciencia intencional de la gente, objetivados en efectos materiales de diversa índole (Thomas 2005; Renfrew 2008; Acuto y Franco 2015; Kosiba 2019). De modo que la materialidad como noción epicentral ha tomado lugar en las investigaciones de diferentes manifestaciones socioculturales del pasado, no sólo desde la arqueología sino desde el dominio de las ciencias sociales, para comprender la participación humana en el mundo, aspirando superar el énfasis que ha puesto el pensamiento occidental en la separación mente-cuerpo (material).

Todo esto hace pensar que abrir una noción de materialidad para la investigación arqueológi-

ca de la muerte conlleva su no reducción en términos de cultura material, sin embargo, ineludiblemente la contiene, revelada en el cuerpo humano (restos óseos), objetos –muebles e inmuebles– y artefactos con sus propiedades y materiales, sustancias y hechos físicos en diversas formas y procesos, que estuvieron inmersos en su dimensión objetiva y subjetiva en cualquier sociedad. Esto conlleva atender la relación dialéctica y recursiva entre las personas y las cosas, y la manera en que se definen y relacionan desde la interacción social, con particularidades diferentes, pero mutuamente relevantes en su existencia (Tilley 2006a). Esta perspectiva a su vez presenta consecuencias directas en cómo se entiende la sociedad humana y el individuo, en sus aspectos claves, para comprender las situaciones y relaciones sociales, y explicar o interpretar las conductas y sus variabilidades a través de la materialidad.

Desde una visión antropológica, el enfoque sistémico en los años noventa del siglo pasado, atendía la conducta humana a tono con la complejidad social. En base a la apertura de procesos e interacciones para sociedades asimétricas, Redfield (1993) sostenía que la sociedad humana funcionaba por la división del trabajo y la organización social de la producción y el consumo, a través de los acuerdos –tácitos o implícitos– acerca de la conducta apropiada –derechos y obligaciones– llegando a convertirse en tradicional, y constituyendo en ciertos casos el estatus de un individuo y un grupo, es decir, un sistema de relaciones, donde cada parte es diferenciada y crea el conjunto. Sobre esta plataforma, lo que se espera de un individuo es previamente conocido, acorde a los ideales comunes manejados por una sociedad o grupo.

Desde el enfoque de la complejidad y la teoría de los patrones de interacción social (Sotolongo 2006), se argumenta que las expectativas mutuas de comportamiento (acuerdos), son una de las premisas básicas sobre las que se desenvuelve la vida cotidiana. Las expectativas, son equivalentes al establecimiento tácito de seguir una regla de conducta, conformando patrones –modelos asentados en rasgos generalizables– recurrentes de interacción social, de manera que los patrones son actividades que conducen a satisfacer las expecta-

tivas mutuas. Mientras la interacción, reconocida como la peculiaridad humana de actuar y reaccionar ante el mundo (Giddens 2000), designa el proceso de interconexión de las acciones de los individuos, reguladas en prácticas locales inmanentes de poder, deseo, saber y discurso, que caracterizan el comportamiento individual y colectivo (Sotolongo 2006).

Esto quiere decir que las expectativas mutuas se erigen como resultantes sociales de las interacciones de la gente, en un espacio y tiempo determinado, a partir de la incidencia de cuatro aspectos sociales que trabajan de forma paralela, y que pueden admitirse como su cimentación: las asimetrías o desigualdades de circunstancias, que sitúan a un individuo o un grupo en posiciones diferentes en las relaciones de poder y dominación (Álvarez 1985); las desigualdades en la satisfacción e insatisfacción de las personas involucradas; la multiplicidad de sus posicionamientos de saber o maneras —métodos y técnicas— de resolución de los problemas cotidianos y la multiplicidad de posicionamientos enunciativos (las asimetrías sociales de los discursos), que remiten también a los aspectos previos. Las expectativas sociales regulan los comportamientos al limitar los no aceptados y posibilitar otros socialmente esperados, tanto desde los criterios que emanan de la totalidad de la red social como de sus componentes, lo que muestra la existencia de patrones de interacción social de incidencia horizontal (abarcadores) y vertical (más puntuales) (Sotolongo 2005). De manera general esta teoría concibe que la complejidad de lo social emerge de los patrones de interacción social, y de manera particular y simultánea, las estructuras sociales objetivas y las subjetividades individuales¹, lo que resulta muy estimulante para la investigación arqueológica, puesto que brinda la posibilidad de estudiar la transformación social, como se mostrará más adelante, desde la variabilidad de los resultados materiales como partes ineludibles de

¹ La propuesta se fundamenta en que los patrones de interacción social de la vida cotidiana actúan de forma dinámica como atractivo social, hacia donde los individuos de un sector o grupo tienden sus comportamientos, atraídos de alguna manera por las expectativas mutuas, con efectos limitantes y habilitantes según las concepciones de lo permitido o no (Sotolongo 2005, 2006).

los patrones de prácticas cotidianas de las personas en relación. Lo que no solo identifica la actividad práctica como un aspecto de la esencia humana, sino que esclarece las potencialidades interpretativas de conceptualizar la sociedad como un sistema complejo multilineal autoorganizado.

Las prácticas funerarias como patrón de interacción social

La muerte es un hecho que impacta la organización social de cualquier grupo humano, no sólo por el acontecimiento biológico sino también por la manera de tratar el fenómeno desde lo social, que involucra el cuerpo, sus connotaciones y la sociedad que realiza el despliegue funerario como un acto ceremonial visible y deliberado, que intenta depositar un mensaje intencionado para el tránsito de la persona fallecida, y para los que siguen vivos (Berenguer 1994; Pereira 2017). Es un proceso de copresencias y consecuencias, donde las actividades le brindan al cuerpo un tratamiento transicional en sentido social y ontológico, interviniendo las ideas, creencias y emociones socialmente compartidas respecto a la muerte y el estatus social del individuo (Knusel y Robb 2016).

La dimensión interaccional del hecho funerario hizo a Saxe (1970) proponer un marco conceptual para la investigación arqueológica, basándose en los diferentes roles de la identidad social, para investigar las prácticas funerarias y sus determinantes sociales, en lo fundamental para las llamadas comunidades igualitarias². Según la teoría de los roles, un conjunto de identidades es una característica móvil inherente a cada individuo, en dependencia del conjunto de actividades en las que se desempeña y sus vínculos sociales, lo que se traduce en derechos y deberes recíprocos con el resto de la sociedad (Goodenough 1965). Así, distintas identidades pueden ser portadas por un mismo individuo (persona social), y desarrolladas de manera específica en

² Arthur Saxe (1979) se basó en la teoría de Ward H. Goodenough, publicada en 1965 con el título: Rethinking 'status' and 'role': toward a general model of the cultural organization of social relationships. En: *The relevance of models for social anthropology*, Editado por Michael Banton.

dependencia de la situación de interacción. De manera proporcionada, el trato que recibe un fallecido refleja, según Saxe (1970), los derechos que tiene en el seno social, y los deberes de sus congéneres para tal acontecimiento, mostrándose en el registro arqueológico las diferencias sociales según el conjunto de identidades (persona social) que portaba el individuo o pudo heredar.

Asimismo, la noción de interacción como una zona de acción en el sistema social, donde se simbolizan y legitiman las clasificaciones de estatus, está implícita en los intentos de la arqueología procesual por desentrañar las relaciones entre las variabilidades de las prácticas funerarias y la complejidad organizacional, atendiendo a la estructura social y en base a los estudios etnográficos de diferentes sociedades, como teoría mediadora entre la sociedad y el registro material (Binford 1971; O'Shea 1984). Desde esta figura teórica y metodológica Goldstein (1981) valoró claramente la pertinencia de la interacción como aspecto clave para apreciar la variabilidad de los componentes espaciales de las tumbas, como reflejo directo de los niveles de relaciones e interacciones sociales, advirtiendo la multidimensionalidad de los primeros, acorde al comportamiento humano, manifestado en la persona social (conjunto de identidades).

En las teorías interpretativas posteriores (post-procesuales) la concepción de interacción social, a partir de la importancia de la identidad individual y colectiva para la investigación de contextos mortuorios, se instrumenta al aceptar el papel “activo, estructurante, sinestésico y performativo” de la materialidad de las prácticas y los espacios en la construcción de las sociedades (Rodríguez y Ferrer 2018). En este sentido Hodder (1988) adelantó que, para comprender las prácticas funerarias, se debía aceptar la relación indirecta de sus resultados materiales con la sociedad que los produjo, siendo evidente que las formas que adoptan los contextos dependen de las actitudes que tienen las sociedades hacia la muerte, por lo que las ideas, creencias y significados se interponen entre las gentes y las cosas. Siendo comprensible que atender el proceso de interacción social como concepto de análisis, desde la teoría de la complejidad social, debe permitir apreciar la variabilidad

en las prácticas mortuorias, como fenómeno relacionado con las creencias.

La materialidad de los patrones de interacción social, en tanto eslabones básicos de organización, posee rasgos definidos de indicidad³, que sintetizan su carácter situacional, y por consiguiente histórico –espacial y temporal–, propiedad determinante acompañada de otras que dicho fenómeno no puede dejar de manifestar, y que refieren su dinámica en el transcurso de la vida social. Entre ellas, la reflectividad, manifestada en el carácter circular, por el cual se desenvuelve o se retroalimenta una y otra vez, reproduciendo o modificando las expectativas mutuas en sus nuevas plasmaciones–, y como resultante, su carácter abierto, o la posibilidad de que siempre exista la continuidad de tales prácticas –modificadas o no– (Sotolongo 2006). Tener presente esta dinámica esclarece que la materialización de los patrones en los contextos arqueológicos, sin abstraer los procesos postdeposicionales, no son más que la experimentación dialéctica entre su historia particular (devenir) y el contexto específico de interacción, en el momento de la formación y transformaciones de los depósitos. Lo que deriva que cada aspecto considerado en la indicidad ostenta una trayectoria histórica particular que se enlaza en la interacción, imprimiéndole características peculiares en su acontecimiento. Razón por la cual los cambios combinan con la permanencia, como un principio multiplicativo de las relaciones, asegurando la funcionalidad del fenómeno sistémico (Seguel 2002).

La indicidad es la manera en que se objetiva todo caso de interacción social. Se trata de un fenómeno que siempre involucra personas (sus quiénes) –concretas y específicas–, plasmándose a través de prácticas (su qué) de un contenido propio, con formas definidas (su cómo), en lugares o espacios delimitados (su dónde), en ciertos momentos (su cuándo), hacia fines particulares (su para qué), y en circunstancias y consideracio-

³ La noción de indicidad o indexicalidad instrumentada por Sotolongo en su concepción acerca de los patrones de interacción social, fue utilizada originalmente por Charles S. Peirce en semiótica, como una de las modalidades del signo, referida a los estados de cosas que indican comportamientos y enunciados (Eco 2000).

nes concretas (su por qué) (Sotolongo 2006). Entender desde la arqueología el ámbito de la muerte como patrón de interacción es más posibilidad que limitación, puesto que una parte significativa de estos aspectos están representados en el registro artefactual y bioarqueológico, correlato de tales prácticas, aunque un acercamiento a los móviles sociales (su por qué) y los fines (su para qué), demanden su inferencia enlazando el resto de los componentes indiciales presentes en el registro y otras líneas de evidencia, como los registros documentales (prácticas discursivas) que pueden remitir a los aspectos del poder, el deseo y el saber de las expectativas mutuas en torno al patrón de interacción funerario, y que son extensivas a todo el cuerpo social, en el sentido de cómo se espera que deben realizarse los rituales de la muerte. Berenguer (1994) desde un enfoque semiótico concibe este acercamiento como el análisis de la dimensión semántica, que trata de dilucidar las relaciones entre los signos funerarios y los valores, creencias y convenciones culturales, permitiendo el análisis desde estas instancias.

Las creencias –religiosas– y convicciones han sido estimadas como parte de la armazón de la visión del mundo, un prisma que interfiere en la organización, unificación y sistematización de la experiencia individual y colectiva, a través de los significados y las emociones, y que promueve la estabilidad cultural (permanencia) (Sokolov 1986). En consecuencia, el cristianismo y sus representaciones acerca de la salvación del alma más allá del cuerpo, pueden ser admitidos como un modelo que encausa una homogeneización de la experiencia de la vida y la muerte en las sociedades coloniales, como parte inseparable de las expectativas mutuas en estos ámbitos. La variación o cambio en cualquiera de los aspectos de la indicialidad, puede conducir a mutaciones en la objetivación de los patrones de interacción antes señalados y, por consiguiente, propiciar transformaciones sociales, afectando todo el contexto de interacción (Sotolongo 2006). La dinámica de las prácticas funerarias, como parte de los patrones religiosos, puede modificarse sustancialmente, o al menos variar, siendo más creciente o decreciente, lo que afecta su ocurrencia en el espacio (su dónde) y en el tiempo (su cuándo), con la incorporación de nuevos individuos, quienes lo

hacen con sus biografías, matizadas por la pertenencia a patrones diferenciados de sectores sociales, género y filiación poblacional, con prácticas de poder, deseo y saber particulares, incorporados por sus *habitus* respectivos (Bourdieu 1997). Mostrando la posibilidad de una coextensión de las prácticas en relación, tanto al ámbito funerario como al resto de los patrones, que incluye el enlace de las diferentes localizaciones espaciales a las cuales pertenecen los individuos, tejiéndose una madeja de conexiones y nociones espaciales, entre lo próximo y lo lejano, que conforman las correlaciones entre las fronteras físicas y simbólicas en la interacción (Sotolongo y Delgado 2006).

Sin embargo, la incidencia de estos aspectos indiciales (individuos, espacios y tiempos) se produce en la coyuntura del resto de los elementos (qué, por qué, para qué y cómo), cada uno con aportaciones decisivas. Una conducta de reflectividad y apertura que depende de las finalidades y motivaciones de la incorporación o no de los individuos a los patrones, y donde la manera en que se realizan (su cómo) y el contenido (su qué) refuerzan la dinámica (Sotolongo 2006). Se entiende entonces que avanzar una caracterización de dicha dinámica, requiere de una indagación de los restos esqueléticos, a partir de su realidad biológica, donde las modificaciones que incorpora el *habitus* de Bourdieu se convierten en marcadores de identidad y del estatus social de los individuos (Tiesler 1997; Le Breton 2002; Rivera 2006), conjuntamente, con el estudio pormenorizado de los resultados del tratamiento ritual de la muerte en el registro arqueológico (su qué y su cómo), admitidos como indicadores del procedimiento necesario de desprendimiento y evacuación, ejercidos para redefinir el cadáver, transformándolo a partir de las distinciones que solía encarnar la persona en vida –acorde a sus identidades– en un objeto de despedida (Stutz 2008). En la realización de estas distinciones sociales el cuerpo del individuo tiene un papel singular y básico, ajustado en el proceso de subjetivación y categorización transfigurada, y consecuentemente de valoración y aprehensión social de manera palpable, siendo una materialidad de gran efecto en la práctica funeraria.

Las transformaciones sociales pueden ocurrir en variadas escalas y grados, en dependencia de

la envergadura del tipo de patrón que recibe el cambio, existiendo una jerarquía en la expresión de la transformación, donde el impacto social significativo ocurre con los patrones más abarcadores o de mayor alcance y los de disposición transversal en la sociedad, pues distintas actividades y características fenoménicas pueden tener jurisdicciones diferentes pero superpuestas. Un individuo o grupo siempre forma parte de varias relaciones sociales, sean interpersonales o impersonales, como la familia, gremios de intereses comunes o de igualdad, círculos económicos y de poder (Burkitt 2016; Thomas 2005). Necesariamente los patrones de mayor alcance, considerados también horizontales, son los que involucran a la totalidad de los miembros de una sociedad, durante todo su trayecto de vida, adecuados a sectores sociales, de clases y grupos familiares, y por lo tanto susceptibles de modificación por la reorganización social, mientras los transversales obedecen a la pertenencia de ciertos caracteres, que según Sotolongo (2006), no pueden ser modificados por sus invariantes de origen, como la filiación poblacional y el género. Sin embargo, hay que tener presente que, a pesar del fundamento biológico, estos últimos, como los patrones horizontales, también se construyen socialmente, de manera que un acercamiento a sus particularidades en arqueología debe relacionar los indicadores bioarqueológicos con el resto de los datos disponibles.

En sociedades asimétricas, por ejemplo, y con fuerte incidencia del catolicismo, los patrones de mayor alcance pueden ser ubicados en los de orden religioso, familiar y los que conducen a la desigualdad social (sectores sociales), sean políticos y/o económicos, mientras los relativos al género y la filiación poblacional pesan como transversales en ellos y en el resto de los patrones, por lo que se debe esperar que las llamadas “invariantes de origen” presenten múltiples variaciones y asociaciones con los patrones horizontales. Precisamente en este sentido Ortiz (2015) advertía que las categorías sociológicas y posiciones relativas al mestizaje, y específicamente a la mulatez, independientemente de sus diversificaciones de carácter fenotípico, tuvieron variadas determinaciones sociales e históricas en las sociedades co-

loniales en América, matizando múltiples procesos en los cuales se generaron nuevas posiciones culturales a partir de la recomposición ulterior de las culturas en interacción, fenómeno resumido en su propuesta conceptual de la transculturación (Ortiz 1963).

Conocimiento, materialidad y transformación social

La idea del cambio social desde una perspectiva de rangos se puede rastrear en las posturas filosóficas del materialismo dialéctico, acerca de la relación inmanente, y determinación en última instancia, de la actividad espiritual por la actividad práctica. Las posturas más coherentes y anti dogmáticas en torno a estos principios, al delimitar los conceptos de práctica y actividad para analizar la creación humana, circunscribieron en el primero la contingencia de los cambios en la existencia social material, por su repercusión en las condiciones de subsistencia y la conducta de la gente, mientras el segundo, operaba los cambios en la conciencia, como resultado de la actividad espiritual (Bueva 1980). Esta distinción se fundamenta en la hipótesis ontológica de que las personas, a través de su actividad práctica, crean las condiciones de su propia existencia —entre ellas, las relaciones sociales entre sí—, integrando la naturaleza a la realidad social, y creándose ellas mismas en ese proceso (Pupo 1990; Bueva 1980).

Esto es significativo porque muestra, en primer lugar, que las variaciones que experimentan las relaciones sociales, afectan de manera apreciable la manera en que interaccionan los objetos y las personas que se reproducen en ellas, y en segundo, la atención que se le ha prestado al carácter determinado de las necesidades y los fines, dentro de la relación recursiva entre ambas esferas de la actividad práctica y espiritual, como una tradición de reivindicación metodológica, para no perder la orientación en los análisis sociales. Lo que en cierta medida legitima Giddens (1993: 127-128), al estimar la tesis de que si los individuos “...hacen la sociedad, no la hacen meramente en condiciones de su propia elección.” Complementando con ello, la idea sustancial de la

producción de la vida social con la reproducción de la estructura, a partir de su teoría de la dualidad unitaria (Giner et al. 2001).

Respecto a las transformaciones y permanencias en la vida social, DeMarrais (2004) llama la atención acerca del papel del conocimiento en los procesos de interacción, para los cuales el concepto de *habitus*, citando la concepción de Bourdieu⁴, puede mostrar la manera en que opera la materialización de la cultura. El conocimiento socialmente compartido, entiéndase las prácticas y las experiencias (saberes), crean ciertas sedimentaciones acerca de las maneras de hacer y concebir, que luego pueden subsistir sin que los individuos o grupos tengan que rehacerlas continuamente. Es un proceso que concierne a la acción de las disposiciones adquiridas, esquemas de percepción, apreciación y práctica, involucrados por el contexto de un grupo social específico (Giner et al. 2001).

Bourdieu (1997) explica que los *habitus* son principios generadores de práctica distinta y distintiva, es por ello que una de sus funciones conceptuales es indicar las similitudes del estilo de vida, que puede distinguir disímiles grupos o sectores sociales, no sólo manifestadas en la cultura material, sino también en cómo se manejan las diferentes situaciones cotidianas, incluyendo los procesos vitales, como el nacimiento y la muerte. Es importante destacar que esta unidad de estilo o maneras de hacer, fundadas en los entendimientos compartidos, y pensada desde la teoría de la interacción social, no invalida la variabilidad de formas en que se revelan estos entendimientos y sus producciones materiales al interior de un grupo, señalando la amplitud de respuestas, asimilaciones o configuraciones particulares posibles, creando diferencias palpables. Por lo que la concepción de *habitus* a la vez da cuerpo a las desigualdades sociales, puesto que en todo caso se trata de individuos en interacción, con disímiles

historias de vida, matizadas por patrones de diferentes alcances y verticalidad, al menos como se ha mencionado, de familia, sector social, género y filiación poblacional.

Siguiendo a Bourdieu (1997) queda claro, además, que estas diferencias de prácticas al interior o entre grupos o sectores sociales, se convierten en diferencias simbólicas, constituyendo un lenguaje distintivo, solo perceptible cuando se pueden identificar los principios de división de las prácticas y las categorías de percepción y valoración. Esto significa que los actos de diferenciación están delimitados por el *habitus*, su lógica responde a sus disposiciones constitutivas, en el campo específico de acción, entroncando con la teoría de las expectativas mutuas. Lo que acompaña a un individuo en un acto determinado o la manera en que este se materializa en el espacio —como en el ritual de la muerte— solo tiene sentido en un contexto donde las finalidades, pueden ser advertidas por los sutiles principios de diferenciación. Desde el punto de vista arqueológico las consecuencias primarias de estos actos serían demostrativas de las expectativas mutuas y las particularidades de la interacción, sostenidas en las relaciones sociales que no necesariamente requieren coparticipación, lo que se podría extender a otros regímenes de prácticas discursivas, que revelan propósitos implícitos (Robb 2008).

Estos planteamientos permiten visualizar y apreciar particularmente la disposición de la reflexividad, constitutiva de los procesos de conocimiento y reconocimiento de las estrategias y las oportunidades de legitimación, emergentes en el acontecer social, necesarios en la medida en que las personas se enfrentan a nuevas situaciones de vida, y actúan adecuando su conducta por necesidades y fines (Pupo 1990). La reflexividad es relacional y constitutiva de las interacciones estratégicas, y supone intencionalidades conscientes, o al menos comprendidas teóricamente por los individuos, imbricándose definitivamente con la teoría de la acción (agencia) argumentada por Giddens (2006), pero en una perspectiva más amplia y en cierta medida contradictoria, como se verá más adelante, que desvirtúa la concepción de la reflexividad como una cualidad racional únicamente individual.

⁴ La concepción acerca del *habitus* en Bourdieu, es un mecanismo de estructuración que opera desde dentro de los agentes, aunque no es estrictamente individual ni en sí mismo totalmente determinante de la conducta. El *habitus* refiere creación, inventiva, pero dentro de los límites de la sedimentación (cognoscitiva) materializada de las estructuras sociales que propician estos comportamientos (DeMarrais 2004).

Como lo expresa Lamo de Espinosa (1993: 433): "...la verdadera reflexividad social sólo emerge cuando el actor se pone en el lugar del otro para observarse a sí mismo desde un punto de vista externo...", es decir, sólo es posible en un contexto de relaciones e interacciones, lo que presupone a su vez la actitud de distanciamiento y extrañamiento de los fenómenos regulares y cotidianos (Seguel 2002; Sotolongo 2006; Burkitt 2016). DeMarrais (2004) y Renfrew (2008) consideran que el cambio resulta crítico en este ámbito, puesto que introduce la elección y la decisión, fundadas en las experiencias que se materializan, arqueológicamente traducibles en contextos que pueden sobrevivir hasta la actualidad como una parte sustancial de tales eventos.

La indiciencia de los procesos de interacción, de manera específica, puede notificar a través de las distinciones generadas por los *habitus* correspondientes, las desigualdades y el reposicionamiento social, así como sus múltiples relaciones con el conocimiento sedimentado y las creencias (tradicionales), que se instrumentan en bienes (creados, transformados y utilizados) y propiedades (contextuales). La concepción de agencia, por deducción, ayudaría a comprender la materialidad de la muerte desde la arqueología, develando el carácter de las relaciones entre las cosas y las acciones de las personas, en tanto elementos que constituyen el registro funerario, pero con sus propios itinerarios históricos, moldeados por el *habitus*, como partes de la expresión de las dinámicas de la vida de una sociedad específica (Thomas 2005; Robb 2010).

La agencia en arqueología: individuos, objetos y espacios en interacción social

En los últimos años la concepción de agencia en arqueología se ha desplazado desde un enfoque centrado en las acciones del individuo independiente, a uno más relacional, en buena medida como respuesta a la teoría de la estructuración de Giddens (Burkitt 2016). En la reproducción de las prácticas institucionalizadas, este concibe la agencia como la capacidad continua y consciente, que tienen las personas de accionar o actuar, más allá de sus intenciones, desarrollando eventos que

no hubieran sido posibles sin la concurrencia de ciertas intervenciones (Giddens 2006). Las valoraciones adjudican a esta representación teórica de la acción una escisión injustificada entre la intencionalidad y la acción (agencia) (Schuster 1993; Van Dyke 2015). A pesar de ello, su separación metodológica aproxima una discusión primordial para comprender la complejidad entre acciones, intenciones y consecuencias, desprendiendo el obrar cotidiano de la acción reflexiva. Según Giddens, cualquier acción, intencional o no, puede concatenar, al menos, consecuencias no previstas de segundo y tercer orden, quedando separada definitivamente la agencia potencial del carácter de las circunstancias –fortuitas o perdurables– (Giddens 2006).

Esta concepción despliega un sesgo en delimitar cierta brecha entre la actitud reflexiva y cognitiva y la superestructura (relaciones sociales objetivas), para la cual el individuo puede sostener una disponibilidad de decisión racional, suprimiéndole importancia y pertinencia a los procesos de interacción social (Bourdieu 1997; Burkitt 2016). La resultante es una individualidad reflexiva que transcurre al margen de las afectaciones que produce la materialidad social, y de las interrelaciones con otros individuos, fragmentando los empalmes con los objetos –muebles e inmuebles– que quedan por fuera del ámbito de la acción particular, pero que participan de los patrones de interacción en los que el agente está inmerso como sujeto social.

Desde esta derivación la llamada agencia de las cosas sería potencial, según la capacidad de acción de los individuos, como objetos articulados por el manejo cognitivo en el desarrollo de los acontecimientos. Asimismo, permisible en procesos que, de ninguna manera, tienen un carácter continuo ni constante, a la vez limitada, minimizando el papel efectivo de las relaciones sociales, y desconociendo que la interacción individual y colectiva, sea clasificada a partir del obrar o el accionar, puede suceder condicionada por la costumbre, escapando de la actitud consciente las contingencias que forman su contexto, pero que aun así, crean una intervención que produce una impronta particular, incluso si los resultados no son intencionados (Burkitt 2016).

Existe consenso general, desde el materialismo dialéctico hasta los materialismos de nuevo tipo, en que ninguna actividad y relación, dentro de ellas las discursivas, o la imaginación y abstracción, suceden por fuera del orden material, individuos y cosas tienen un vínculo definitivo en el mundo social, tanto objetiva como subjetivamente (Skvortsov 1977; Sotolongo 2006; Acuto y Franco 2015; Žižek 2016). Esta premisa le brinda al enfoque relacional un asidero ontológico, que permite de manera genérica establecer como finalidad de estudio, no los objetos o entidades producidas en las relaciones sociales, sino las particularidades de su lugar en ellas y en los modos de vida, es decir la dinámica del fenómeno, incluyendo la cultura material y la tecnología.

La cuestión actual en discusión no es si los objetos materiales despliegan una especie de agencia en relación con los individuos, sino cómo se produce esta en la vida social, considerando que los artefactos entran dentro de diferentes campos de la actividad práctica en la vida cotidiana. Desde una perspectiva relacional y fundamentada en la teoría de Latour, quien considera actuantes tanto humanos como objetos, Robb (2010) sustenta como una idea central, que las cosas tienden a desempeñar una “agencia de cómo” en lugar de una “agencia de por qué”, llamándole la formación del “artefacto extendido”. Es la combinación de individuo y artefacto, que incluye en la relación las cualidades de ambos, lo que configura el curso de cualquier suceso, como una conjunción mediada de creencias, asociaciones e interacciones con otros individuos, así como áreas espaciales y contextos temporales definidos. En términos prácticos, desde esta perspectiva, la agencia de los objetos opera desde las configuraciones que perfilan las plausibles acciones de los individuos y grupos (*habitus*), ya que en ellas se enlazan las creencias y las prácticas asociadas con las cosas (Robb 2010).

También desde un enfoque relacional, a partir de la teoría de la interacción social, Sotolongo (2006) brinda una perspectiva diferente vinculada a la formación del deseo, y por ello más operativa en la coyuntura objetiva y subjetiva, que se produce con las cosas y los individuos en circunstancias sociales de consecución positiva de resultados apetecidos. La satisfacción obtenida, cual-

quiera que esta sea, queda acoplada con los escenarios que la propiciaron y, por consiguiente, a los objetos e individuos involucrados, permaneciendo en la subjetividad como una suerte de “rastros”, por el cual se puede evocar una nueva satisfacción simbólica. Estas complacencias ficticias o no, obtenidas en situaciones de interacción social, cierran y reabren los circuitos del deseo, que guían *a posteriori* la búsqueda de su renovación (Sotolongo 2006). En virtud de lo cual, parece plausible que las cosas materiales –sustancias, productos y objetos muebles e inmuebles– no solo ejercen una “agencia de cómo”, sino además una “agencia de por qué” y “para qué”, que se enlaza con la creación de móviles y el alcance de finalidades sociales en los regímenes de prácticas, caracterizables empíricamente. Los objetos y otras materialidades tienen un potencial activo en el sentido de estimular la acción social, es por ello que Fahlander y Oestigaard (2008) definen el concepto de materialidad como aquellas cosas que están involucradas en el desarrollo social y lo influyen de manera diversa.

Para Gosden (2004) las formas materiales en contexto colonial poseen un mecanismo galvanizador y movilizador de las personas, proposición sustancial en el entendimiento de las relaciones que los individuos y colectividades establecen con el mundo material, dentro de las cuales ninguna de las partes carece de poder, ya que este es constitutivo de las propias relaciones, de tal manera que todas presentan mediación y efecto social (Álvarez 1985). De esto se desprende que, efectivamente, la agencia se produce en y por la relación de personas y cosas, donde el comportamiento social de las primeras y las propiedades físicas de las segundas, tienen un papel determinante y estructural en los patrones de interacción social⁵. Además, la tecnología y los saberes relacionados con ciertas sustancias y materiales, entran asimismo en los *habitus*, de manera que sus variaciones pueden acompañar los cambios en el contexto social. Lo que sitúa a la cultura material, en cuanto a las propiedades físicas de sustancias y

⁵ Para una perspectiva histórica de la agencia de las cosas en contexto colonial global véase Bethany Aram (2014) “Taste transformed. Sugar and spice at the sixteenth-century hispano-burgundian court”.

materiales, como un elemento pertinente a la indicidad de los patrones sociales.

Este punto de vista se conecta con la propuesta de Ingold (2013), acerca de reorientar la atención de la materialidad de los objetos a las propiedades de los materiales, por las cuales entran en el mundo social. La agencia de las cosas (como realidad percibida) estaría igualmente en el modo en que se imbrican en el cambiante mundo de la vida, por lo que sus propiedades serían relacionales, experimentadas y limitables por las prácticas (Ingold 2013; Žižek 2016). Es evidente que las propiedades de los materiales, sus formas y las tecnologías son atributos que deben ser atendidos, para comprender el papel activo (agencial) de las cosas, pues no son aspectos neutrales elegidos o ejecutados al azar, responden a representaciones sociales y significados contextuales, que pueden tener múltiples asociaciones, según las historias concatenadas con los elementos.

De acuerdo con Robb (2010) cabe señalar que la redefinición de símbolos culturales, como parte de respuestas particulares de resistencia o enfrentamiento, y por ello, de estrategias sociales, es factible de analizar a través de los materiales alternativos que responden a tradiciones específicas, y que pueden mostrar producciones de objetos particulares por necesidades culturales. Las características de las producciones y sus escalas igualmente remiten al valor social de las cosas, esclareciendo los tipos de relaciones entre estas y las personas, siendo diferente si intervienen, ya sea propiciando la materia prima o participando en las fases o procesos de elaboración (Tilley 2006b).

En efecto, Brey (2005) propone para la agencia de las cosas una perspectiva de distinción entre lo social y lo técnico o material, en la que los artefactos y sus propiedades no deben ser analizados ni como hechos objetivos ni como simples construcciones sociales, sino como partes inherentes de la red social, en la que ganan identidad, estimando que la materialidad de la red no es puramente social, incluye existencias no humanas y bienes, donde lo humano es una disposición más en un entramado ilimitado de disposiciones (Žižek 2016). Por estos motivos, las propiedades físicas de los objetos no solo funcionan para provocar o evitar ciertos acontecimientos o actitudes

mediante la acción, también pueden hacer posible nuevas situaciones a partir de la generación de nuevos conjuntos de oportunidades, en los contextos en que las personas diligentemente pueden identificarlas y aprovecharlas (Brey 2005). Para el estudio de los cambios en los campos de acción, Robb (2010) propone entender su desenvolvimiento histórico en términos de una lógica interna, horadada por relaciones sociales —políticas, económicas (patrones más abarcadores y transversales) y tecnológicas— entre personas, cosas y contextos, puesto que forman unidades (trayectorias materiales) útiles para el análisis a largo plazo, como genealogías de la práctica. Esta imagen coherente con la teoría de la interacción social, prefigura la importancia de los espacios construidos, valorados como objetos de características propias (Fahlander y Oestigaard 2008).

La agencia de los espacios construidos para la muerte

Dentro del dominio de los artefactos, los edificios tienen la peculiaridad de crear y ordenar los espacios que resultan de su construcción, en patrones —esquemas— socialmente sancionados. De manera que sus formas, como objetos funcionales y significativos, singularizan cómo una sociedad prescribe el ordenamiento de las relaciones entre las personas y los campos de actividad (Hillier y Hanson 2005). Es por ello que la arquitectura se percibe como una práctica que manipula el espacio natural, mediante técnicas —procedimientos y materiales— que varían a lo largo del tiempo por factores sociales, culturales y económicos, demandando su comprensión como fenómeno social, al que se le atribuyen roles específicos, al poner de manifiesto las subjetividades y disposiciones en interacción, vigentes en el momento específico de construcción como materialización de las sedimentaciones del conocimiento, que además trascienden los contextos iniciales (Pauketat y Alt 2005).

Por esta razón desde la arqueología, la arquitectura ha sido abordada como una manifestación que construye la realidad social en diferentes contextos —pasados y presentes—, manteniendo y reproduciendo el sistema de saber-poder imperan-

te en cada momento histórico, como agente activo que genera conducta social y transmite mensajes simbólicos, que son asimilados de manera inconsciente en los marcos espaciales de la vida cotidiana (Mañana et al. 2002). En esta dirección las investigaciones han evidenciado que las construcciones edilicias coartan las alternativas de movimiento y percepción, disciplinando intencionalmente los cuerpos y las mentes con propósitos de control, y en tanto acompañantes de las divisiones de las actividades económicas, reproduciendo las actitudes frente a la producción material. Asimismo, se ha mostrado cómo los estilos arquitectónicos que perduran en los monumentos históricos, trascienden como significantes al participar en la construcción de los discursos actualizados sobre el pasado y la delimitación de figuras históricas y elementos de cultura material que deben ser privilegiados, exaltados y preservados como parte de las historias nacionales (Senatore 2004; Zarankin 2005), como el caso de la arquitectura barroca en el ámbito brasileño (Soares 2015) y en la construcción de una arqueología de conservación y protección de la arquitectura en el contexto cubano (Hernández 2011).

Este poder modulante que posee la arquitectura como artefacto omnipresente en el tiempo, le proporciona una cualidad distintiva como entidades inseparables de los sistemas de relaciones espaciales, que en procesos de larga duración permiten perfilar, con los cambios constructivos y de orden espacial, las dinámicas de las permanencias. Hillier y Hanson (2005) señalan que las relaciones sociales están implícitas en las relaciones espaciales de los inmuebles, en una proyección exterior, estableciendo el orden urbano y al interior, definiendo y controlando el sistema de categorías sociales de identidad y diferenciación (desigualdades). Las permeabilidades funcionales de ambos espacios tenderían a la complementariedad, puesto que los interiores definen las posturas ideológicas, en el sentido de que las estructuras del *habitus* serían continuamente reafirmadas por la práctica situacional, mientras que los exteriores definen un área más transaccional y política, puesto que construye un espacio más fluido, que acentúa la movilidad y la transformación.

La dialéctica de la relación entre lo interno y lo externo, lo próximo y lo lejano, del punto de

vista arquitectónico, marcaría las diferencias de las significaciones de las variables de los contextos, en cuanto al lugar (el dónde) de los patrones de interacción social, con lo cual la temporalidad (su cuando) y la impronta de las finalidades de los sucesos (su para qué) adquieren diferentes matices, a partir de las experiencias –corporales– de los individuos y grupos. El lugar como categoría absoluta individualizada de los procesos de interacción, como afirma Augé (2000) sería impensable, consignando un referente abstracto y a la vez material de las relaciones con los espacios y sus connotaciones, incluso y necesariamente emocionales, donde la materialidad del cuerpo, y sus relaciones con el espacio y el resto de la cultura material es fundamental (Rivera 2012).

Se parte de un presupuesto que enlaza paisaje y arquitectura como dos continuidades que obedecen a las mismas estrategias de construcción social y patrones de racionalidad, que armonizan la imposición y la exposición en las propiedades de los espacios y sus percepciones, asentando la trascendencia metodológica del estudio del aspecto físico (formas y espacios), sus relaciones y vías comunicantes en el registro arqueológico. Las propiedades de los materiales empleados, su colocación y las técnicas constructivas, la organización y atributos interiores y exteriores de los volúmenes, y la localización del inmueble, creando una determinada escena urbana, aproximan la manera en que se materializa la dimensión simbólica del ambiente en el que se desarrollan los patrones de interacción social. El orden urbano y la arquitectura, como materializaciones durables de la sedimentación del conocimiento y el poder, formarían parte de las estructuras objetivas de una sociedad, que una vez erigidas mantendrían su carácter conformador y de diferenciación de los patrones de interacción social –como las prácticas funerarias–, a la vez que sus variaciones propiciarían cambios en ellos.

En el análisis de los espacios de interacción es necesario considerar la propuesta teórica de que todo lo visible es simbólico, en el sentido de que la voluntad de hacer visible (inclusiva) o no (exclusiva) los procesos sociales y sus resultados, es la objetivación de la concepción espacial en una sociedad, fundamentado en las propiedades antropológicas de la conciencia humana (Lotman

1998; Criado 1999; Mañana et al. 2002). Criado (1991) le clasifica como la inclinación que tiene un grupo social de exhibir y destacar los productos de la cultura material. En sociedades asimétricas la voluntad de visibilidad en la arquitectura revelaría una estrategia concomitante al lugar que ocupa cierto grupo en el entramado social, que en ocasiones se traduciría en las pautas hegemónicas de un sector social en relación con el resto, manifestadas en las construcciones edilicias, como maneras de hacer y concebir donde entran en juego las formas, las organizaciones y las relaciones entre los individuos y los espacios.

A partir de este principio la indagación de los rasgos visibles respondería a las interrogantes de qué elementos o aspectos se destacan, cómo y por qué, permitiendo definir las lógicas de las intencionalidades, tanto para los contextos funerarios, como para la arquitectura y los espacios relacionados al patrón religioso de interacción social, en las prácticas funerarias, como en iglesias y cementerios. Los estudios destacan cuatro estrategias básicas que se han definido dentro de los esquemas lógicos: la inhibición, señalando la ausencia de actitud consciente de visualización, la ocultación como invisibilidad, la exhibición a modo de visualización consciente y la monumentalización, en virtud de una exhibición con pretensiones de perdurabilidad, existiendo en algunos casos correspondencia entre ellas y los tipos de regularidades espaciales (Criado 1991).

Las acciones en un contexto de interacción, pueden ser más o menos significativas, por la relación entre la estrategia de visibilidad instrumentada y el carácter simbólico del espacio construido en el cual se desarrollan, asumiéndose la connotación por asociación contrastante y extendida, entre actividad y lugar (espacio). Es una relación en la cual los diferentes significados de las acciones materiales (eventuales y permanentes) no forman una cadena, sino que se hallan en una relación mutuamente relevante (Lotman 1998). Las intencionalidades de cualquier acción individual o colectiva, estarían relacionadas con el tipo de estrategia de visibilidad que canalizan, el lugar de ocurrencia en relación a las propiedades y connotaciones de los espacios arquitectónicos, y la durabilidad o permanencia de las conse-

cuencias o los efectos inmediatos, perfilando, además, el alcance social en términos prácticos. Es de esperar que en el registro arqueológico de las prácticas funerarias los elementos distintivos de la cultura material –en cuerpos, artefactos y sus asociaciones– estarían mostrando distinciones sociales, que responden a las diferentes historias de los individuos y a las creencias, como un mensaje manipulado a una situación de tránsito y estatus.

Es necesario acentuar que el estudio de la relación de los signos funerarios con los individuos que los producen, y aquellos hacia los que va dirigida la información visual, debe distinguir entre los rasgos que están vinculados a la identidad de los individuos, materializados en sus cuerpos y las singularidades resultantes de los rituales funerarios, entre ellos los restos artefactuales, que pueden ser manipulados en el despliegue mortuario con diversos intereses (Berenguer 1994). Se trata de un conjunto que en todo momento refiere la pertenencia a patrones transversales y horizontales de interacción, cuya coherencia entre las partes debe ser examinada.

Bibliografía

- Acuto, F., y V. Franco. (2015). *Arqueología y mundo material. Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Ediciones Abyayala, Quito.
- Álvarez, J. (1985). *Michel Foucault: verdad, poder, subjetividad. La modernidad cuestionada*. Ediciones pedagógicas. Madrid.
- Aram, B. (2014). Taste transformed. Sugar and spice at the sixteenth-century hispanoburgundian court, Aram, B. y Y. Yun-Casalilla (eds.), *Global goods and the Spanish Empire, 1492-1824. Circulation, resistance and diversity*. Palgrave Macmillan.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa Editorial. Barcelona.
- Berenguer, J. (1994). La muerte como un discurso para los vivos: hacia una semiótica de la evidencia funeraria. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 19: 23-27.

- Binford, L. (1971). Mortuary practices: their study and their potential, *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices. Memoirs of the Society for American Archaeology* 25: 6-29.
- Boron, A. (2006). Prólogo, P. Sotolongo y C. Delgado (comp.), *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Colección Campus Virtual de CLACSO. Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Brey, Ph. (2005). Artifacts as social agents, H. Harbers (ed.), *Inside the politics of technology. Agency and normativity in the co-production of technology and society*. Amsterdam University Press.
- Bueva, L. (1980). La actividad práctica y espiritual, *Estética marxista-leninista y la creación artística*. Editorial Progreso. Moscú.
- Burkitt, I. (2016). Relational agency: relational sociology, agency and interaction, *European Journal of Social Theory* 19, 3: 322–339.
- Criado, F. (1991). Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje, *Boletín de Antropología Americana* 24: 5-29. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Criado, F. (1999). Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje, *Capa 6. Criterios y convenciones en arqueología del paisaje*. Universidad de Santiago de Compostela.
- Delgado, C. (2011). *Hacia un nuevo saber. La bioética en la revolución contemporánea del saber*. Publicaciones Acuario. Centro Félix Varela. La Habana.
- DeMarrais, E. (2004). The Materialization of Culture, *Rethinking materiality the engagement of mind with the material world*. E. DeMarrais, Ch. Gosden y C. Renfrew (eds.), McDonald Institute for Archaeological Research University of Cambridge.
- Eco, H. (2000). *Tratado de semiótica general*. Editorial Lumen, Barcelona.
- Espina, M. (2008). Una concepción compleja del cambio, el tiempo y la historia, *Complexus. Revista sobre complejidad, ciencia y estética* 4, 2: 6-21.
- Fahlander, F., y T. Oestigaard (2008). *The materiality of death: bodies, burials, beliefs*. Publishers of British Archaeological Reports Series 1768, Oxford.
- Giddens, A. (1993). *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva a las sociologías interpretativas*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Giddens, A. (2000). *Sociología*. Alianza Editorial S. A. Madrid.
- Giddens, A. (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Giner, S., Lamo de Espinosa, E., y C. Torres. (2001). *Diccionario de sociología*. Ciencias Sociales. Alianza Editorial. Madrid.
- Goldstein, L. (1981). One-Dimensional Archaeology and Multidimensional People: Spatial Organization and Mortuary Analysis, K. Chapman y Randsborg (ed.), *The Archaeology of Death*. Cambridge University Press.
- Goodenough, W. (1965). Rethinking 'status' and 'role': toward a general model of the cultural organization of social relationships, Michael Banton (ed.), *The relevance of models for social anthropology*. Monographs 1. Travistock.
- Gosden, Ch. (2004). *Archaeology and colonialism. Cultural contact from 5000 BC to the present*. Cambridge University Press, England.
- Hernández, I. (2011). La arqueología del período colonial en Cuba: apuntes teóricos de sus primeros cincuenta años (I), *El Caribe arqueológico* 12: 3-14.
- Hillier, B. y J. Hanson (2005). *The social logic of space*. Cambridge University Press. New York.
- Hodder, I. (1988). *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Editorial Crítica. Barcelona.
- Ingolt, T. (2013). Los Materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo* 7, 11: 19-39.
- Knappett, C. (2014). Materiality in archaeological theory, C. Smith (ed.), *Encyclopedia of global archaeology*, Springer, New York.
- Knusel, C., y J. Robb (2016). Funerary taphonomy: An overview of goals and methods, *Journal of Archaeological Science. Reports* 10: 655-673.

- Kosiba, E. (2019). New Digs: Networks, Assemblages, and the Dissolution of Binary Categories in Anthropological Archaeology, *American Anthropologist* 121, 2: 447–463.
- Lamo de Espinosa, E. (1993). La interacción reflexiva, E. Lamo de Espinosa y J. E. Rodríguez (eds.), *Problemas de teoría social contemporánea*. Editorial Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lotman, I. (1998). *La semiosfera II. Semiótica de la cultura, del texto, de la conducta y del espacio*. Ediciones Cátedra, S.A. Universidad de Valencia.
- Luengo, E. (2016). El pensamiento complejo. Método-estrategia y principios, L. G. Rodríguez (coord.), *La emergencia de los enfoques de la complejidad en América Latina. Desafíos, contribuciones y compromisos para abordar los problemas complejos del siglo xxi*. Castelar: Comunidad Editora Latinoamericana.
- Mañana, P., Blanco, R., y X. Ayán Vila (2002). *Arqueotectura 1: bases teórico-metodológica para una arqueología de la arquitectura. Tapa 25. Trabajos de arqueología e patrimonio*. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe. Santiago de Compostela.
- Montón Subías, S. (2015). Colonialismo, monarquía hispánica y cultura material. Algunas contribuciones desde la arqueología, *Índice Histórico Español* 128: 137-174.
- Morin, E. (2001). *El método. La naturaleza de la naturaleza*. Ediciones Cátedra. Madrid.
- Morin, E. (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa. Barcelona.
- O'Shea, J. (1984). *Mortuary variability. An archaeological investigation*. Academic Press, Inc. Orlando.
- Ortiz, F. (1963). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación*. Consejo Nacional de Cultura. La Habana.
- Ortiz, F. (2015). *Epifanía de la mulatez: historia y poesía*. J. A. Matos (comp.), Fundación Fernando Ortiz. La Habana.
- Pauketat, T., y S. Alt (2005). Agency in a Post-mold? Physicality and the Archaeology of Culture-Making, *Journal of archaeological method and theory* 12, 3: 213-236.
- Pereira, G. (2017). Bioarqueología de las prácticas funerarias. *Arqueología Mexicana* 24, 143: 50-55.
- Pupo, R. (1990). *La actividad como categoría filosófica*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Redfield, R. (1993). Cómo funciona la sociedad, H. L. Shapiro (ed.), *Hombre, cultura y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México, D. F.
- Renfrew, C. (2008). Implicación material y materialización, C. Renfrew y P. Bahn (eds.), *Arqueología, Conceptos claves*. Akal, Madrid.
- Rivera, J. (2006). Sepulturas abiertas en la Nueva Granada. Reflexiones sobre una arqueología histórica de la muerte, P. A. Funari y F. R. Brittez (eds.), *Arqueología histórica en América Latina. Temas y discusiones recientes*. Ediciones Suárez, Mar del Plata.
- Rivera, J. (2012). Dolencias, remedios y sepulturas. Hacia una arqueología del “cuerpo” en el antiguo hospital de San Juan de Dios de la ciudad de Panamá Viejo, tesis doctoral. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Robb, J. (2008). Agencia, *Arqueología. Conceptos claves*. C. Renfrew y P. Bahn (eds.), Akal, Madrid.
- Robb, J. (2010). Beyond agency, *World Archaeology* 42, 4: 493–520.
- Rodríguez, J., y E. Ferrer (2018). Teoría e Interpretación en la Arqueología de la Muerte, *Spal* 27, 2: 89-123.
- Saxe, A. (1970). Social dimensions of mortuary practices. A dissertation submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy (Anthropology). University of Michigan.

- Schuster, J. (1993). La teoría de la estructuración, *La Palabra y el Hombre* (87): 97-107. Editor Universidad Veracruzana
- Seguel, A. (2002). El cambio como dispositivo de complejidad. *Papeles del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva* 4: 1-13. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad del País Vasco.
- Senatore, M. (2004). Discursos ilustrados y sociedad moderna en las colonias españolas de Patagonia, P. Funari y A. Zarankin (eds.), *Arqueología histórica en América del Sur. Los desafíos en el siglo XXI*. Ediciones Uniandes. Bogotá.
- Skvortsov, L. (1977). *El tiempo y la necesidad en la historia*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana.
- Soares, R. (2015). Brazil Baroque, Baroque Mestizo: Heritage, Archeology, Modernism and the Estado Novo in the Brazilian Context, P. Funari y M. Senatore (eds.), *Archaeology of culture contact and colonialism in Spanish and Portuguese America*. Springer International Publishing. Suiza.
- Sokolov, E. (1986). Las funciones básicas de la cultura (I), *Criterios. Revista de teoría de la literatura y las artes, estética y culturología* 13-20: 264-301. Casa de Las Américas. La Habana.
- Sotolongo, P. (2005). Complejidad, sociedad y vida cotidiana, *Complexus. Revista de complejidad, ciencia y estética* 1, 3: 22-31.
- Sotolongo, P. (2006). *Teoría social y vida cotidiana. La sociedad como sistema dinámico complejo*. Centro Felix Varela. La Habana.
- Sotolongo, P., y C. Delgado (2006). La intersubjetividad social, las estructuras sociales objetivadas y las subjetividades sociales individuales, *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social: hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO. Buenos Aires.
- Stutz, L. (2008). More than metaphor: approaching the human cadaver in archaeology. *The materiality of death: bodies, burials, beliefs*. F. Fahlander y T. Oestigaard (eds.), Publishers of British Archaeological Reports Series 1768, Oxford, England.
- Thomas, J. (2005). Materiality and the social, P. P. Funari, A. Zarankin y E. Stovel (eds.), *Global archaeological theory. Contextual Voices and Contemporary Thoughts*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- Tiesler, V. (1997). La arqueología biosocial. Bases conceptuales para la evaluación de restos humanos en arqueología, tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia. México, D. F.
- Tilley, Ch. (2006a). Introduction, C. Tilley, W. Keane, S. Küchler, M. Rowland and P. Spyer (eds.), *Handbook of material culture*. Sage Publications, London, Thoosand, New Delhi.
- Tilley, Ch. (2006b). Objectification. C. Tilley, W. Keane, S. Küchler, M. Rowland and P. Spyer (eds.), *Handbook of material culture*. Sage Publications, London, Thoosand, New Delhi.
- Valcárcel, R. (2012). Interacción colonial en un pueblo de indios encomendados. Chorro de Maita, Cuba. Tesis doctoral. Universidad de Leiden. Holanda.
- Van Dyke, R. (2015). La intencionalidad importa: una crítica a la agencia de los objetos en arqueología. F. A. Acuto y V. Franco (eds.), *Personas, cosas, relaciones. Reflexiones arqueológicas sobre las materialidades pasadas y presentes*. Ediciones Abya-Yala. Quito.
- Zarankin, A. (2005). Walls of domestication—archaeology of the architecture of capitalist elementary public schools: the case of Buenos Aires, P. Funari, A. Zarankin y E. Stovel (eds.), *Global archaeological theory: contextual voices and contemporary thoughts*. Kluwer Academic/Plenum Publishers. New York.
- Žižek, S. (2016). *Contragolpe absoluto. Para una reformulación del materialismo dialéctico*. Ediciones Akal, S. A. Madrid.

Recibido: 14 de noviembre de 2019.

Aceptado: 26 de diciembre de 2019.

Diacronismo identitario en Guanabacoa: una perspectiva arqueológica

Lisette ROURA ALVAREZ¹
Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA²

Resumen

Formando parte del universo habanero, Guanabacoa constituye un caso de estudio que difiere del resto de las poblaciones por haber surgido como poblado de indios. La disminución de la descendencia indígena hacia la segunda mitad del siglo XVIII, y el aumento de la población negra y mestiza, condicionaron que se desarrollara un complejo y profundo proceso diacrónico identitario, en el cual las tradiciones indígenas fueron removidas del ámbito social para dar paso al afianzamiento de elementos culturales de origen africano, consolidados a partir del siglo XIX y validados por los habitantes del territorio. La presente investigación asume dicha dinámica para, desde la materialidad arqueológica, intentar identificar los cambios en la identidad social, profundizando en la vida cotidiana y en la preeminencia de grupos culturales sobre otros.

Palabras clave: identidad, indios, afrocubano, grupo social, cultura material.

Abstract

As part of Havana's universe, Guanabacoa represents a case of study that differs from the other towns because of its origin as an Indian Town. The decrease of indigenous descendants towards the second half of the 18th century, plus the increase of black and mestizo populations contributed to a complex and diachronic identity process in which indigenous traditions were removed from social life. As a result, Cultural attributes of African origins consolidated from the 19th century on, later further validated by local society. These dynamic processes are assumed here from an archaeological materiality perspective that seeks to identify those changes in social identity through materiality, contributing to the understanding of daily life and the preeminence of some cultural groups above others in 18th and 19th century Cuba.

Keywords: identity, indian, afro-cuban, social group, material culture.

Introducción

El poblado de Guanabacoa, al Este de La Habana (fig. 1), es actualmente vinculado con prácticas religiosas de origen afrocubanas, con una influencia cultural significativa

arraigada en la identidad del territorio; esta es reconocida popular e institucionalmente. Un ejemplo paradigmático lo constituye el Museo Histórico de Guanabacoa, en el que sus salas de exposición permanente muestran objetos y recreaciones vinculadas con las creencias religiosas

¹Gabinete de Arqueología, Oficina del Historiador de La Habana, Cuba, roura@patrimonio.ohc.cu

²Cuba Arqueológica. Progressus Heritage & Community Foundation. University of Florida, odlanyer@cubaarqueologica.org

de raíz africana, además de promover actividades que incluyen ritmos musicales y danzarios afrocubanos, ejecutados por grupos portadores de la localidad. Ello ha conllevado que se considere la institución como símbolo identitario del territorio (Rodríguez et al., 2006, p. 336).

Partiendo de la premisa que la identidad siempre está en proceso constructivo, no es estática ni coherente, y se construye simbólicamente en interacción con otros individuos, esta se reconoce como un proceso estrechamente relacionado al sentido de pertenencia de determinado grupo social, con el que se comparten características en común. Estos valores, creencias y rasgos grupales, resultan definitorios para la construcción de la identidad personal y de la identidad social autodefinida, en relación con sujetos que pertenecen a otros grupos sociales.

Henri Tajfel y John Turner (1979) defienden, en su Teoría de la Identidad Social (TIS), tres ideas fundamentales: 1) Categorización: Las personas tienden a categorizar objetos para entenderlos, de igual manera que a los individuos, para de esta manera comprender el entorno social. 2) Identificación: Las personas se identifican con grupos a los que creen pertenecer. 3) Comparación: Las personas se consideran iguales a los miembros de su grupo social y diferentes a los que integran otros grupos sociales (p. 24).

Por tanto, la identidad social se forma mediante la pertenencia de un individuo a un grupo social; que sea positiva o negativa dependerá de la valoración que la persona realice de su grupo en comparación con otros (ídem.). La identidad social se va conformando a partir de la influencia que las instituciones dominantes como la familia, la educación y la religión, ejercen en cada persona, y mediante los procesos de socialización se transmiten valores, actitudes, costumbres y tradiciones, que se van incorporando a sus modos de vida. De esa manera, las personas aprenden las identidades que su propio desarrollo sociocultural le ofrece. Tomando como punto de partida lo anterior, puede argüirse que, como parte de la construcción de la subjetividad, influenciada por factores sociales, económicos y políticos dentro de un ámbito cultural determinado, se va conformando el espacio de construcción vinculado directamente con la vida cotidiana.

La vida cotidiana debe ser analizada como un espacio de mediación entre el individuo y la sociedad, entre el ser y el deber ser, entre el vestir y el aparentar, entre el decir y el pensar, entre la esfera doméstica y la esfera pública. Interesan las presentaciones y representaciones culturales construidas en la cotidianidad, como por ejemplo las áreas de trabajo, la vida familiar y el ocio (Peña, 2012). En opinión de la investigadora Pilar Gonzalbo (2009), en los estudios sobre la vida cotidiana es muy importante tener en cuenta los prejuicios culturales a favor o en contra de los diferentes grupos culturales, pues por lo general los “juicios” siempre favorecían a los españoles “(...) o a quienes tuvieran un fuerte componente hispano y, por el contrario, con (...) los oficios miserables y la presencia poco agraciada de aquellos situados en los escalones inferiores, en particular negros y mestizos” (p. 58).

Teniendo en cuenta lo anterior expuesto, la visualización la cotidianidad desde una perspectiva arqueológica y el análisis de la materialidad, permite la inserción de los especialistas en una comunidad en contante cambio, donde los individuos transitaban entre la necesidad, el trabajo y el goce, entre la norma y la indisciplina, entre la tradición y el conflicto, entre la rutina y la expectación, aunque lo cotidiano transcurriese bajo una apariencia de inmovilidad (ídem.). En dicho ámbito cotidiano se originan los procesos de producción de los objetos, donde actúan como condicionantes las relaciones sociales, los medios de trabajo, y sobre todo las necesidades individuales y del resto de los miembros de la sociedad. Este proceso de producción debe ser entendido como un fenómeno material, espiritual y social, mediante el cual los objetos son elaborados con determinados significados sociales y temporales, de los cuales forman parte los rasgos identitarios y los elementos culturales impuestos.

La identidad social se asocia tanto al recuento libre de los hechos históricos, como a procesos de difusión o inhibición de la comunicación sobre hechos históricos del pasado. Por lo general, la valoración de la historia se asocia positivamente a la autoestima colectiva, mientras que los grupos sociales reducen el carácter negativo de los eventos del pasado en defensa de su identidad colectiva (Rottenbacher, 2009). En el caso de Guanaba-

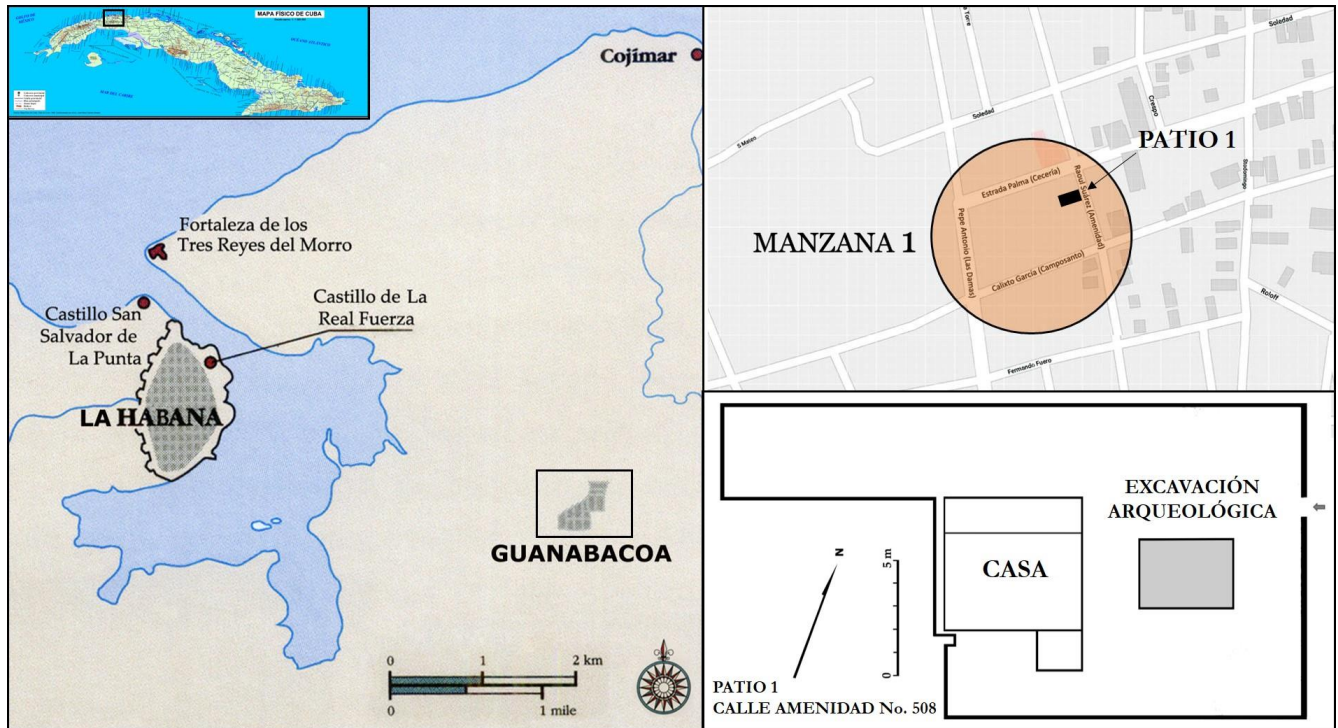


FIG. 1. Localización de la excavación arqueológica en el Patio 1, Manzana 1, en Guanabacoa, La Habana

coa, la historia oficial se comunica a través de una narrativa casi exclusivamente enfocada a lo afrocubano, invisibilizando la influencia indígena en una ciudad que se fundó como pueblo de indios.

Pero, ¿cómo se manifiesta la materialidad arqueológica respecto a las identidades locales desde una perspectiva diacrónica? La arqueología tiene mucho que ofrecer para rescatar memorias e identidades invisibilizadas, ocultas u olvidadas. En este sentido, un nuevo proyecto arqueológico tiene entre sus objetivos visibilizar la identidad indígena en Guanabacoa y su presencia histórica. Aquí se presentan algunos resultados de la primera campaña de excavación arqueológica, que han sido divulgados parcialmente (Roura y Hernández de Lara, 2019). En este caso, el estudio de la materialidad desde una perspectiva arqueológica aporta nuevas miradas a la complejidad social de la vida cotidiana en Guanabacoa.

Un poco de historia

El antiguo pueblo de indios de Guanabacoa constituye en la actualidad un municipio de la provincia La Habana, capital de la República de

Cuba. Fue fundado en el año 1554 con el objetivo de “reubicar” los pobladores autóctonos que convivían con los vecinos europeos en el principal núcleo poblacional, hacia el oeste de la bahía. Aun cuando jurisdiccionalmente se supeditaba al gobierno habanero, en el año 1649 “(...) tendría su propio Cabildo, Justicia y Regimiento” (Rodríguez et al., 2006, p. 45), y no es hasta el año 1743 que se le otorga el título de Villa Nuestra Señora de la Asunción de Guanabacoa (fig. 2).

Esta región evolucionó demográficamente de manera muy particular, pues a pesar de la concentración forzosa de los naturales, no constituyó comarca que pudieran habitar completamente, debido a su escaso número, a la gran extensión espacial de la demarcación y a la ambición de los vecinos habaneros, quienes fueron ocupando ilícitamente los terrenos en función de la ganadería, la industria azucarera y posteriormente la cafetalera. Precisamente fue en esta extensa área donde se fundaron muchos de los trapiches más antiguos del territorio, ocupando zonas otorgadas originalmente a los indios.

En las Actas del Cabildo habanero se ha reconocido, entre los años 1595 y 1596, la referencia

documental más temprana vinculada con esta industria, la que constituye “(...) una petición de Antonio de Rivera, vecino de esta Ciudad [La Habana], en que pide se le conceda tierra para hacer un ingenio en una estancia de Juan Mateo, indio, encima de Guanabacoa junto al río de Cojimar (...)”.¹ Según resultados del investigador Reinaldo Funes, en las áreas rurales de Guanabacoa se fundaron veintiocho ingenios azucareros durante el siglo XVII, además de algunos cafetales (Rodríguez et al. 2006, p. 51), de ahí que el área se convirtiera en receptáculo de pobladores de procedencia diversa, lo cual generó un apreciable mestizaje biológico y cultural.

Las referencias a la presencia de naturales hasta el siglo XVIII en territorio guanabacoense son múltiples,² y a pesar de que desde el 2 de mayo de 1563 se estableció que en los pueblos de indios no podían vivir españoles, negros, mestizos ni mulatos,³ esta prohibición no fue cumplida, no obstante su ratificación en los años 1578, 1581, 1589, 1600 y 1646. Lo anterior se manifiesta desde 1605, fecha en que se redactaba una reveladora relación de habitantes:

TABLA 1. Habitantes de Guanabacoa en el año 1605. Fuente: Núñez (1845, p. 122)

Procedencia	Hombres	Mujeres	Total
Indios	26	9	35
Naturales descendientes de indios	53	32	85
Espanoles peninsulares	29		29
Maracaibo	1		1
Mexicano	1		1
Pardo	1		1
Negro de Luanda	1		1
Presbíteros españoles	10		10
Sin identificar			197
Total			364

Los datos expuestos son muy significativos; en primer lugar muestran 120 personas de ascenden-

cia indígena. Por vez primera se toman en consideración las mujeres y se presentan en un acápite independiente, y se contabilizan por separado los considerados indios “puros” y sus descendientes, lo que sugiere que estos últimos pudieran ser fruto del mestizaje. Otro elemento importante es que todas las mujeres eran de ascendencia indígena, por lo que dicho componente biológico tuvo que haber sido transmitido a las nuevas generaciones, siempre y cuando algún individuo decidiera tomar como pareja a alguna fémina que habitara en Guanabacoa.

Como consta en la tabla expuesta, a partir del siglo XVII, tanto naturales como africanos residirían en el poblado indio. Allí establecerían complejas interacciones culturales, por lo que posiblemente participaran mancomunadamente en la confección de ceramios u otros artículos artesanales para su propio uso, trueque o venta, aun cuando en las fuentes documentales primarias solo se reconocen los naturales y sus descendientes como los continuadores de la tradición ceramista en el territorio habanero. La revisión de las Actas Capitulares muestra una serie de oficios desarrollados tanto por negros horros, blancos e indios, que podían ser efectuados eventual o regularmente, como la agricultura, la venta y producción de artículos de diversa índole, y la cría de reses, cabras y cerdos. Esta necesidad de supervivencia y adaptación contribuyó además al establecimiento de parejas compuestas por indios y negros, e indios y blancos, consumándose el mestizaje o encuentro biológico y cultural.

Muy interesante resulta la tesis sobre el creciente progreso económico de Guanabacoa a fines del siglo XVII, sustentada en la aparición de datos sobre negros libres que lograron pequeñas fortunas, suficientes para adquirir su propia dotación de esclavos. Ejemplos concretos son los de los negros horros nombrados Pedro Minaya, Úrsula de Morales, Francisco Ponce y Pedro Bañón, cuyos siervos aparecen bautizados en la Iglesia Parroquial de Guanabacoa en el año 1682.⁴ La revisión de los fallecimientos registrados en Guanabacoa entre 1670 y 1685 revela la gran cantidad de decesos de blancos y negros (138 y 159

¹ Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (1595-1596).

² Para ampliar en este tema, consultar Roura, et al. (2017).

³ Recopilación de leyes de los reynos de las Indias (1943). Ley XXII, Libro II, p. 57.

⁴ Archivo Parroquial de Guanabacoa. Libro 2 de Bautismos de Pardos y Morenos (1679-1682).

El registro arqueológico

Los artefactos arqueológicos constituyen el reflejo directo del comportamiento de los seres humanos, ya que a lo largo de la historia los sujetos han manipulado la cultura material, siendo los significados, creencias e ideas, las que se interponen entre la gente y las cosas, interpretados gracias a sus relaciones contextuales. Pero las evidencias que son recuperadas fueron depositadas en determinadas condiciones, las que corresponden con situaciones específicas y acciones en el pasado, que de no ser identificadas correctamente pueden influir negativamente la interpretación del sitio. El estudio acertado de los contextos revela la verdadera naturaleza de estos, las condiciones de su formación y correspondiente periodo cronológico; por ello, pudieran ser reconocibles las variaciones, a través del tiempo y en términos demográficos, de los grupos sociales en determinado territorio, siempre que estos hayan producido y desechado artefactos donde se reconozcan rasgos identitarios diferenciados de los creados por otros grupos sociales.

Las excavaciones arqueológicas practicadas en el año 1987, en el Centro Histórico Urbano de Guanabacoa, incluyeron tres sitios. En dos de ellos (Guanabacoa 2 y 3) se removieron un total de 20 m³ de tierra antropogénica en cinco escases de 2,50 m x 2,50 m, se aplicó como método de campo la excavación por estratigrafía artificial, “(...) de manera que cada capa fue registrada cada 0,05 m, y a partir de los perfiles se realizó una prueba de cortes por capas naturales, las cuales estaban hasta cierto punto bien definidas” (Domínguez, 2004, pp. 4-11). La tercera excavación, practicada también en el área conocida como Tarraco, fue catalogada como Guanabacoa 4, aplicando la misma metodología de trabajo. En todos los casos la profundidad máxima fue de 1,00 m, y se exhumaron 14 656 fragmentos, correspondientes con gran variedad de grupos y tipologías (Pérez y Macías, 1991). Entre las evidencias más relevantes pueden mencionarse piedras de chispa, botijuelas/jarras de aceite, cazuelas de cerámica ordinaria, mayólicas, porcelanas, fichas de juego confeccionadas con mayólicas, sumergidores de redes y huesos de animales (restos de dieta) (Domínguez, 2004, p. 5). El 20 % de las

piezas extraídas correspondían con alfarería ordinaria acordelada, con un alto grado de fragmentación y en muy mal estado de conservación.

No obstante el alto porcentaje y significación de las evidencias arqueológicas halladas, la implementación del método elegido y la imposibilidad de obtener referencias con respecto a la ubicación de los artefactos en la estratigrafía arqueológica y sus relaciones contextuales, ha limitado la interpretación de los resultados y la correspondencia cronológica de los ítems con periodos históricos específicos. Sin embargo, los trabajos posibilitaron “(...) el acopio de elementos para el estudio de la etapa sociológica de la transculturación en un nuevo lugar de Cuba” (ídem., p. 11), y corroborar los datos históricos relativos a la producción cerámica que mantuvieron los indígenas y sus descendientes en territorio guanabacoense, objetivos fundamentales de las intervenciones.

Tras décadas de inactividad arqueológica, en el año 2019 comienza la ejecución del proyecto *Indios naturales y floridanos en Guanabacoa*, liderado por especialistas del Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de La Habana, con la colaboración de *Archaeological and Historical Conservancy, Inc.* El desarrollo de este proyecto se enfoca en el estudio de la manzana ubicada entre las calles Raúl Suárez (Amenidad), Calixto García (Camposanto), Estrada Palma (Cerería), y Pepe Antonio (Las Damas), área donde estuvo ubicada la primera iglesia y cementerio de la localidad hasta el siglo XVIII (fig. 2). Aun cuando la información histórica sugiere que las citadas estructuras se situaban en dicha manzana, no existe constancia arqueológica de su ubicación y disposición.

En el área se identificaron dos patios como los espacios con mejores condiciones para efectuar las investigaciones, y además con gran potencialidad en cuanto al hallazgo de evidencias relacionadas con los objetivos del proyecto, teniendo en cuenta la ubicación de ambos en la manzana mencionada. La decisión de comenzar los trabajos en el Patio 1 se debió a las excelentes condiciones en que este se encontraba, dígame limpieza del terreno, además de la disposición del propietario de cooperar con las investigaciones (fig. 1). Se situó un área de excavación de 4 m x 3 m, eligiendo una zona con grandes concentraciones de



FIG. 3. Dos vistas de la excavación arqueológica en el Patio 1, Guanabacoa, donde se aprecia el área general y el detalle del muro y la roca estructural. Fotografías de Edward Carr (arriba) y Odlanyer Hernández de Lara (abajo)

rocas producidas por el derrumbe de una edificación existente en el siglo XIX. La superficie presentó huellas de surcos para sembrados, aunque una vez retirados comenzaron a aflorar restos de muros de mampuesto y contextos pertenecientes al siglo XIX (fig. 3). Estos estratos, uno de los cuales constituía un apisonado de cal, cubrían los muros mencionados, y estos a su vez fueron colocados tras practicar cortes en las unidades que con anterioridad al siglo XIX yacían en el área. Formando parte del conjunto de unidades cortadas se halló otro apisonado de cal, vestigio de la presencia de un inmueble en el siglo XVIII.

En total se identificaron 16 unidades estratigráficas; la profundidad máxima de la excavación fue 0.90 m, develando el afloramiento de serpentina, roca ofiolítica que constituye el lecho natural de gran parte del territorio guanabacoense (fig. 3). Los contextos excavados resultaron ser muy fértiles en artefactos, con una estratificación que permitió reconocer tres periodos cronológicos diferentes (fig. 4). Un primer momento de ocupación en el siglo XVIII, para lo cual fue necesario rellenar y nivelar el terreno, utilizando material terrígeno de diversa procedencia. Este lapso cronológico está sellado por un apisonado de cal, indicando la probable ubicación de un primer inmueble en el área. Posteriormente, dicho apisonado fue cortado por un muro que perteneciera a un inmueble construido durante el siglo XIX, al cual también corresponde otro apisonado de cal. Por último, el deterioro de la edificación decimonónica en el siglo XX condicionó que la zona se cubriera paulatinamente por sedimentos varios, situación que fue aprovechada por el propietario de la parcela para situar algunos sembrados (Roura y Hernández de Lara, 2019).

Las unidades estratigráficas, en su mayoría, constituyeron contextos secundarios, y la naturaleza de las mismas indicó su origen doméstico o un posible acarreo desde alguna zona de basurero. Gran cantidad de restos bioarqueológicos presentan huellas de cortes (sobre todo en huesos pertenecientes a mamíferos), y en el caso de las especies comestibles preponderan las porciones que solían ser comercializadas. Se han identificado fragmentos pertenecientes a moluscos marinos: ostión de mangle (*Crassostrea rhizophorae*), baya (*Isognomon alatus*), *Codakia orbicularis*, *Te-*

lina sp., *Arca sp.*, *Chione cancellata*, *Mytilopsis leucophaeata*, sigua (*Cittarium pica*), cobo (*Lobatus gigas*), *Bulla striata* y dos fragmentos de *Sinistrofulgur perversum*. Los moluscos terrestres están representados por el *Cerion sp.* y la *Zachrysis auricoma*, mientras que se identificaron vértebras y otros restos de peces como el aguají (*Mycteroperca bonaci*), la jiguagua (*Caranx hippos*) y el pargo criollo (*Lutjanus analis*). Igualmente, se exhumaron restos de jicotea (*Trachemys decussata*), gallina (*Gallus gallus*), perro (*Canis familiaris*), cerdo (*Sus scrofa*), vaca (*Bos taurus*), conejo (*Oryctolagus cuniculus*) y de *Ovis/Capra* (Jiménez, 2019).

Entre las evidencias más significativas puede mencionarse una vasija confeccionada a partir de un ejemplar del molusco marino *Sinistrofulgur perversum*, usualmente conocido como *Busycon* (fig. 5). Estos gasterópodos habitan desde Carolina del Norte (EE.UU.) hasta la Península de Yucatán, México, por lo que es muy significativo que se exhumen en contextos arqueológicos cubanos. Aunque este ejemplar no posee pulimentado en la superficie dorsal, sí puede observarse cierto desgaste en la zona más cercana al canal sifonal, precisamente por donde la vasija debía ser sostenida y manipulada, indicando su reiterada utilización.

Algunas otras evidencias deben ser mencionadas en este estudio, como una punta de proyectil (fig. 6), un dado de hueso (fig. 7), un abanico calado de hueso, una pequeña figurilla de cerámica que recuerda una imagen religiosa, dos fragmentos de pipas de caolín para fumar tabaco, hormillas de hueso, una cuenta de roca para collar, tejas criollas -acanaladas o de muslo-, fragmentos de ladrillos y losas de piso. Debido al significativo desarrollo de la industria azucarera en territorio guanabacoense (Rodríguez et al., 2006, pp. 51-53), gran cantidad de cerámica fue elaborada para tales fines, lo que justifica el hallazgo de fragmentos de cuerpos, bordes y furos de hormas utilizadas en el proceso de obtención de azúcar.

Dentro del conjunto de evidencias halladas destacan, por su cantidad y características, las fichas de juego (fig. 8). De las ocho exhumadas, tres se desecharon en pleno proceso de factura, en seis se reutilizaron fragmentos de vasijas de Cerámica de Tradición Aborigen de diferentes gro-

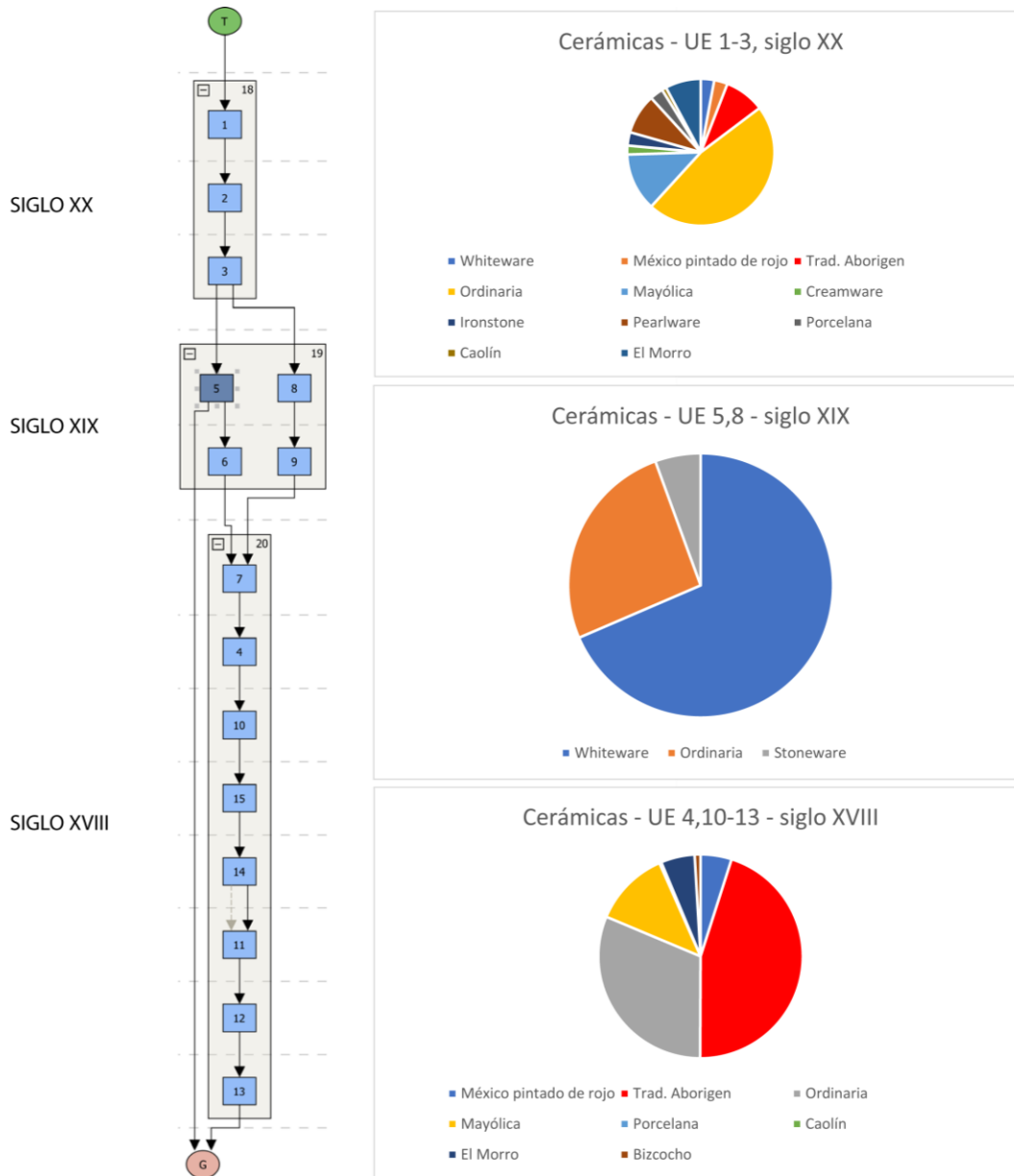


FIG. 4. Matriz de Harris mostrando las relaciones estratigráficas de las unidades identificadas y su relación cronológica, acompañado de gráficos de distribución de cerámicas según categorías tipológicas

sores, y en los otros dos casos se aprovecharon fragmentos de mayólica, una clasificada como Talavera azul sobre blanco (1590-1750). Los diámetros oscilan entre 2,5 cm y 5,0 cm, y algunas similares se han identificado en contextos de los siglos XVI y XVII de La Habana Vieja. Es muy significativo que la mayor parte de estas evidencias fueran confeccionadas a partir de cerámica acordelada de tradición aborigen, teniendo en cuenta que la mayoría de las encontradas en Cuba solían facturarse con fragmentería de mayólicas y durante el siglo XIX con lozas finas. Algunos autores, como Hernández (2012), asumen que la factura y utilización de las mismas podían

ser llevadas a cabo por grupos sociales poco favorecidos, como esclavos, soldados e indios.

Muy interesante resulta el fragmento de vasija de Cerámica de Tradición Aborigen (siglo XVIII) que presenta decoración incisa en el borde. Aunque las incisiones difieren de las encontradas en contextos del siglo XVI en La Habana Vieja, constituye el borde inciso más tardío hallado hasta el momento en el territorio habanero. Los bordes identificados en los ejemplares exhumados en el Patio 1 son redondeados, con la excepción de uno evertido.

Asociado a los contextos del XVIII se exhumó un pico de mano confeccionado en un ejemplar



FIG. 5. Anverso y reverso del molusco marino *Sinistrofulgur per-versum*. Fotografía: Lisette Roura

de *Strombus pugilis* con la parte inferior fracturada, al que le fue retirado parte del manto y el ápice para facilitar el agarre y la percusión. Tres fragmentos de burenes, uno con borde, confirman la consecución de la producción de casabe, ya fuera para el consumo familiar o para su comercialización (fig. 9). Muy gratificante resultó hallar una porción de cánula de una pipa de cerámica ordinaria negra; ejemplares similares encontrados en La Habana Vieja se le han adjudicado a la descendencia aborigen en la región, pues constituyen ejemplares de factura artesanal, con acabado muy rudimentario (Roger Arrazcaeta, comunicación personal, 2019) y el caso que nos ocupa presenta una línea incisa rodeando la boquilla.

Debate: vida cotidiana e identidad

Los artefactos arqueológicos exhumados posibilitan ahondar en la cotidianidad y en las prácticas sociales asociadas, teniendo en cuenta además las relaciones contextuales identificadas. La identificación del probable acarreo de los rellenos desde áreas de basureros, que pudieron situarse

dentro o fuera de las viviendas, y la clasificación tipológica de los mismos (a pesar del reconocimiento de la naturaleza secundaria de los contextos), permitió identificar determinadas actividades, como el comercio, la producción de azúcar, la práctica religiosa, el divertimento, la construcción, la alimentación, el procesamiento de alimentos, y aquellas que incluían elementos vinculados con la apariencia personal. Estas actividades tipifican la dinámica del poblado durante los siglos XVIII y XIX, y a la vez permiten atisbar la presencia de determinado grupo social: los indios naturales.

El 37,19 % (n=735) del total de 1976 piezas exhumadas (siglos XVIII, XIX y XX) corresponde a la Cerámica de Tradición Aborigen (CTA), aunque cuantitativamente su presencia varía dependiendo de la cronología de formación de las unidades estratigráficas (fig. 10). Si se analizan los contextos de los siglos XVIII y XIX por separado, las cifras revelan un comportamiento muy diferente: de los 210 artefactos datados para el siglo XIX, solo 9 (4,2 %) corresponden con la CTA, mientras que de los 1707 identificados para

el siglo XVIII, 726 (42,5 %) pertenecen a la misma. Estas cifras son reflejo de la persistencia de los rasgos identitarios referidos anteriormente, los cuales tienen también una base histórica si se tienen en cuenta los registros demográficos que refieren la presencia en Guanabacoa de individuos catalogados como indios o naturales durante todo el siglo XVIII. Este análisis se apoya además en la aparición de la cerámica con el borde inciso más tardío de la región habanera, los fragmentos de burenes, el pico de mano y la pipa para fumar tabaco con la boquilla incisa.



FIG. 6. Punta de proyectil. Fotografía: Lisette Roura

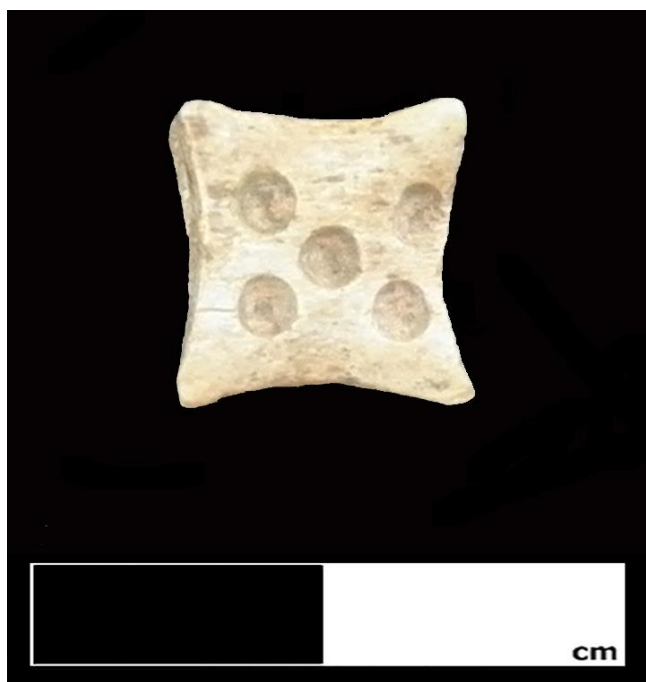


FIG. 7. Dado de hueso. Fotografía: Lisette Roura



FIG. 8. Fichas de juego elaboradas en CTA y mayólica. Fotografía: Lisette Roura

El reajuste de las estrategias de investigación mediante la superación del manejo aislado de evidencias llamadas “de transculturación”, y además el reconocimiento de la importancia del conjunto artefactual partiendo del dinamismo que caracteriza la formación de los contextos arqueológicos urbanos, sugieren que el comportamiento de la descendencia indígena ante la dinámica social impuesta por las autoridades coloniales condicionó la continuidad manufacturera de artefactos utilitarios relacionados fundamentalmente con

actividades vinculadas a la elaboración de cerámicas y la fabricación de casabe. Estos dos renglones productivos constituyeron actividades, asumidas generalmente por los naturales, que hacia el siglo XIX continuaban realizándose en Guanabacoa.



FIG. 9. Vista de perfil de uno de los fragmentos de burén hallados. Fotografía: Lisette Roura



FIG. 10. Fragmento de cerámica de tradición aborigen (CTA). Fotografía: Lisette Roura

En 1841, el viajero español José María de Andueza citaba que existía una reducida familia, descendiente de aquella raza cuyos individuos se dedicaban a la alfarería. Las cazuelas, los búcaros y los jarros que fabricaban, tenían cierto aspecto de antigüedad; pero la misma familia ignora su origen y no hay documento alguno que lo acredite (Andueza, 1841, pp. 13-14). Por su parte, el 15 de

febrero de 1851 la novelista sueca Fredrika Bremer, tras recorrer varios sitios, citadinos y rurales, refiere: “Entre los recuerdos que los indios han dejado en Guanabacoa se cuenta una especie de vasija que se hacía, y todavía se hace, con un barro poroso existente en aquel lugar. Es empleada por todas partes en Cuba, para mantener fresca el agua de beber en las habitaciones” (Bremer, 1995, p. 49). El dato más tardío sobre la confección de cerámica proviene de Antonio Bachiller y Morales, quien afirmaba que “(...) hasta nuestros días -1883- se conservó en Guanabacoa la industria de tinajas y jarros de construcción indígena con colores oscuros ó rojos morenos” (Bachiller, 1883, pp. 160-161).

Con respecto a la producción y comercialización de casabe, la definición incluida en el censo oficial de 1827 aporta relevantes detalles de su fabricación, denotando las transformaciones que con el paso del tiempo ocurrieron en el proceso de cocción:

“Tortas circulares y muy delgadas de 10 hasta 20 pulgadas de diámetro, de una especie de pan que se fabrica de una raíz harinosa de la yuca agria rayada después de exprimido [sic] el jugo venenoso de esta planta: se cuecen en unos hornos que se llaman burenes y son como fogones sobre cuya parte superior hay marcados uno ó mas círculos algo cóncavos, de igual tamaño precisamente al de las tortas, en los que se echa por un cedazo la fécula ya preparada; se extiende y comprime con una paleta hasta que cocida de un lado la vuelven del otro en este estado se conservan mucho tiempo; es el pan común de los campos, y usado también en las poblaciones”.⁷

Las variaciones en cuanto a la tecnología en la confección del casabe pudieron estar determinadas por las necesidades de adaptación de los productores ante al aumento de la demanda, ya que resultaba imposible incrementar la producción de tortas de yuca si se elaboraban en un número reducido de burenes. Lógicamente, existió un proceso de apropiación de la tecnología por parte de

⁷ Cuadro estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba, correspondiente al año de 1827 (1829), p. 37.

individuos de diferente ascendencia cultural, quienes vieron en la confección de este producto una oportunidad comercial provechosa. La existencia, en la segunda mitad del siglo XIX, de la vasta casabería propiedad del Regidor don Juan Casas, ubicada en la Loma de Fray Alonso, en Guanabacoa, confirma lo anterior.⁸

Aun cuando no desaparece la CTA ni la producción de casabe durante el siglo XIX, su ínfima cuantía reafirma la escasa representatividad de este grupo social durante dicha centuria, y la cristalización de un proceso de transformación de la sociedad guanabacoense, en la cual la población blanca, negra y mestiza se advierte como la ascendencia fundamental de la población que actualmente habita el municipio.

Con respecto a los restos arqueozoológicos, las cifras varían en cuanto a la presencia/ausencia y cuantía de especies apreciadas en las unidades que corresponden con los siglos XVIII y XIX. La presencia y cantidad de estos confirman la naturaleza doméstica de los estratos, así como la identificación de porciones de carbón vegetal, huesos quemados y algunos con cortes donde fueron utilizados instrumentos filosos, evidenciando estos últimos el uso de dichas porciones para la cocción de alimentos. Los contextos del siglo XVIII revelaron abundantes restos de dieta, entre los que destacan, por su profusión, los moluscos marinos, peces, gallinas, conejos, ganado porcino, bovino y ovino-caprino; en contraste, se hallaron pocas evidencias del consumo de moluscos terrestres y tortugas. Como dato curioso se reportan restos de tres perros y un gato, y aunque no constituyen elementos que abundan en las excavaciones arqueológicas, los reportes sobre la presencia de estos animales aumentan progresivamente, en correspondencia con el también aumento de las intervenciones en la región habanera. Por el contrario, los contextos del siglo XIX se limitan a contener restos de peces, aves, ganado porcino y bovino. Estas variaciones pudieran ser consecuencia de varios factores, por ejemplo los cambios conductuales alimentarios y el agotamiento de las reservas naturales de determinadas espe-

cies. Es muy significativa la gran cantidad y variedad de moluscos marinos identificados para el siglo XVIII, y aunque no se han realizado estudios específicos que adviertan la vinculación entre costumbres alimentarias y sectores sociales en La Habana colonial, se puede sugerir la correspondencia entre determinadas fuentes alimenticias y los sectores menos favorecidos de la sociedad, entre las que pudieran incluirse los moluscos marinos, alimento de gran valor nutricional, altamente consumido por las comunidades autóctonas del archipiélago.

El hallazgo de una vasija confeccionada con la concha del molusco *Sinistrofulgur perversum*, y otros dos fragmentos de la misma especie, así como la punta de proyectil⁹, estarían confirmando arqueológicamente la presencia en Guanabacoa de individuos procedentes de La Florida. Estos comenzaron a arribar a La Habana entre los años 1704 y 1711, y en la primavera de esta última fecha fueron transportados hacia La Habana 270 de ellos, siendo reubicados posteriormente en Guanabacoa (Tamayo, 2004, p. 8). Tras el ataque de La Habana por los ingleses en 1762 y su devolución en 1763, España cedió a Inglaterra la colonia de La Florida, lo que propició que llegaran a La Habana Timucuanos, Yamasees y Guales, cristianizados en las misiones franciscanas del norte de La Florida (ídem., p. 9). El ejemplar descrito se halló compartiendo contexto con evidencias datadas en el XVIII, siglo en que a partir del año 1763 se asentaron 101 indios floridanos en Guanabacoa, donde fueron acogidos e instruidos en los oficios útiles (Núñez, 1845, pp.127-128),¹⁰ y a quienes al año siguiente se le entregaron solares y terrenos como vecinos y naturales (ídem.).¹¹

A pesar de que la presencia de los indios floridanos puede identificarse desde la materialidad, socialmente no fueron diferenciados, y aunque en los documentos donde se refleja su arribo y asentamiento se especifica el origen geográfico, con el paso de los años fueron cualificados como indios naturales. Por tanto, los indios floridanos no llegaron a constituir un grupo social, sino que aque-

⁸ *Plano Topográfico de Guanabacoa*, 1856. Archivo Histórico de Guanabacoa.

⁹ Este artefacto se encuentra en proceso de análisis.

¹⁰ Cabildos del 3 de diciembre de 1763 y 20 de enero de 1764.

¹¹ Cabildo del 8 de mayo de 1764.

llos que no regresaron a tierras floridananas se incorporaron a la dinámica guanabacoense como parte de un grupo social ya establecido y diferenciado por la sociedad colonial.

Es importante mencionar que la presencia del *Busycon* en La Habana ha sido asociada en todos los casos a los indios de la Florida (Jiménez y Arrazcaeta, 2010). Sin embargo, como se mencionó anteriormente, la distribución del gasterópodo incluye no sólo la península floridana, sino también el Golfo de México hasta la Península de Yucatán. Precisamente desde esta región fueron trasladados a La Habana y a otras zonas del país un alto número de indios desde la primera mitad del siglo XVI y hasta fines del XIX, de manera voluntaria o forzada; aunque no necesariamente procedieran de dicho territorio, se les signaba con este calificativo por embarcarse hacia Cuba en alguno de los puertos ubicados en las costas de Yucatán. En La Habana se conoce el Barrio de Campeche como el lugar de asentamiento de esta población (Lugo y Menéndez, 2003). En los límites barriales de Campeche se han reportado al menos dos sitios con presencia de *Busycon*, la Casa Cuna y la Iglesia San Francisco de Paula, fechados entre finales del siglo XVII y primer cuarto del XVIII (Jiménez y Arrazcaeta, 2010). En el caso de Guanabacoa, existen referencias exiguas a la presencia de personas provenientes de México. En un censo de 1605 se registra un individuo masculino clasificado como “Mexicano”¹² (Tabla 1) y luego en otro censo de 1861 se menciona un yucateco (Rodríguez et al., 2006). Es preciso añadir que los estudios sobre los artefactos de concha en el sur de la Florida son abundantes y permiten un acercamiento comparativo; sin embargo, no sucede lo mismo en el caso de la Península de Yucatán, donde el tema de la concha no se ha explorado en profundidad, aunque se conoce el uso del *Busycon* para la construcción de artefactos (Cano, 2016). Ello implica que no debe descartarse la posibilidad de que algunas de las piezas colectadas procedan de Yucatán. Los artefactos encontrados en Guanabacoa parecen asociarse a indios floridananos, teniendo en cuenta la

información censal antes mencionada, donde la proporción de la población proveniente de la Florida, sobre todo en el siglo XVIII, es significativamente superior a la mexicana.

No obstante, y con independencia del hallazgo de artefactos que comúnmente fueron utilizados por todos los grupos y estratos sociales, fue muy significativo comprobar que como parte de la materialidad hallada en el sitio no pudo identificarse ningún artefacto que poseyera atributos formales atribuibles a los residentes de origen africano que habitaban en Guanabacoa. Los documentos históricos, sobre todo los censos de población, refieren el aumento de la población negra y la disminución de los naturales, sin embargo esta relación de presencia/ausencia para estos dos grupos culturales no se muestra consecuentemente en el registro arqueológico, pues en los contextos del siglo XIX se advierte como ausencia/ausencia. Posiblemente la esclavitud sea la causa de esta situación, ya que los africanos libres que habitaban en el poblado habían transitado obligatoriamente por un proceso en el cual serían esclavos durante corto o largo plazo, precisados a descartar sus manufacturas tradicionales para adoptar producciones locales, o en otros casos elementos importados de uso común para todos los grupos sociales y estratos de la sociedad, discurriendo por un proceso de adaptación en pos de su supervivencia. A sus descendientes, nacidos libres, le fueron transmitidos saberes que implicaron en muy pocos casos elementos transferidos a la cultura material. Sin embargo, desde la perspectiva “espiritual” predominaron las prácticas de origen africano, que han evolucionado hasta reconocerse como elemento identitario que distingue y tipifica la dinámica social guanabacoense en la actualidad.

El proceso identitario diacrónico se manifiesta temporalmente a partir de preeminencia de determinados grupos sociales. Durante la segunda mitad del siglo XVIII se evidencia la disminución de información documental y artefactual vinculada con la descendencia aborígen. La concentración forzada de los indios en territorio guanabacoense desde 1554 contribuyó al mantenimiento de ciertas tradiciones, aun cuando se distingue un espacio sociocultural heterogéneo, pues no solo

¹² Es muy significativa la mención de un “Mexicano”, porque al no haber sido asentado como yucateco, este debe proceder de otra región del actual territorio mexicano.

fueron los naturales quienes habitaron en aquellos predios.

No obstante la identidad alude a procesos dinámicos y la coexistencia de grupos culturales interrelacionados bajo determinadas condiciones (García, 2002), Gregory Stone afirmaba que la identidad establece el “que” y el “dónde” se encuentra la persona en términos sociales. No es un término que sustituye al “ser”, pues cuando se dice que alguien tiene identidad se le sitúa dentro de la sociedad mediante el reconocimiento, dado por los otros miembros de la misma, y de su participación dentro de las relaciones sociales (en Yardley y Honess, 1987, p. 121). Traspolando la teoría al caso que nos ocupa y tomando como punto de partida los referentes históricos y arqueológicos, puede deducirse que mediante la aplicación de estrategias coloniales se impusieron limitantes de participación social, aislando la población autóctona y sus descendientes en determinado territorio, prohibiéndoles vender ciertos productos y la portación de armas blancas, la obligatoriedad en el ejercicio de ciertas labores (ganadería, agricultura, construcción y servidumbre), la ocupación ilegal de tierras asignadas y la escasa representatividad por parte del Protector de Indios. De esta manera, este grupo social se mantuvo forzosamente controlado mientras la cuantía de sus integrantes lo ameritó (Roura, 2018).

A pesar de la perdurabilidad temporal de elementos culturales autóctonos, la descendencia aborígen pudo haberse autoidentificado como grupo social pero no como grupo étnico; estas identidades fenoménicas solo pueden reconocerse en el seno de una identidad nacional, donde coexistan con otro/otros grupos culturalmente diferenciables. Esta construcción social no es identificable en Cuba hasta mediados del siglo XIX, fecha en que los factores que incidieron en el proceso de formación de la nacionalidad concretan su maduración. Es probable que varios elementos no constituyeran unidad portadora de cultura, aun cuando fueron reconocidos por los europeos, criollos blancos, mestizos, esclavos y negros libertos, como pertenecientes a una categoría distinguible. Por tanto, entre los años 1554 y 1750 solo son identificables rasgos identitarios autóctonos en la

descendencia aborígen guanabacoense, temporalmente perdurables mediante la tradicionalidad artefactual, diferenciables del resto de las producciones locales, en correspondencia con la realidad social.

Es posible que hasta la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII, teniendo en cuenta el registro arqueológico, la descendencia indígena que permaneció en el núcleo urbano guanabacoense se autoperpetuara mediante medios biológicos, compartiera rasgos identitarios, e interactuaran más intensamente entre ellos. La autodefinición como indios o naturales reflejada en los documentos probablemente tuviera un propósito interaccional para ellos y diferencial para la sociedad donde se insertaban. La información documental ilustra sobre la desaparición de las diferencias culturales y la transformación de la descendencia indígena condicionada por el proceso de transculturación, ya que la segunda mitad del siglo XVIII constituye un periodo en el que se produce un significativo aumento demográfico de la población con ascendencia africana, cifras que se incrementan gradualmente durante el siglo XIX (Pezuela, 1868, p. 455).

Reflexiones finales

La minuciosidad con que se enfrente una excavación arqueológica puede resultar en una acertada interpretación de los contextos, y por consiguiente en la profundización de elementos tan relevantes como la identidad de un territorio, las identidades sociales de los individuos, así como en los grupos sociales que lo conforman y conformaron a través del tiempo. En este caso, el estudio de las evidencias arqueológicas y sus relaciones contextuales revelan complejas relaciones sociales, persistencia de rasgos identitarios autóctonos en la materialidad hasta la segunda mitad del siglo XVIII, y ausencia de elementos de la cultura material pertenecientes a los africanos asentados en Guanabacoa, así como a sus descendientes. Esta relación se contrapone con las evidencias históricas documentales, que refieren presencia de individuos pertenecientes a etnias africanas desde el siglo XVI. Este grupo social (negros horros y sus descendientes) alcanza una

marcada preeminencia en el siglo XIX, en el que los indios naturales “desaparecen” como grupo social y se manifiesta un profundo proceso de transformación identitaria en la población guanabacoense.

El análisis de lo acaecido en el plano social resulta significativo para la historia local, regional y nacional, pues constituye un caso de estudio con particularidades dentro del universo habanero, donde pueden identificarse características *sui generis* reflejadas en la conformación identitaria local. Con mayores o menores puntos de contactos con el resto de los municipios, los resultados de estos estudios pueden constituir punto de partida para diversas investigaciones en torno a la evolución identitaria de otras poblaciones cubanas que surgieron igualmente como pueblos de indios en el siglo XVI, y que a través del tiempo han transitado por procesos diacrónicos o sincrónicos identitarios.

Bibliografía

- Andueza, J. M. (1841). *Isla de Cuba pintoresca, histórica, política, literaria, mercantil e industrial*. Madrid, España: Boix Editores.
- Bachiller, A. (1883). *Cuba primitiva. Origen, lenguas, tradiciones e historia de los indios de las Antillas Mayores y las Lucayas*. La Habana, Cuba: Librería de Miguel de Villa.
- Bremer, F. (1995). *Cartas desde Cuba*. La Habana, Cuba: Arte y Literatura.
- Cano, M. E. (2016). *El tipo de producción en artefactos malacológicos en Isla Cerritos, Yucatán*. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Antropológicas, Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida.
- Cuadro estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba, correspondiente al año de 1827*. (1829). La Habana, Cuba: Impresoras del Gobierno y Capitanía General por S.M.
- Domínguez, L. S. (2004). Guanabacoa: una experiencia india en nuestra colonización. *Gabinete de Arqueología*, 3(3), 4-11.
- García, M. (2002). *Identidad cultural e investigación*. La Habana, Cuba: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- Gonzalbo, P. (2009). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México D.F., México: El Colegio de México A.C.
- Hernández, O. (2012). *Hallazgos arqueológicos en la Casa de Liniers: una ficha de juego fabricada en un plato de mayólica*. Recuperado de <http://www.iaa.fadu.uba.ar/cau/?p=3492>
- Jiménez, O. (2019). *Informe sobre restos de fauna. Proyecto arqueológico “indios naturales y floridanos en Guanabacoa, 1ra campaña, 2019*. (Inédito).
- Jiménez, O. y Arrazcaeta, R. (2010). Evidencias de aborígenes de La Florida en La Habana: siglos XVII y XVIII. *Gabinete de Arqueología*, 8(8), 4-14.
- Lugo Romera, K. M y Menéndez Castro, S. (2003). *Barrio de Campeche: tres estudios arqueológicos*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz.
- Núñez, C. (1845). Noticias históricas de la Villa de la Asunción de Guanabacoa. *Memorias de la Sociedad Económica Amigos del País*, 116, 122-126.
- Peña, M. (2012). *La vida cotidiana en el Mundo Hispánico (siglos XVI-XVIII)*. Madrid, España: Abada.
- Pérez, J., y Macías, Y. (1991). *Investigación sobre comunidades aborígenes en Guanabacoa*. Archivo Histórico de Guanabacoa.
- Pezuela, J. de la (1868). *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, (II). Madrid, España: Imprenta del Establecimiento de Mellado.
- Recopilación de leyes de los reynos de las Indias* (1943). Libros I y II, título tercero y diez. Madrid, España: Consejo de la Hispanidad.
- Rodríguez, M. A., Martínez, X., González, B., Soroa, A. G. y Roque, O. (2006). Historia de Guanabacoa. *Ciudad de La Habana. La identidad de la provincia y sus municipios*. La Habana, Cuba: Gobierno Provincia La Habana.
- Rottenbacher, J. M. (2009). Identidad nacional y la valoración de la historia en una muestra de profesores de escuelas públicas de Lima Metropolitana. *Liberabit*, 15(2), 75-82.
- Roura, L., Arrazcaeta, R. y Hernández, C. A. (2017). *Indios de La Habana, aproximación histórica arqueológica*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.

- Roura, L. y Hernández de Lara, O. (2019). Indios naturales y floridanos en Guanabacoa, La Habana, Cuba. *Ciencia y Sociedad*, 4(44), 35-50.
- Roura, L. (2018). *Continuidad histórica de la descendencia aborigen en La Habana y Guanabacoa hasta 1750*. Tesis doctoral, Universidad de La Habana.
- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En Austin, W. G., y Worchel, S. (Eds.). *The social psychology of intergroup relations*. Monterey, México: Brooks/Cole.
- Tamayo, R. (2004). El último de Los Calusas. *Juventud Rebelde*. 27 de junio, 8-9.
- Yardley, K., y Honess, T. (1987). *Self and identity: Psychosocial Perspective*. New York, EE. UU.: John Wiley and Sons.
- Documentos
- Archivo Histórico de la Oficina del Historiador de La Habana. Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana (1595-1596).
- Archivo Parroquial de Guanabacoa. Libro 1 de Difuntos, Libro 2 de Difuntos Pardos y Morenos (1670-1685).
- Archivo Parroquial de Guanabacoa. Libro 2 de Bautismos de Pardos y Morenos (1679-1682).
- Archivo Histórico de Guanabacoa. Plano topográfico de Guanabacoa (1856).
- Recibido: 1 de diciembre de 2019.
Aceptado: 15 de diciembre de 2019.

Evaluando el efecto del arado sobre el registro arqueológico. Una propuesta de diseño experimental para el norte de La Pampa

Jimena DOVAL¹  Carlos LANDA² 
Emanuel MONTANARI¹ 

Resumen

El norte de La Pampa (Argentina) ha sido explotado por la actividad agrícola ganadera intensiva, implicando una fuerte modificación antrópica del paisaje. Su efecto sobre el registro arqueológico es innegable, aunque no ha sido profundamente abordado. En ese trabajo realizaremos una revisión de los estudios vinculados específicamente al efecto del arado en el registro y proponemos un diseño experimental para evaluar el efecto de estas actividades en el sitio Mariano Miró (Dpto. Chapaleufú, provincia de La Pampa). El mismo fue un pueblo de aproximadamente 500 habitantes fundado en 1901 junto a la estación homónima del Ferrocarril Oeste y abandonado en 1911. El objetivo de la experiencia propuesta se dirige a generar marcos de referencia para la región de estudio que nos permitan evaluar los procesos de formación de sitio tomando en consideración las condiciones naturales y los factores antrópicos particulares que se han sucedido en contextos similares a nivel regional.

Palabras clave: Mariano Miró, pistas experimentales, arqueología histórica, arqueología experimental, arado.

Abstract

The north of La Pampa (Argentina) has been exploited by intense agricultural activity for more than a century. These activities generated a strong anthropic modification of the landscape through the intervention of several agricultural technologies. Its effect on the archaeological record is undeniable, although it has not been deeply discussed. In this work, we review the studies related to the effect of plowing and farming activity. We also propose an experimental design to evaluate the effect of these activities in the northern region of the province of La Pampa, specifically at the Mariano Miró site (Dpt. Chapaleufú, Province of La Pampa). Miró was a town of approximately 500 inhabitants founded in 1901 next to the homonymous station of the Ferrocarril Oeste. The town was abandoned in 1911. The objective of the proposed experiment is aimed at generating frames of reference for the study region that allows us to evaluate the site formation processes (natural conditions and anthropic factors) that have occurred in similar contexts at the regional level.

Keywords: Mariano Miró, experimental tracks, historical archaeology, experimental archaeology, plow.

¹Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

²Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, carlosglanda@gmail.com

Introducción

En el transcurso del siglo XX el espacio pampeano ha estado sujeto a la explotación agrícola intensiva. Las dimensiones y la calidad de su suelo para la cosecha de diversos cultivos fueron en gran medida causales de su atractivo. Esta actividad agrícola generó y genera en la actualidad, condiciones particulares de alteración sobre el registro arqueológico. En este contexto de explotación agraria del suelo, el uso del arado ha sido comúnmente considerado un agente que facilitaba la recuperación de los artefactos arqueológicos al exponerlos en superficie, ignorando su papel en la alteración de los conjuntos materiales (Lewarch y O'Brien 1981a; Gomez Romero 1999). Sabiendo además que la complejidad de procesos tafonómicos que pueden afectar a un conjunto, son disímiles, múltiples y complejos.

En este trabajo nos proponemos, a partir de un caso particular en el norte de la provincia argentina de La Pampa, departamento de Chapaleufú (el abandonado poblado de Mariano Miró 1901-1911), realizar un abordaje experimental que nos permita evaluar la incidencia de las actividades agrícolas sobre su registro material (fig. 1). Asimismo, a partir de este caso de estudio proponemos generar un marco de referencia que se pueda replicar a otros sitios con problemáticas similares en lo que respecta a la historia de formación y transformación de los conjuntos antrópicos del pasado.

Para este abordaje, desarrollaremos el contexto histórico del caso de estudio, así como también consideraremos de manera breve el derrotero de las investigaciones vinculadas al arado como agente de modificación de los sitios arqueológicos. Dichas investigaciones arrojan varios inconvenientes que dificultan utilizar esos datos como un marco de referencia válido, dado que en su mayoría no toman en consideración la interacción entre los agentes tafonómicos y el contexto de daño como son las características geomorfológicas, sedimentarias y/o climáticas, entre otras. En este sentido, se torna dificultoso aplicar esos resultados otros contextos de estudio. Teniendo en cuenta ello es inminente el desarrollo de un diseño experimental que nos permitirá obtener infor-

mación sobre el efecto del laboreo agrícola sobre los conjuntos artefactuales superficiales y sub-superficiales de nuestra región de estudio. Consideramos que "...la experimentación in situ es una vía que aporta información postdeposicional o tafonómica específica a escala micro y permite derivar hipótesis formacionales para escalas espaciales y temporales mayores" (Borrazzo 2011:128).

A continuación se presentan el contexto histórico (regional y local) pertinente a nuestro caso de estudio y las características de la región en el cual se desarrollará la propuesta experimental. Luego, el estado de la cuestión sobre el estudio de los efectos de la actividad agrícola-ganadera, como el arado y pisoteo, con el fin de sintetizar los abordajes y resultados obtenidos por diversos investigadores. Finalmente, se desarrolla la propuesta para el diseño experimental y sus expectativas.

Contexto histórico

La denominada Frontera Sur (regiones pampeanas, cuyanas y patagónicas de la actual República Argentina) fue un espacio socialmente construido a raíz de un complejo proceso histórico vinculado en un principio con la expansión colonial hispánica y luego del Estado-nación argentino sobre los territorios de los pueblos originarios a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Su correlato espacial y material estuvo signado por una suerte de concatenamiento sucesivo de diversas líneas de asentamientos militares (fuertes, fortines, cantones, campamentos, etc.), poblaciones rurales, establecimientos comerciales (pulperías) y asentamientos indígenas (tolderías); entre otros tipos de sitios. Dicha frontera no debe ser considerada como un espacio que delimita la "civilización" de la barbarie", tal como la historiografía positivista argentina y gran parte del discurso oficial planteó, sino como "(...) un territorio imaginado, inestable y permeable de circulación, compromiso y lucha de distintas índoles entre individuos y grupos de distintos orígenes" (Boccarda 2000: 63).

Hacia 1878 y 1879 la Frontera del sur sería aniquilada y los territorios conquistados violentamente a las diversas etnias originarias incorporados al mercado capitalista nacional y global.

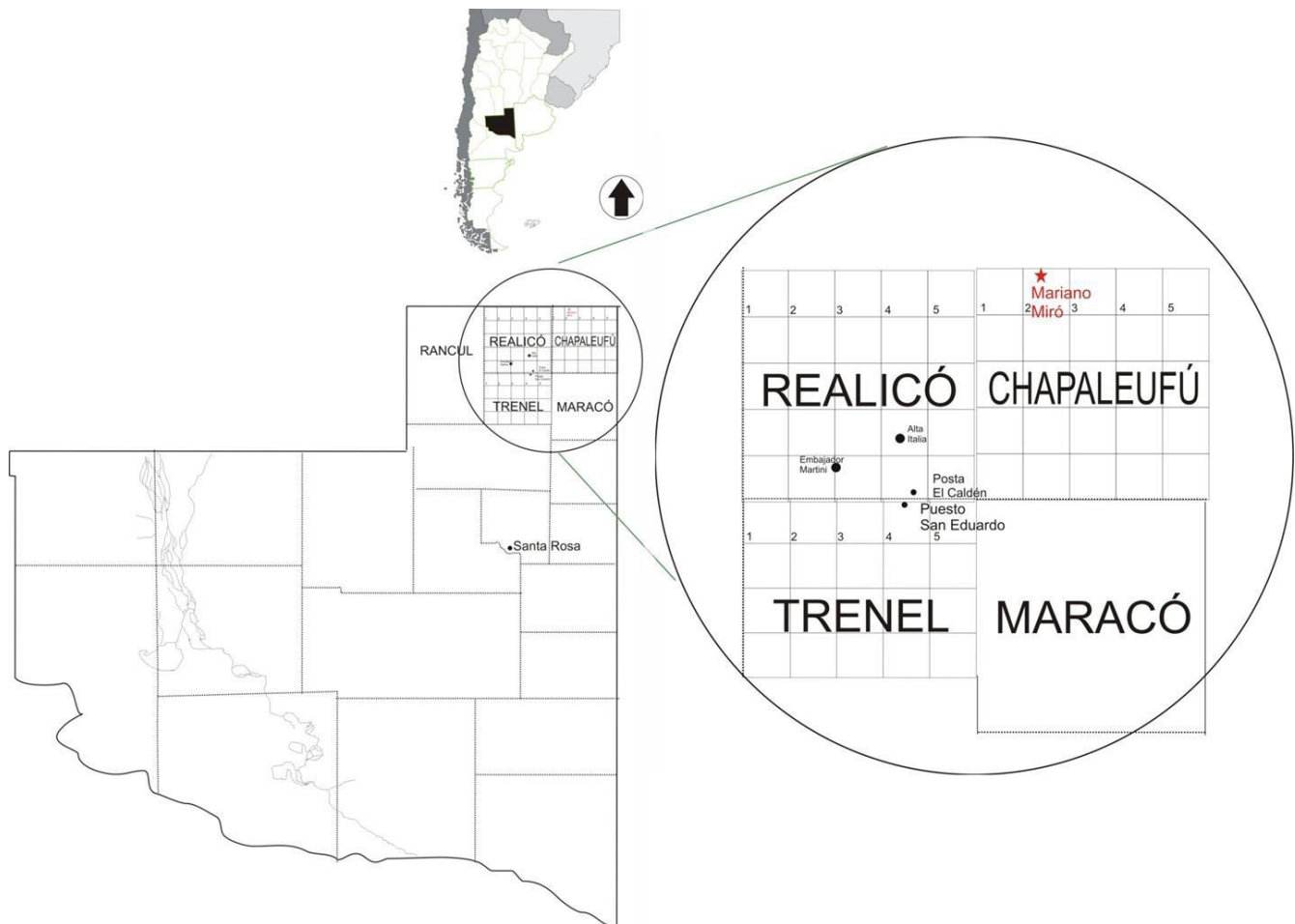


FIG. 1. Ubicación de Mariano Miró, provincia de La Pampa, Argentina

Para ello, el ejército llevó a cabo una serie de campañas militares en contra de las diversas parcialidades de pueblos originarios de Pampa y Patagonia, denominada historiográficamente “Conquista al Desierto” (1878-1879). A partir de ellas, el flamante Estado Nacional Argentino desplegó una serie de medidas para su control territorial, entre las cuales se puede mencionar la conformación de los Territorios Nacionales (Diez 2002). Así el Estado tornó efectiva la ocupación del territorio abocándose a la organización de los múltiples aspectos ligados a la economía, demografía, educación, administración política y jurídica, entre otras esferas de gestión y control. Como corolario de ello, sobrevino una creciente extensión de las vías de comunicación (telégrafo, ferrocarril, caminos, etc.) (fig. 2).

Por otra parte, en forma paulatina se fue montando la infraestructura gubernamental, dentro de una lógica económica-productiva que impulsaba

al modelo agroexportador. Para ello, las tierras, expoliadas a los pueblos indígenas, fueron desmontadas, loteadas y otorgadas a pocos individuos (mayoritariamente pertenecientes a las elites nacionales), proceso que generó grandes latifundios y estancias (Scobie 1958, Diez, 2002). La explotación de dichas tierras contribuyó en gran parte a la inserción de la Argentina en los mercados internacionales.

A partir de los datos de censos nacionales y de territorios nacionales (1895, 1912 y 1914), puede percibirse una primera oleada migratoria constituida por habitantes de otras provincias (mayoritariamente Santa Fe, Córdoba y Buenos Aires), mientras que en segunda instancia el gran flujo de población se configuró por inmigrantes europeos (fundamentalmente italianos y españoles). Este proceso se vio favorecido por el tendido del Ferrocarril Central del Oeste a principios del siglo XX y por la Ley de inmigración de 1876 (Scobie

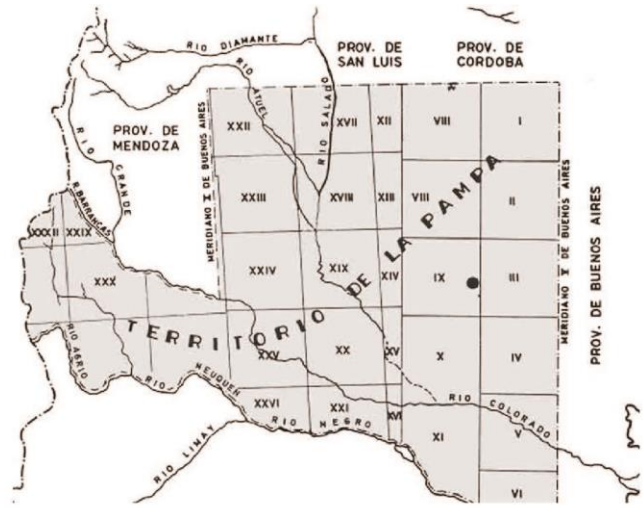
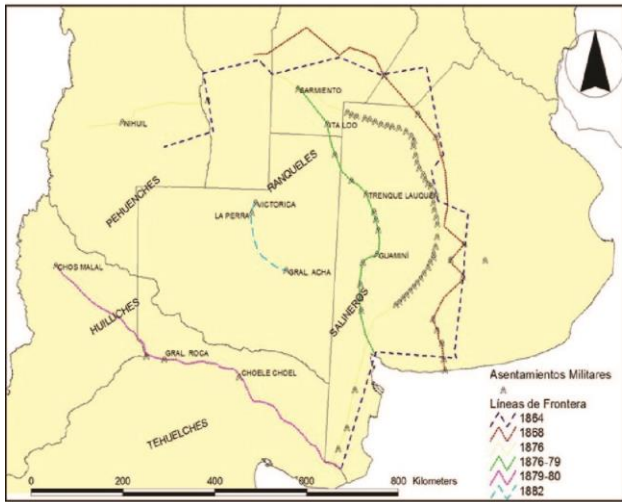


FIG. 2. Frontera sur para 1878-79 y plano de Territorios Nacionales para el período 1882-1952 (Extraído de Medus et al. 1882)

1968; Diez 2002). Estas personas trajeron consigo no sólo los anhelos y sueños de progreso, sino que han aparejado un nuevo proceso de reconfiguración identitaria que plasmó sus huellas en la construcción de estos nuevos espacios (Landa et al. 2018). Diversos actores sociales comenzaron a ocupar este espacio -colonos, arrendatarios, trabajadores golondrinas, estancieros, comerciantes, etc.- y con ellos fueron desarrollándose los primeros pueblos y otros tipos de asentamientos tales como estancias, puestos, comercios rurales (casas de negocios, pulperías) y colonias agrícolas (Scobie 1968; Diez 2002). De esta forma paulatinamente se fue dando una transformación de las relaciones en la región y generando la configuración de un nuevo espacio de sociabilidad.

Resulta necesario mencionar que las transformaciones en el territorio pampeano no sólo se vincularon a los nuevos actores sociales y a las formas de ocupación del espacio, sino que el advenimiento de estas nuevas formas de vida implicó una modificación total sobre el paisaje y el ecosistema (Landa et al. 2018). Así, las prácticas económicas destinadas a la explotación agrícola-ganadera tuvieron como consecuencia el desmonte de grandes extensiones de bosque de caldén. Ello produjo la retracción y disminución de especies de fauna autóctona, como el venado de las pampas, el guanaco y el ñandú, en favor de la extensión de las praderas artificiales para la cría de ganado y el mejoramiento del suelo para futu-

ros cultivos (Cazenave 1993; Benedetti y Salizzi 2014, entre otros).

La transición del espacio fronterizo a otro de producción agropecuaria implicó la existencia de distintos tipos de asentamiento ocupados por diferentes actores sociales. Los sitios militares como fortines y comandancias dieron paso a los puestos de los primeros pobladores. Estos últimos fueron incrementándose paulatinamente e interconectándose con otros tipos de asentamientos por medio de viejos y nuevos caminos (Coll y Landa 2018). A su vez, aparecieron las primeras instituciones públicas (escuela, hospital, juzgado de paz, etc.) y poblados, así como una serie de negocios típicos como almacenes de ramos generales, casas de negocios, boliches y pulperías. Como mencionamos anteriormente, dicho proceso se desarrolló correlativamente con la expansión ferroviaria, que permitió conectar zonas distantes, personas, ideas y mercancías a diversas escalas.

Caracterización de la región de estudio

Nuestra región de estudio se ubica en el norte de la provincia de La Pampa y es comprendida por los departamentos Chapaleufú, Realicó, Trenel y Maracó. Si bien se trata de un área extensa, comparte características ambientales similares y los mencionados departamentos son el centro de la actividad agrícola ganadera en la provincia. Se caracteriza por sus planicies medanosas suave-

mente onduladas, las cuales están formadas por depósitos arenosos de origen eólico formados durante el Pleistoceno.

Tal como se explicó anteriormente el avance de la frontera agrícola a fines del siglo XIX, a partir de la conquista y ocupación efectiva del territorio pampeano otrora ocupado por las poblaciones indígenas, ha modificado el paisaje de modo intenso en los últimos 130 años eliminando casi por completo las formaciones medanosas y las estribaciones de monte de caldenar. Las escasas formaciones de médanos que aún se conservan en la zona se encuentran edafizadas, mientras que los campos explotados formaron suelos ricos en molisoles, que hacen a la región apta para las actividades agrícola-ganaderas. Los estudios sobre el pH de los suelos de la zona de estudio muestran valores ligeramente ácidos (PH 5,2 a 6,2), lo que tiene implicancias sobre la conservación y degradación química de materiales orgánicos e inorgánicos respectivamente (Sanford 1975; Romano y Zinda 2007; Sainz Rosas et al. 2008). El régimen pluvial con un promedio de 800 mm anuales, que se concentran en el semestre que va de octubre a marzo, lo coloca en la zona húmeda (Servicio Meteorológico Nacional; Policía de La Pampa; Casagrande et al. 2005). La temperatura media anual ronda los 16° con máximas que superan los 30° y mínimas que rondan los 0°, por lo que el régimen de heladas es bajo y permite el desarrollo de los cultivos (Servicio Meteorológico Nacional para Gral. Pico). Los vientos poseen un promedio de 10 a 15 km/h con ráfagas primaverales que superan los 20 km/h. su dirección varía de N-NE a S-SW (fig. 3).

La actividad agrícola se centró tradicionalmente en el cultivo de maíz, el trigo y cebada, aunque en la última década ha primado la siembra de soja. Asimismo, la región se ha transformado en un centro importante para la ganadería, predominando los bovinos, que en muchos casos se ha rotado con la siembra (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos [INDEC]). La maquinaria utilizada para el laboreo agrícola, según se ha registrado en los censos agrícolas del INDEC, ha sido el uso de cincel, la reja y el disco ya sea mediante tracción a sangre o tractor (fig. 4). Estas metodologías han coexistido hasta la década de 1990. En

la última década se ha generalizado el uso de la siembra directa, la cual ha desechado los métodos de arada y han mecanizado el proceso de siembra y cosecha mediante la introducción de nuevas tecnologías. Sin embargo, dado la degradación de los suelos debido al monocultivo, algunos productores han comenzado a retomar los viejos métodos de arado.

El sitio Mariano Miró

El sitio Mariano Miró se ubica en la provincia de La Pampa (Departamento Chapaleufú), sobre las planicies medanosas que fueron formadas por los depósitos arenosos de origen eólico durante el Pleistoceno. El pueblo de Mariano Miró fue fundado a la vera de la estación de ferrocarril homónima en el año 1901. Según los datos que arroja el Censo de Territorios nacionales del año 1905, el pueblo llegó a contar con casi 500 habitantes y una serie de negocios típicos de una ocupación comercial y agrícola-ganadera. Se estima que la superficie que ocupó el ejido principal del pueblo abarcó 3ha hacia el lado sur, aunque también se menciona alguna ocupación sobre el sector Norte (Landa et al. 2018). Los terrenos sobre los cuales se asentó la ocupación fueron arrendados a la familia Santa Marina. Tras la rescisión del contrato de arrendamiento, el pueblo fue abandonado hacia el año 1911 y sus habitantes fundaron nuevos pueblos en la región como Alta Italia y Aguas Buenas (hoy Hilario Lagos). El abandono de Mariano Miró fue paulatino, tal como lo muestra el censo realizado en Territorios Nacionales en 1912 que refleja la presencia de 254 habitantes y la persistencia de la actividad en la estación ferroviaria (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos; Archivo de la Asociación Amigos del Ferrocarril). Resulta interesante destacar la escasa cantidad de documentación referida a la existencia de esta ocupación de más de una década, así como lo arduo de su ubicación. Esto puede deberse, precisamente a esta experiencia fallida de poblamiento, como sostiene Jackson (1963 en Peyton 2012:307): “Men have a tendency to forget rather than record disappointment and failure, so the story of the average camp has not won much space in old men’s memoirs”. Por ello es que una

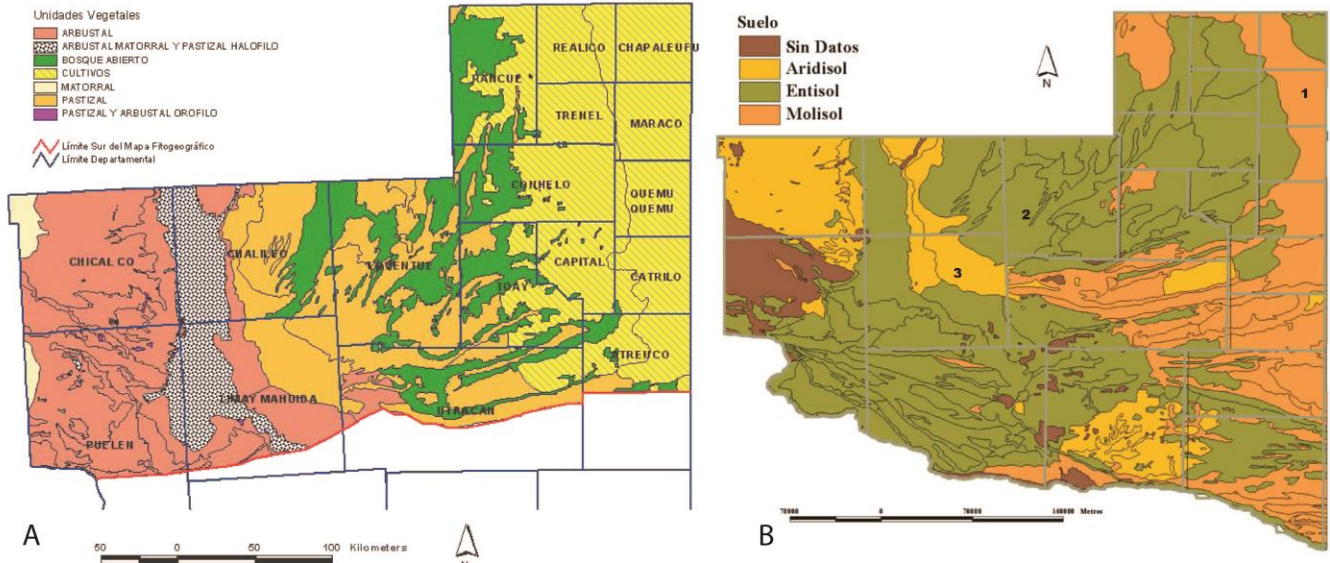


FIG. 3. A. Unidades de vegetación de La Pampa (fuente: IRLIP-INTA 1980). B. Mapa de Suelos: 1- Molisoles; 2- Antisoles; 3-aridisoles; y 4-sin datos (Extraído de Tapia 2008)



FIG. 4. Diversos tipos de arados utilizados en los campos pampeanos. A. Arado de reja. B. Arado de disco. C. Arado de cincel

contribución necesaria fue la aportada por los estudios de memoria oral. Según mencionan algunos pobladores de Hilario Lagos, los habitantes de Mariano Miró se llevaron consigo chapas, ma-

dera y todo el material utilizable para montar sus nuevas viviendas. Las causas que obligaron a abandonar el pueblo responden a las formas abusivas y especulativas de los grandes propietarios

sobre las cuales se forjó el sistema de arrendamiento en el territorio pampeano, sumado a que muchas veces los terrenos eran subarrendados por compañías colonizadoras (Cazenave 1993; Colombato 1995).

En la actualidad, el lugar donde se encontraba el poblado es un campo arado en el cual se realizan actividades agrícolas, principalmente el cultivo de soja. Esos campos pudieron ser objeto de explotación ganadera y agrícola desde la desocupación del pueblo, lo que ha llevado a plantear un nuevo escenario de utilización del espacio y por ende, la modificación del registro arqueológico y su contexto. Desde el año 2000 el campo es explotado mediante siembra directa la cual produce una alteración poco significativa respecto al arado, aunque es importante considerar su influencia sobre el registro arqueológico debido a la utilización de maquinaria pesada (INDEC; Héctor Morales com. pers. 2012). Por último, debemos mencionar que estas tierras han sufrido la utilización de diversos agroquímicos en menor o en gran escala. Aunque su efecto en los materiales arqueológicos no ha está establecida debemos tenerlo en cuenta como factor en la conservación de los mismos (fig. 5).

Inicio de las investigaciones arqueológicas

En el año 2011, la docente Alicia Macagno y sus alumnos de la Escuela Rural N° 65 de Mariano Miró¹ recolectaron el material superficial perteneciente al antiguo poblado como iniciativa para recuperar su pasado. Asimismo, han efectuado una excavación sobre el terreno, de la cual extrajeron abundantes materiales. A partir de la participación en la Feria Provincial de Ciencias (2011), en la que se exponían las características históricas del abandonado pueblo como así también los materiales arqueológicos recolectados, el Departamento de Investigaciones Culturales de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de la Pampa interviene en el tema. Por ello, nos convo-

can como equipo de investigación responsable, a cargo de la Dra. A. Tapia, para la evaluación del sitio y la recuperación del patrimonio del pueblo.

En abril de 2011 se tuvo el primer contacto con la comunidad educativa de Mariano Miró. En agosto de dicho año se comenzaron con las tareas de campo para determinar la extensión del sitio a partir de la distribución de los materiales en superficie. A partir de ello se determinó un área de 280 metros por 140 metros como área probable de ocupación (39200m²) al sur de la estación del ferrocarril y sobre la cual se realizaron las primeras tareas de relevamiento topográfico. Uno de los datos utilizados para delimitar este espacio fue la densidad y distribución de materiales superficiales que afloran en abundancia con posterioridad a cada proceso de cosecha y precipitaciones. En el año 2012, en dos campañas arqueológicas se llevó a cabo un relevamiento sistemático del sitio. Para ello, se plantearon 14 transectas dispuestas de oeste a este. Las mismas fueron divididas por siete sectores de 40 metros denominados con las letras A, B, C, D, E, F y G (Figura 6). El siguiente paso llevado a cabo fue el relevamiento pedestre de cada una de las transectas mediante el uso de detector de metales (modelo Garret150), que permitió delimitar sectores en donde existen concentraciones de metales en sub-superficie. El total de concentraciones halladas fue de 402 y cada una de ellas fue mapeada con medidas bidimensionales. A continuación, se realizó la recolección de los materiales hallados en la superficie del terreno, a cargo de cuatro operadores ubicados a una distancia de 2,5 metros cada uno, cubriendo el espacio de 10 metros entre cada transecta. Estos caminaron de forma paralela y simultánea recolectando los hallazgos en una bolsa individual, la cual fue etiquetada contemplando: la transecta, el sector y su posición como operador (e.g. Transecta 1 A op1). En base a la distribución de artefactos, la existencia de rasgos superficiales y la memoria oral se excavaron diversas áreas de forma aleatoria y dirigida. Tomando como referencia zonas con alta y baja densidad superficial se plantearon 23 sondeos de 1m². Además, se planteó de modo dirigido dos trincheras de 2 x 1 m y una cuadrícula de 2 x 2 m.

¹ La escuela N°65 de Mariano Miró se encuentra a unos 600 metros al este del antiguo pueblo sobre la calle rural que lleva al pueblo de Hilario Lagos. Hoy en día la escuela ceso sus actividades educativas, dada la baja cantidad de alumnos.



FIG. 5. Sitio Mariano Miró con los diversos estadios de cultivo. Uso de maquinaria pesada para la cosecha del cultivo (Autor de las imágenes de cosecha, Jerónimo Angueyras)

Las excavaciones -que hasta ahora abarcan una superficie de 36,5 m²- permitieron determinar la presencia de al menos 3 áreas de descarte de materiales (trincheras 1, sondeos F y O) y la presencia de dos muros (trincheras 2 y cuadrícula I). Aquí también pudimos observar áreas de derrumbe de las paredes que darían cuenta de la etapa del abandono del pueblo. Es decir, podemos caracterizarlas como áreas construidas y otras como de basurales generales (fig. 6)

Por último a mencionar sobre la investigación arqueológica, se realizaron, paralelo a las tareas de campo, varias actividades con el fin de comunicar a la comunidad los trabajos arqueológicos como también resaltar la importancia de la preservación y puesta en valor de su patrimonio. En este sentido enfatizamos que, dentro de los objetivos de la investigación arqueológica, las tareas de difusión y transferencia de los conocimientos generados son una parte fundamental en la labor de la arqueología. Así, lo producido en las investigaciones debe ser comunicado de manera efi-

ciente a la comunidad local y regional. Esto redundará no sólo en un mayor conocimiento de los habitantes de su propia historia, sino también les permitirá apropiarse, valorizarla y con ello contribuir a la conservación del patrimonio arqueológico local (Pineau et al. 2013). La labor de la investigación arqueológica en Mariano Miró permitió la erección de un museo destinado a este sitio y su historia en la localidad contigua de Alta Italia.

Antecedentes arqueológicos sobre el efecto del arado

En los últimos 30 años se han desarrollado numerosos trabajos que abordan aspectos tafonómicos del registro arqueológico como el impacto del arado. Estos estudios han sido incluidos dentro de la esfera de los procesos de formación de sitios o estudios de materiales y se configuran como aportes fundamentales para generar marcos de referencia que contribuyan a aguzar la mirada

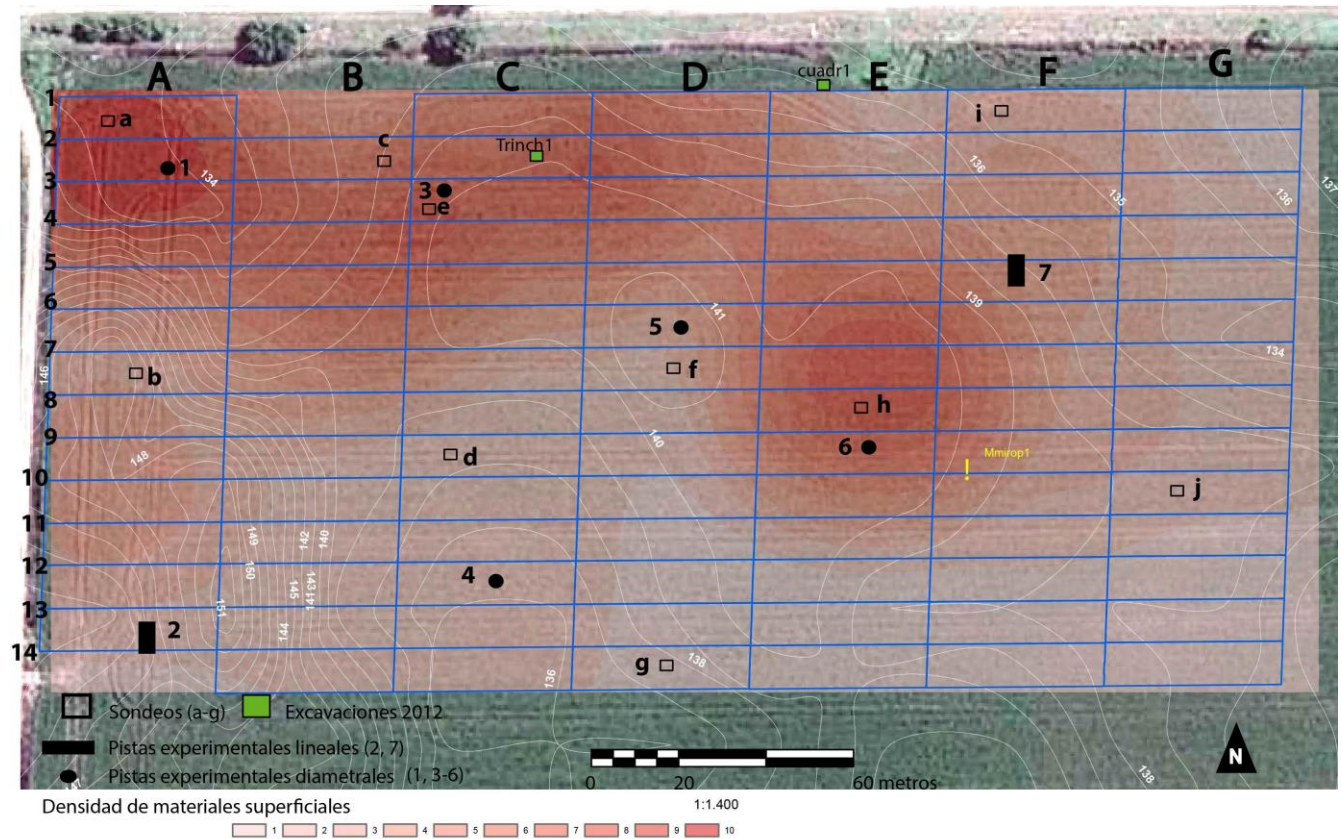


FIG. 6. Plano del sitio con los resultados de densidad artefactual y las estructuras del mapa original

tafonomía² sobre los sitios y conjuntos arqueológicos a diferentes escalas. A continuación, expondremos brevemente los aspectos que han resultado significativos para el estudio aquí propuesto.

El estudio de los procesos y efectos que generan las tareas agrícolas sobre el registro arqueológico ha sido abordado en numerosos estudios a partir de la experimentación, la simulación y la interpretación de los registros superficiales y de excavación (Roper 1976; Trubowitz 1978; Lambbrick 1980; Lewarch y O'Brien 1981a, 1981b; Knoerl y Versaggi 1984; Ammerman 1985; Haselgrove 1985; Odell y Cowan 1987; Yorston et al. 1990; Dunnell 1990; González de Bonaveri y

Senatore 1991; Dunnell y Simek 1995; Nicholson y Malainey 1995; Gómez Romero 1999; Ots 2008; Niknami 2003; Harvey 2012; entre otros). Aquí no haremos un tratamiento exhaustivo de los antecedentes; sólo mencionaremos algunos aspectos y trabajos relevantes para contextualizar la problemática (Tabla 1). Si bien el arado actúa en tres niveles (desplazamiento lateral, vertical y fragmentación), los estudios sobre campos arados se han focalizado en el desplazamiento horizontal y la fragmentación del registro arqueológico que éste produce (Roper 1976; Lewarch y O'Brien 1981a; Odell y Cowan 1987, Ammerman 1985; González de Bonaveri y Senatore 1991; Dunnell y Simek 1995; Ots 2008; Harvey 2012; entre otros). A partir de ello, se pueden identificar dos grandes posiciones en torno al impacto del laboreo agrícola sobre los sitios arqueológicos. Una primera postura, sostiene que el arado destruye el patrón espacial original de los conjuntos superficiales y desplaza los materiales a distancias que ascienden o superan a los 15 metros desde su emplazamiento original (Roper 1976; Odell y Co-

² Entendemos que este tipo de estudios debe abordarse como parte de la Tafonomía no convencional. Lo que Borrero (2011) ha dado en llamar "tafonomía irrestricta", en la que la expansión hacia el análisis de materiales no orgánicos es enriquecedora ya que permite expandir los horizontes de análisis y generar marcos de referencia aplicables a casos regionales o en contextos tafonómicos similares (Landa et al. 2013).

wan 1987). Una segunda postura plantea que, si bien el arado es un agente importante en la fragmentación y desplazamiento de los restos arqueológicos, no destruye totalmente el agrupamiento de materiales y genera desplazamientos menores a los 6 metros desde su posición inicial (Lewarch y O'Brien 1981a, 1981b; Reynolds 1982; Riordan 1988; Yorston et al. 1990; Clark y Schofield 1991; Dunnell y Simek 1995; Gómez Romero 1999). Esto permitiría interpretar dichas concentraciones como resultado de la presencia de áreas de actividad, basurales y/o viviendas en sub-superficie.

Los defensores de ambas perspectivas concuerdan en que, dado que los materiales se mueven en dirección al arado, su pasada en forma unidireccional genera un mayor desplazamiento que si fuese de modo bidireccional, ya que este tiende a promediar su efecto (Roper 1976; Odell y Cowan 1987). Otro de los aspectos en los que coinciden varios investigadores se desprende de los resultados de las experimentaciones y se refiere a la fragmentación de los artefactos. Esos resultados permiten sostener que el efecto del arado en la fragmentación de los conjuntos arqueológico produce inicialmente una rápida reducción del tamaño, que se estabiliza a lo largo del tiempo y genera una distribución tendiente a la unimodal (Lewarch y O'Brien 1981a, 1981b; Odell y Cowan 1987; Boismier 1997). Sin embargo, este aspecto no ha sido profundamente abordado o presenta resultados concluyentes en relación con la correlación entre el tiempo y el tamaño de las piezas (González de Bonaveri y Senatore 1991; Dunell y Simeck 1995). La relación entre el tamaño y su desplazamiento tampoco mostró resultados coherentes entre los diversos estudios. En este sentido, algunos de ellos muestran mayores desplazamientos en los objetos grandes mientras que en otros la correlación entre tamaño/distancia fue aleatoria (Trubowitz 1978; Lewarch y O'Brien 1981b; Dunell 1990). Sumado al tamaño de los artefactos Ammerman (1985) ha señalado la necesidad de considerar la pendiente del terreno, encontrando que en pendientes pronunciadas el desplazamiento es mayor.

El efecto del arado en el desplazamiento vertical del registro arqueológico ha sido tratado con mayor detalle por Dunnell y Simek (1995), que

plantean que la zona afectada sustancialmente por el arado varía entre los 20 y 40 cm de potencia. El tipo de instrumental de laboreo y las características geomorfológicas son decididamente factores condicionantes de su impacto sobre el registro arqueológico. Se esperaría que en esa zona de afección exista una remoción, mezcla y fragmentación de artefactos ubicándose en la parte superior los objetos más pequeños mientras que por debajo de esta se encontrarían los más grandes que no pudieron ser afectados por este agente (Yorston et al. 1990; Boismier 1997; Diez Martin 2003, 2009). Asimismo, producto del efecto dimensional se esperaría que los artefactos más pequeños y ligeros ingresen al paquete de arada, mientras que aquellos más grandes y pesados queden en la superficie (Baker 1978) o en su defecto, al golpear con la maquinaria, sean recogidos por el operario. Al igual que en el desplazamiento horizontal se estima que el efecto se promedia a lo largo del tiempo (Lewarch y O'Brien 1981a, 1981b; Boismier 1997).

De acuerdo con lo antedicho podríamos esperar que las tareas agrícolas tengan un impacto que puede ser observada de modo directo sobre los artefactos e indirecto a partir de los patrones espaciales y características del conjunto en su totalidad. Su incidencia directa se identificará a partir de las marcas que pudiera haber provocado el arado, como ralladuras o fracturas frescas sobre los materiales (González de Bonaveri y Senatore 1991). La acción indirecta será observada a partir del tamaño de los objetos y su distribución espacial siguiendo lo planteado por los estudios realizados en la temática mencionados anteriormente.

A partir de dichos datos hemos abordado un estudio a la luz de los resultados arrojados a partir del estudio espacial y tafonómico del registro superficial del sitio Mariano Miró (Landa et al. 2014). El estudio de los mapas de distribución y densidad analizados a partir de técnicas de SIG han brindado información relevante, pero creemos que es necesario generar un marco de referencia para la región de estudio tomando en consideración los aspectos geomorfológicos, climáticos, topográficos y antrópicos particulares para esa área. Es por ello que se realiza un planteo experimental para su abordaje específico.

TABLA 1. Antecedentes sobre el estudio de los efectos del uso del arado en el registro arqueológico

Autores	Tipo de estudio	Región	Características sedimentarias*	Artefactos/superficie	Ciclo/ período	Observaciones
<i>Yorston et al. 1990</i>	Simulación por modelo matemático	Sur de Inglaterra	calizas cubiertas de arcilla limo-arcilla	cerámicas (N=1500)	10, 20, 50, 100 y 200 años	Luego de 50 episodios de arada se produce un cambio rotundo en las localizaciones originales de los objetos, produciendo una destrucción total de los sitios.
<i>Roper 1976</i>	experimentación	Springfield, Illinois (USA)	Loess			El desplazamiento sigue la dirección en la que se pasa el arado, por ello el paso bidireccional promedio a estabilizar la ubicación de los artefactos en terreno.
<i>Reynolds 1982</i>	experimentación	Hampshire, Inglaterra	Exp 1 Rendzina; Exp. 2 Rendzina, arcilla, piedras y calizas; Exp 3 Calizas	cerámicas	6 años	El movimiento de las cerámicas desde su posición inicial tuvo una media de 1 metro al final de la experiencia, quedando expuestas en superficie sólo el 16% de las cerámicas sembradas. El movimiento vertical mostró un desplazamiento menor a 4 cm. La pendiente del terreno influyó su movimiento.
<i>Ammerman 1985</i>	experimentación	Acconia (Sur de Italia)	suelo arenoso	lítico y cerámica (N=250)	6 años	Los artefactos se desplazaron poca distancia. La pendiente del terreno puede ser un factor que inflencie el movimiento lateral.
<i>Odell & Cowan 1987</i>	experimentación	Valle de Silver Creek-Illinois	Loess	1000 lascas y artefactos líticos	12 episodios de arada- Artefactos enterrados	El material superficial representa menos del 10% del conjunto enterrado. El tiempo tiende a estabilizar los tamaños de los materiales recuperados, siendo contrario al patrón que se espera con el efecto dimensional, recuperando en su mayoría piezas pequeñas. El arado duplica la superficie ocupada por un sitio arqueológico, aunque la frecuencia de artefactos disminuye hacia sus extremos. No hay correlación entre el tamaño de los artefactos y la distancia de desplazamiento.
<i>Clark & Schofield 1990</i>	experimentación	Sur de Inglaterra	sin dato	Lítico (N=1030)	6 pasadas de arada en 3 años	Se registraron pocos desplazamientos con una media de 0,87 m y alcance máximo de 6,4 m
<i>Díez Martín 2010</i>	experimentación	Cuenca del Duero, España	calizas cubiertas de arcilla-limo	lítico (N=815)	2 ciclos laboreo	Produce la pérdida de las pautas espaciales originales por desplazamiento horizontal. El desplazamiento medio es de 6m y el máximo de 16,8 m. Cuanto mayor es el tamaño mayor fue el desplazamiento.
	sondeos en campos arados y comparación con superficiales	Cuenca del Duero, España		N=14000 en 52m2		El 10% del universo del conjunto se encuentra en el paquete de arada. Los artefactos más pequeños se hallan en el paquete de arada y los más grande y pesados en la superficie (Efecto dimensional Baker 1978)

<i>Lewarch & O'Brien 1981a y 1981b</i>	recolección superficial sistemática/Experimentación	Mis-souri (USA)	sin dato			El efecto del arado es poco significativo. El paso bidireccional promedia el efecto en el desplazamiento lateral. Existe una correlación entre el tamaño de los artefactos y la distancia del desplazamiento siendo mayor en aquellos de mayor tamaño. Mientras que los más pequeños son fragmentados por pisoteo y se entierran.
<i>Riordan 1988</i>	recolección superficial sistemática	Chesapeake, Maryland (USA)	Arena y limo	-	200 años de arada	Sostiene el planteo de Lewarch y O'Brien como el de Trubowitz. En este sentido considera que se mantiene una cierta estabilidad en el ordenamiento espacial que permite realizar inferencias sobre los comportamientos del pasado
Dunneil y Simeck 1995	Recolección sistemática superficial	Maldein Plain, Mis-souri (USA)	Loess	23 ha.		A lo largo del tiempo se profundiza la alteración del suelo realizado por el arado, está depende también de la maquinaria utilizada. No puede existir una distribución tendiente al equilibrio como plantean Lewarch y O'brien dado que la alteración es constante. No existe una correlación entre el tamaño y el tiempo de alteración. Plantea modelo para pensar la estratigrafía de sitios arados: minimun, minimax y maximax.
Gómez Romero 1999	Experimentación y recolección superficial sistemática	Azul, Buenos Aires	Loess	9375m2	más de 23 episodios de arada	Apoya la postura sobre la incidencia no significativa del arado sobre la disposición espacial de los artefactos
Ots 2008	Recolección superficial sistemática y sondeos	Tupungato, Mendoza	Arcilloso	21 m2 de excavación; 46 transectas		Existe un correlación entre la dispersión de los artefactos y la dirección del arado y la pendiente. El arado ha modificado los primeros 35 cm. de la estratigrafía. La cantidad de materiales en superficie no es representativa de lo hallado en estratigrafía

* Excepto en los casos de Diez Martín, Reynolds y Ammerman, los autores no brindan información sobre las características sedimentarias de la región bajo estudio. Esos datos fueron agregados por la autora.

Estudios en torno al pisoteo

El pisoteo se constituye como un aspecto relevante a considerarse en espacios de explotación agrícola-ganadera, dado que actúa en conjunto con el arado. El pisoteo nos permitirá indagar en la incidencia de los agentes antrópicos y no antrópicos en el movimiento vertical y horizontal de los restos arqueológicos, como también en el daño que estos producen sobre los artefactos. El pisoteo producido tanto por el tránsito pedestre, la

circulación de maquinaria agrícola y de animales (de pequeño y gran porte) fue considerado por numerosos investigadores. La experimentación ha sido necesaria para evaluar la incidencia de los diferentes agentes de pisoteo sobre distintas categorías artefactuales en relación con el desplazamiento horizontal, vertical y el daño sobre los objetos (Gifford González et al. 1985; Olsen y Shipman 1988; González de Bonaveri y Senatore 1991; Mc Brearty et al. 1998; Lopinot y Ray 2007; Eren et al. 2010; Flegenheimer y Weitzel

2007, entre otros). Los trabajos que dan cuenta del efecto del pisoteo humano sobre una diversidad de materiales en los que se incluyen algunos históricos y de confección industrial (e.g. ladrillo cerámico y loza artesanal), nos permite aproximar los resultados a los sitios históricos de la región (e.g. Mariano Miró y Posta El Caldén) (Gifford-González et al. 1985; Nielsen 1991). Un aspecto importante a tener en cuenta es el tipo de sedimentos y compactación sobre el cual fue producido el pisoteo dado que las posibilidades de penetrabilidad disminuyen conforme aumenta la dureza del sustrato (Nielsen 1991). En este sentido, todos los estudios concuerdan en que un sustrato duro no permite penetrar a los materiales en el sedimento y beneficia el daño (Nielsen 1999; Flegenheimer y Weitzel 2007), mientras que un sustrato blando reduce la frecuencia de roturas en los artefactos y promueve la migración dentro del mismo (Gifford González et al. 1985). El desplazamiento horizontal de los materiales a partir del pisoteo genera un patrón de agrupamiento hacia los márgenes del sector afectado que podría simular una agrupación discreta como un área de actividad o basural (Nielsen 1991). Las concentraciones tienen un patrón de tamaño marcado por la ausencia de objetos pequeños que son incorporados al sedimento mientras que los artefactos medianos y grandes son los que más se mueven y tienen la posibilidad de ser pateados (Nielsen 1991; Somonte et al. 2004; Eren et al. 2010). De acuerdo con los resultados obtenidos en las experimentaciones observamos que existe un problema de equifinalidad en relación con los efectos producidos por el arado que debe ser considerado a la hora de realizar las interpretaciones de sus efectos sobre el registro arqueológico.

Diseño experimental

De lo planteado anteriormente se desprende la necesidad de desarrollar un diseño experimental que nos permita generar un marco de referencia para nuestra región de estudio. Este diseño consiste en “plantar” sobre el terreno del sitio un número determinado de conjuntos artefactuales (similares a los materiales hallados en el registro arqueológico) de los cuales se podrá realizar el

registro y seguimiento año tras año de su estado general (fig. 7).

Pista 3- Sembrado inicial Mayo 2013

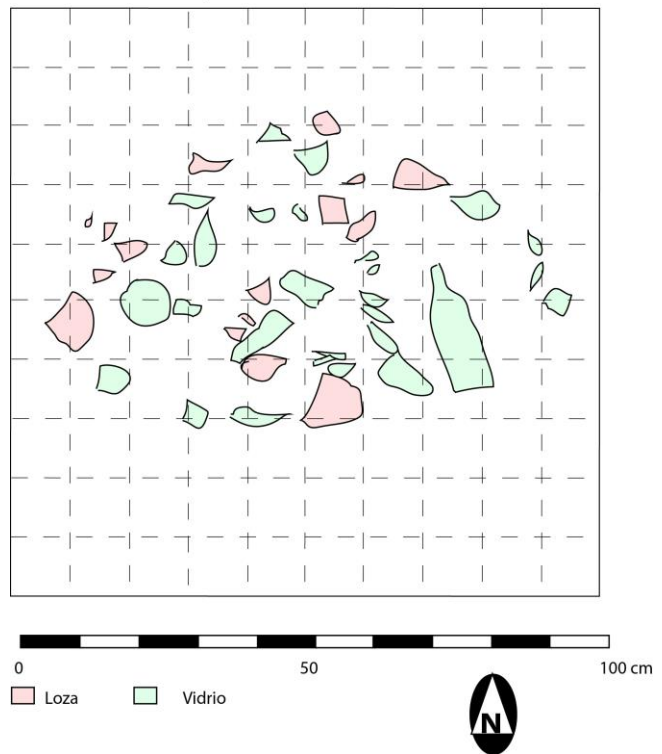


FIG. 7. Registro del tipo material “plantado” en el sitio y la posición relativa entre cada objeto

Para ello, se planificó su ubicación en el terreno teniendo en cuenta el tipo de cobertura vegetal, la topografía, ubicación dentro del campo y actividad particular que se lleva a cabo en dicho sector. Este conjunto material experimental se lo denomina “pistas”, las cuales se registrarán en una planilla, considerando su ubicación exacta con medidas bidimensionales a una referencia fija (e.g. un poste esquinero), sumado al punto referenciado por GPS. Para el caso de Mariano Miró se plantarán nueve pistas experimentales con idéntica composición de materiales y tamaños para evitar sesgos (Borrazo 2011).

Cada pista poseerá una planilla de registro que se completará inicialmente en laboratorio y se finalizarán en el campo luego de ser planteada (fig. 8). La planilla será de tipo cerrado lo que permitirá la sistematización y estandarización de los datos para su comparación (Roskams 2003). Para el experimento se incluirán materiales comúnmente hallados en sitios históricos (e.g. vi-

Sitio: Ea. La Oración		Fecha de sembrado:		Sitio: Ea. La Oración		Fecha de laboratorio:	
N° de pista:		Operador:		N° de pista:		N° siglado:	
Ubicación:		Punto GPS:		Operador:			
Cobertura vegetal: escasa abundante ausente		Tipo de cobertura vegetal:		Materias primas: vidrio gres loza óseo ladrillo metal madera			
Condiciones del suelo: húmedo seco		Siglados:		Medidas:		Alto:	
Cantidad de artefactos:						Ancho:	
Materias primas/artefactos: (marcas con círculo)		vidrio gres loza óseo ladrillo metal madera				Espesor:	
Peso (gramos)				Forma:			
Fotografías en laboratorio:				Peso:			
				Descripción:			
				Fotografía en laboratorio			
Fotografía en campo:							
				Observaciones			
Observaciones							
Adjuntar planimetría en hoja milimetrada							

FIG. 8 (IZQ.). Planilla de registro de las características generales por cada pista experimental. **FIG. 9 (DER.).** Planilla para el registro de los objetos sembrados en laboratorio

drio, gres, loza, óseo, ladrillo cerámico, metal y madera). Los materiales serán clasificados por tamaño de acuerdo al siguiente criterio: pequeño (< a 2 cm); mediano (<a 2 cm y > a 4 cm); grande (>a 4 cm y > a 8 cm) y extra grande (> a 8 cm). Esta clasificación por tamaño es la misma que se utilizó para el inventariado de laboratorio y registro de los materiales superficiales y sub-superficiales. Asimismo, se tomará medidas de ancho, alto y espesor tanto como el peso y la forma de cada objeto que se registrarán en una planilla individual donde se incluirá su fotografía y le será asignado un número que figurará en su siglado (fig. 9). Los artefactos serán pintados con aerosol blanco y rotulados con microfibra indeleble en una de sus caras para aumentar su obstrusividad y facilitar el seguimiento. Todos los artefactos serán colocados con la cara pintada hacia arriba. Así cada pista constará de 28 artefactos, que se distribuirán por tamaño siguiendo un modelo

equitativo presentando un objeto por tamaño en las siete categorías. Los artefactos se distribuirán a una equidistancia de 10 cm uno de otro en una cuadrícula de 1x1m (n=7) y 2x0,5 m (n=2). Para facilitar su sembrado y los posteriores registros se utilizará un bastidor de madera de 50 x 50 cm grillado con hilos cada 10 cm.

Las mismas se sembrarán el primer día y se realizarán registros diarios utilizando una planilla semi-estructurada y la planimetría en hoja milimetrada (fig. 10). El relevamiento final de las pistas puede implicar la excavación del sector. En todos los casos se registrarán los desplazamientos, inversiones y cambios de orientación siguiendo los criterios establecidos por Borrazzo (2011). Asimismo, se observará el daño y la fragmentación a partir del análisis de las fracturas frescas y los tamaños. Durante el transcurso de la experiencia se registrarán las condiciones ambientales como temperaturas, lluvias y vientos a

Sítio: Ea. La Oración	Fecha de registro:
Nº de pista:	Operador:
Nivel:	Cantidad de artefactos visibles:
Condiciones del suelo: húmedo seco	Artefactos dentro de la cuadrícula: Artefactos fuera de la cuadrícula:
Desplazamientos:	
Inversiones:	
Cambio de orientación:	
Observaciones	
Planimetría	

FIG. 10. Planilla para el registro y seguimiento de las pistas experimentales con datos planimétricos

partir de los datos brindados por el boletín mensual del Servicio Meteorológica Nacional con su estación más cercana de Gral. Pico y la Policía de La Pampa que cuenta con datos para la localidad bajo estudio. También se tendrá en cuenta el factor antrópico de la modificación del registro cuando se lleve a cabo entrevistas a operadores y trabajadores del campo, para analizar su comportamiento ante la aparición de algún material en el terreno.

El seguimiento de las pistas se realizará en los meses de marzo y noviembre período regular en el cual visitamos el campo en momentos previos a la siembra y posterior a la cosecha respectiva-

mente. Se evaluará el momento de recolección final durante el transcurso de la experiencia, pero será interesante observar por lo menos dos ciclos agrícolas consecutivos.

Palabras finales

El caso de Mariano Miró se configura como un caso arqueológico excepcional, es decir, un pueblo instalado a la vera del ferrocarril que sucumbió frente al avance de la frontera agrícola y las prácticas especulativas de sus terratenientes. Los estudios que abordan los “ghosttown” o la “arqueología del abandono” tratan con pueblos que

han sido abandonados, pero en los que han quedado en pie parte de sus estructuras como en Newhouse, Frisco y SilverReef (Utah, Estados Unidos) u otros sitios vinculados a la explotación minera en Australia, Nueva Zelanda o en Chile (Neville y Hooker 1997; Bell 1998; Vilches *et al.* 2008; Fuentes 2010; Lawrence y Davies 2010). Sólo el sitio New Philadelphia (Illinois, Estados Unidos), posee una trayectoria similar a nuestro caso de estudio ya que fue abandonado paulatinamente hacia 1869 y posteriormente explotado agrícolamente. En ninguno de los casos mencionados se contempla una mirada tafonómica, y caracterizan al registro arqueológico como algo “intacto”, dejando de lado las alteraciones del terreno que mencionan (eg carretera, agricultura) (Hargrave 2010). A pesar de sus diferencias en las formas de abandono, su cultura material, su grado de conservación y los modos en los que fue abordado su estudio, estos sitios tienen en común el relato de historias sobre experiencias fallidas que han dejado una profunda huella sobre el paisaje y sobre la memoria e identidad de los descendientes de aquellos que sufrieron el éxodo forzado. Su investigación, por parte de la Arqueológica histórica, permitirá comprender las historias y prácticas de esos pobladores en la región, así como aportará a la preservación del patrimonio material e inmaterial de estos espacios.

El trabajo en áreas donde la actividad de los campos se centra en la explotación agrícola ganadera torna en imperante el considerar el impacto de estas prácticas sobre el registro arqueológico. Las contradicciones halladas en la bibliografía sobre el tema, como su referencia a contextos de daño totalmente disímiles hacen necesario llevar a cabo el diseño experimental que posibilite la construcción de un marco de referencia con el fin de evaluar el registro arqueológico de la región bajo estudio en aras de una interpretación fidedigna del mismo. De esta forma, la identificación del efecto de cada uno de los agentes que evaluamos nos permitirá aguzar nuestras interpretaciones y reducir los problemas de equifinalidad. Así, la mirada tafonómica sobre el conjunto permitirá capitalizar los resultados de las investigaciones y ser conscientes de las limitaciones y alcances del registro bajo estudio.

El avance en las experimentaciones y la rigurosidad metodológica en las prospecciones, recolecciones superficiales y excavaciones en los sitios que fueron sometidos a sucesivos ciclos de arada, permitirán seguir avanzando en la comprensión de los efectos de los diversos agentes que actúan en los sitios del norte de La Pampa. Su mirada a la luz de un registro histórico, no solo es novedosa, dado que no abundan este tipo de perspectivas de análisis en sitios con poca profundidad temporal, sino que nos permite poseer un conjunto de variables conocidas y controladas. Este aspecto es relevante a la hora de evaluar el alcance de una experimentación, dado que el uso de los datos de este estudio actualístico puede llevarse a comparación con un registro formado bajo condiciones conocidas. Asimismo, servirá de marco de referencia para otros sitios de la región sometidos a procesos similares. Creemos importante que estos ejemplos se repliquen en contextos similares en otras latitudes dado que se configura como una herramienta muy útil que se puede desarrollar con poca inversión de tiempo y recursos durante las tareas de campo. Creemos que el desarrollo y la proliferación de este tipo de estudio dará marcos de referencias a las futuras investigaciones en estos espacios y así, herramientas plausibles para una reflexión más acabada del registro arqueológico.

Agradecimientos

Deseamos agradecer a los miembros del equipo de investigación arqueológica dirigido por la Dra. Alicia H. Tapia: Virginia Pineau, Florencia Caretti y Astrid Rearte. A Hector Morales por su amable acompañamiento en las tareas de campo. Extender nuestro agradecimiento al evaluador/a del trabajo, por sus apreciaciones. Finalmente, a Pedro Salminci, porque los mapas que nos ha hecho ya hace tiempo y por su eterna amistad.

Bibliografía

- Ammerman, A. J. (1985). Plow-zone experiments in Calabria, Italy. *Journal of Field Archaeology* 12: 33-40.
- Baker, C.M. (1978). The size effect: An explanation of variability in surface artifact assem-

- blage content. *American Antiquity* 43:288-293.
- Bell, P. (1998). The fabric and structure of Australian mining settlements. In *Social Approaches to an Industrial Past: The Archaeology and Anthropology of Mining*, edited by B. Knapp, V. Piggott, and E. Herbert, pp 25-38. Routledge, London.
- Benedetti, A., & Salizzi, E. (2014). Fronteras en la construcción del territorio argentino. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 23(2), 121-138.
- Boccarda, G. (2000). Fronteras, mestizaje y etno-génesis en las Américas. *Las Fronteras Hispanocriollas del Mundo Indígena Latinoamericano. Un estudio comparativo*. R. Mandrini & C. Paz (comps.). IEHS/Universidad Nacional Del Centro. Tandil. (CD, capítulo 3).
- Boismier, W. A. (1997). *Modelling the effects of tillage processes on artefact distributions in the plough soil. A simulation study of tillage-induced pattern formation*. BAR British Series 259, Oxford.
- Borrazzo, K. (2011). Tafonomía lítica en la estepa patagónica: experimentación y registro arqueológico de superficie. En: L.A. Borrero y K. Borrazzo (comps.), *Bosques, Montañas y cazadores: investigaciones arqueológicas en Patagonia Meridional*, pp.127-153. CONICET-IMHICIHU, Buenos Aires.
- Borrero, L. (2011). La función transdisciplinaria de la arqueozoología en el siglo XXI: restos animales y más allá. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología* 13: 267-274.
- Casagrande, G.A.; G.T. Vergara y Y. Bellini (2005). Cartas agroclimáticas de temperaturas, heladas y lluvias de la provincia de La Pampa (Argentina). *IX Congreso Argentino de Meteorología CONGREMET IX "Tiempo, clima, agua y desarrollo sostenible"*. Buenos Aires.
- Cazenave, W. (1993). *Campo pampeano. Una contribución al conocimiento de su historia. Desde sus orígenes hasta 1914*. Fondo Editorial Pampeano. Santa Rosa.
- Censo de población de los territorios nacionales, República Argentina (1912). <https://ia800701.us.archive.org/10/items/mhc-h-1912-bi0036/mhch-1912-bi0036.pdf>
- Clark, J.D. y Schofield, A. J. (1991). By experiment and calibration: An integrated approach to archaeology of the ploughsoil. *Interpreting artefact scatters: Contribution to plowzone archaeology* (A. J. Schofield, ed.), Oxbow, Oxford: 93-105.
- Coll, L. J. y C. G. Landa (2018). La rayuela del camino (con un pie en la continuidad y otro en la ruptura). Un acercamiento inicial al análisis espacial de la dinámica de los caminos y asentamientos. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* 12:174-200.
- Colombato, J. A. (ed.). (1995). *Trillar era una fiesta. Poblamiento y puesta en producción de La Pampa territorialiana*. Tomo I. Instituto de Historia Regional. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de La Pampa. Santa Rosa.
- Diez, M. A. (2002). Instituciones territoriales, orden público y una ciudadanía en construcción. El Estado nacional y la formación de la Pampa Central 1884-1922. Tesis de Doctorado en Historia. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Diez Martín, F. (2003). Las alteraciones inducidas por el laboreo agrícola. La influencia del movimiento vertical en los yacimientos paleolíticos de los páramos de Montemayor-Corcós (Valladolid y Burgos). *Zephyrus*, 56: 49-60.
- Diez Martín, F. (2010). El arado y los yacimientos paleolíticos. Una década de investigación sobre el efecto del laboreo en los páramos del Duero. *Complutum* Vol. 21 (1): 45-68.
- Dirección Provincial de Estadísticas. Ministerio de Hacienda y Finanzas. Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. (1895). <http://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/Estadistica/censos/C1895-T2.pdf>
- Dirección Provincial de Estadísticas. Ministerio de Hacienda y Finanzas. Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. (1914). <http://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/Estadistica/censos/C1914-T2.pdf>
- Dunnell, R. C. (1990). Artifact size and lateral displacement under tillage: Comments on the Odell and Cowan experiment. *American Antiquity*, 55: 592-594.

- Dunnell, R.C. y Simek, J. (1995). Artifact size and plowzone processes. *Journal of Field Archaeology*, 22: 305-319.
- Eren, M.I., A. Durant, C. Neudorf, M. Haslam, C. Shipton, J. Bora, R. Korisettar, R. y M. Petraglia (2010). Experimental examination of animal trampling effects on artifact movement in dry and water saturated substrates: a test case from South India. *Journal of Archaeological Science*, 37: 3010-3021.
- Flegenheimer, N. y C. Weitzel (2007). Caminar sobre piedras: los artefactos fracturados de Cerro El Sombrero. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, tomo III:263-267. Jujuy.
- Fuentes, M. (2010). Headline for an Archaeology of capitalism in Chile (1880-1930). *Entelequia. Revista Interdisciplinaria* 11: 173-195.
- Gifford-Gonzalez, D., D. B. Damrosch, D. R. Damrosch, J. Pryor y R. L. Thunen (1985). Third Dimension in Site Structure: An Experiment in Trampling and Vertical Dispersal. *American Antiquity*. 50 (4): 803-818.
- Gómez Romero, F. (1999). *Sobre lo arado el pasado: arqueología histórica en los alrededores del Fortín Miñana (1860-1869)*. Buenos Aires, Biblos.
- González De Bonaveri M.I. y X. Senatore (1991). Procesos de formación en el sitio San Ramón4-. *Boletín del centro* 2:65-77.
- Harvey, K.G. (2012). Who Needs a Plow-Zone? Using a Common Site Mapping Method in a New Way At the Silvernale Site (21GD03). Thesis for Master of Science, Department of Anthropology, Minnesota State University, Mankato Mankato.
- Haselgrove, C. (1985). Inference from ploughsoil artefact samples. Archaeology from the ploughsoil. *Studies in the collection and interpretation of field survey data* (C. Haselgrove, M. Millet, I. Smith, eds.), University of Sheffield, Sheffield: 7-29.
- Knoerl, J. y Versaggi, N. (1984). Plow zone sites: research strategies and management policy. *American Archaeology*, 4: 76-80.
- Landa, C.; V. Pineau, E. Montanari y J. Doval (2013). Tafonomía de un pueblo: Mariano Miró (Dto. Chapaleufú-La Pampa). Principios del siglo XX. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, La Rioja.
- Landa C., Pineau V., Montanari E. y Doval J. (2014). Taphonomy of a Village: Mariano Miró (Chapaleufú Department-La Pampa-Argentina). Early XXth Century. *Intersecciones en Antropología*. Volumen Especial 1: Taphonomic Approaches to the Archaeological Record. Borrazzo, K y C Weitzel. pp 71-84.
- Landa, C., Pineau V., E. Montanari y J. Doval (2018). Paisajes de la campaña pampeana (siglos XIX y XX). *Abordajes desde la Arqueología rural en Argentina*. Landa, C., V. Pineau, E. Montanari y J. Doval (eds.). A. Izeta (ed. responsable). South American Archaeology Series. Archaeopress. Oxford. UK.
- Lambrick, G. (1980). Effects of modern cultivation equipment on archaeological sites. The past under the plough (J. Hinchliffe, R. T. Schadla-Hall, eds.), *Directorate of Ancient Monuments and Historic Buildings Occasional Paper*, 3: 18-21. Londres.
- Lawrence, S. y P. Davies (2010). *An Archaeology of Australia since 1788*. Springer, New York.
- Lewarch, D. y O'Brien, M. J. (1981a). The expanding role of surface assemblages in archaeological research. *Advances in Archaeological Method and Theory*, 4: 297-342.
- Lewarch, D. y O'Brien, M. J. (1981b). Effect of short term tillage on aggregate provenience surface pattern. *Plowzone archaeology: contributions to theory and technique* (M. J. O'Brien, D. Lewarch, eds.), Vanderbilt University Publications in Anthropology 27, Nashville: 7-49.
- Lopinot, N. y J. Ray. (2007). Trampling Experiments in the Search for the Earliest Americans. *American Antiquity* 72(4):771-782.
- Medus, N, Hernández, R. y Cazenave, W. (1982). *Geografía de La Pampa*, Santa Rosa, Extra.
- Mc Brearty, S., L. Bishop, T. Plummer, R. Dewar y Y. N. Conard (1998). Tools underfoot: human trampling as an agent of lithic artifact edge modification. *American Antiquity* 63(1):108-122.
- Neville, R. y R. Hooker (1997). An archaeologist guide to minimizing terminology. *Australasian Historical Archeology* 15: 3-29
- Nicholson, B.A. y M. Malainey (1995). Sub-Ploughzone Testing at the Lowton Site (DiLv-3): The Vickers Focus Type Site in

- Southwest Manitoba. *Canadian Journal of Archaeology* 19:87-100.
- Nielsen, A. E. (1991). Trampling the Archaeological Record: an Experimental Study. *American Antiquity* 56: 483-503.
- Niknami, K.A. (2003). A stochastic model to simulate and predict Archaeological landscape taphonomy: monitoring cultural landscape values based on an Iranian survey project. *Archeologia e Calcolatori* 18: 101-120.
- Odell, G. H. y Cowan, F. (1987). Estimating tillage effects on artifact distributions. *American Antiquity*, 52: 456-484.
- Olsen, S. y P. Shipman (1988). Surface modification on bone: trampling versus butchery. *Journal of Archaeological Science* 15:535-553.
- Ots, M. J. (2008). Estudio de alteraciones provocadas por laboreo agrícola sobre conjuntos cerámicos en Agua Amarga (Tupungato, Mendoza, Argentina). *Chungará* (Arica), 40(2), 145-160.
- Peyton; P. (2012). The Archeology of abandonment ghost town of the American west. Ph.D of School of Archaeology and Ancient History. University of Leicester.
- Reynolds, P. J. (1982). The Ploughzone. Festschrift zum 100 jährigen Jubiläum der Abteilung der Naturhistorischen Gesellschaft, pp 315-341. Nurnberg.
- Riordan, T. (1988). The Interpretation of Seventeenth Century Sites Through Plowzone Surface Collections: Examples from St. Mary's City, Maryland. *Historical Archaeology* 22:2-16.
- Roper, D.C. (1976). Lateral displacement of artifacts due to plowing. *American Antiquity*, 41: 372-374.
- Roskams, S. (2003): *Teoría y práctica de la excavación*. Barcelona, Crítica.
- Sanford, E. (1975). Conservation of artifacts: a question of survival. *Historical Archeology* 9:55-64.
- Romano, N. y R. Zinda (2007). Contenido de fósforo extractable, ph y materia orgánica en los suelos del este de la provincia de La Pampa. *Informaciones agronómicas* 1:1-6.
- Sainz Rosas, H, H. Echeverría y H. Angelini (2008). Niveles de materia orgánica y ph en suelos agrícolas de la región pampeana y extra pampeana argentina. *Informes agronómicos* 2: 6-12.
- Scobie, J. (1968). *Revolución en las pampas*. Solar/Hachette. Buenos Aires.
- Somonte, C., S. Hocsman, A. Martel y M. P. Babot (2004). Procesos de formación en un sitio a cielo abierto: Campo Blanco (Depto. Tafí del Valle, Provincia de Tucumán). *Chungará Revista de Antropología Chilena* 36 (volumen especial): 983-995.
- Trubowitz, N.L. (1978). The persistence of settlement patterns in a cultivated field. *Essays in Northeastern archaeology in memory of Marian E. White* (W. Englebrecht, D. K. Grayson, eds.), Occasional Publications in Northeastern Archaeology. Franklin Pierce College, Rindge: 41-66.
- Vilches, F., C. Rees y C. Silva (2008). Archaeology of nitrate settlements in the Antofagasta region (1880-1930): Summary and perspectives. *Chungara. Revista de Antropología chilena* 40 (1): 19-30.
- Yorston, R.M.; Gaffney, V.L. y Reynolds, P.J. (1990). Simulation of artefact movement due to cultivation. *Journal of Archaeological Science*, 17: 67-83.

Recibido: 15 de noviembre de 2019.

Acceptado: 10 de diciembre de 2019.

Cuba primitiva. Las razas indias

Fernando ORTIZ¹

Digitalización: Boris Rodríguez

Las viejas historias solían iniciarse diciendo que Cristóbal y los españoles fueron quienes primero descubrieron la isla, el 27 de octubre de 1497, hallándola poblada de indios. Pero esto es incierto. Ya la isla de Cuba había sido descubierta varias veces y poblada desde siglos anteriores por unos aventureros que en rústicas canoas, sin carabelas, brújulas ni astrolabios, habían llegado a este país en sucesivas oleadas transmigratorias. Los españoles no descubrieron las Antillas, como los portugueses hicieron con las islas Azores, las de Madera y las de Cabo Verde, encontrándolas sin seres humanos que las habitaran, ocupándolas sin oposición e incorporándolas a la humanidad. Cuando Colón y los castellanos llegaron a este archipiélago lo hallaron ya poblado. Otros habían sido los verdaderos descubridores. Creyendo erróneamente los españoles que estas islas no eran sino el extremo oriental de las Indias clásicas, abordadas por el Oeste, las denominaron *Indias Occidentales* y a sus habitantes los llamaron *indios*. Pero éstos no eran hijos de la India. Los seres humanos que aquí habitaban ya antes de que llegaran los europeos, no eran indios ni siquiera constituían un solo grupo homogéneo, sino varios, separados por historias, lenguajes, culturas y economías distintas que ya los dividían socialmente en dominaciones y clases superpuestas. Cuba, como el resto

de las Antillas, fue descubierta y poblada originalmente por diversos grupos humanos llegados desde las vecinas costas continentales. Se ha opinado que la época pre-histórica de la humanidad en América abarca desde el año 12,000 al 6,000 anteriores a nuestra era vulgar. Puede, pues, decirse que la ocupación humana de Cuba se pierde en la tan socorrida “noche de los tiempos”. Es probable que los primeros cubanos se establecieran en esta isla mucho antes de que en Egipto se alzaran las pirámides y la Esfinge.

La población *arcaica* de las Antillas corresponde a los estratos primeros de los indios continentales de América. No se sabe por dónde aquella penetró en el Archipiélago, pues en todas sus islas se han hallado restos arqueológicos e históricos de esa raza de proto-antillanos, marcadamente distinta de las otras dos corrientes posteriores de indoamericanos.

No hay tampoco una opinión segura acerca de la proveniencia de la primera inmigración humana en Cuba, sí fue desde el Nono, saliendo de la Semiamérica septentrional y los cayeríos que desde cerca de la Florida inician el inmenso arco de las Antillas; o sí los proto-cubanos vinieron desde la Semiamérica meridional, fluyendo como las aguas fluían desde las cuencas del río Orinoco, del Magdalena y del Amazonas hacia el Norte, pasando de Tierra Firme a las inmediatas islas

¹Antropólogo cubano (1881-1969).

Nota del Editor: este artículo fue originalmente publicado en 1937 en los Cuadernos de Historia Habanera, no. 10. Curso de introducción de historia de Cuba I. pp33 – 45. Se ha respetado la ortografía original.

Antillas y de allí, peña tras peña, hasta la más occidental y mayor de todas ellas, que es Cuba. Hay argumentos para sostener una y otra hipótesis. De todos modos, carece de base científica la existencia de un *homo cubensis*, que es meramente imaginario, y puede darse por aceptable que por las Antillas, y especialmente en Cuba, se han dado inmigraciones desde el Norte hacia el Sur y viceversa. En cuanto a la corriente que partió de los pueblos australes, no cabe duda; todas las estirpes indias halladas en Cuba en los años de la conquista colombina, parecen haber llegado de tierras del Sur, aun las gentes más atrasadas, las cuales llegaron a invadir la Florida y las regiones ultra-floridananas. En cuanto a la corriente inversa, hay dudas de si fue una real invasión la venida a las Antillas de los aborígenes norteamericanos, o si sólo fué un contacto entre pueblos de una misma raza.

Cuando el descubrimiento por los castellanos, las Antillas estaban ocupadas por tres grandes masas de población, según puede verse de los primeros cronistas de Indias y de los recientes estudios arqueológicos, o sean los *caribes*, los *aruacas* y los *arcaicos*, los cuales recibían distintos nombres según las islas. En esa época todo el archipiélago antillano era teatro de una gran tragedia histórica caracterizada por el entrecruce de distintas civilizaciones que combatían con éxito vario por su predominio territorial. Es posible que la población arcaica, la primera de las Antillas, se iniciara desde la costa de la Florida, pasando por las Bahamas y sus islotes hasta los cayeríos de Cuba, y que paulatinamente se fueran corriendo los indios de isla a isla hacia el Sur; pero bien pudo ocurrir que la población humana penetrara en el archipiélago desde las costas septentrionales de la América meridional, pues tal fue la dirección de las inmigraciones indias que se conocen y de las corrientes marinas que las favorecieron. Hasta ahora parece que debe ser excluida la certeza, que algunos han supuesto, de una inmigración salida de las costas mexicanas y de Yucatán, no obstante su proximidad a Cuba, pues se carece de los elementos arqueológicos indispensables para dar por probadas en las Antillas, ni siquiera en las más próximas al continente, las influencias étnicas y naturales de los pueblos maya-quitchés que dieron tanto carácter a la

civilización del Yucatán y de las regiones aledañas. Aun cuando en la cultura arcaica de los antillanos pueden hallarse analogías con la coetánea continental, nada prueba la identidad étnica de sus elementos.

Cuando el descubrimiento por los castellanos, el núcleo indio de menor cultura formaba la capa inferior de la estratificación social y estaba dominado por los otros dos grupos superiores y ulteriores, salvo en la isla de Pinos, en la parte occidental de Cuba y en los cayeríos próximos a ésta y a la Florida, en cuyas islas aun eran dominantes, según se observa por los restos arqueológicos de los *conchales*, *enterrorios* y paraderos prehistóricos. Debieron de ser los primeros pobladores de las Antillas. Los conquistadores les dieron nombres diversos: *cayos*, *lucayos*, o *yucayos* en las islas próximas a Cuba; *timukúas* y *tekestas* en las tierras floridananas, etc.

Eran iguales a éstos en cultura los *guanacabibes* de Cuba, que dieron su nombre a la península occidental cubana, y los indios pineros. Probablemente pertenecían al mismo núcleo étnico de los indios llamados *ciboneyes* de Cuba, los pobladores de la sierra del Cibao en la isla de *Haití* o *Quisqueya*, como la llamaron los indígenas precolombinos, y los aborígenes de *Borínquen* o Puerto Rico. Esta cultura protoantillana era aun paleolítica, en el sentido que a este vocablo debe darse en América, cronológicamente distinto al de Europa. No tenían metales, ni cerámica. De su moblaje y utensilios poco queda, por haber sido, salvo algunas piedras rústicas, preferentemente de madera y substancias animales, y, por tanto, muy perecederas. Aprovechaban mucho las conchas marinas, que en estos mares abundan (*Strombus gigans*, *tritón nodiferus* y *cassistuberosus*) sacando de ellas, utensilios y adornos, hasta elementos arquitectónicos, típicos de su cultura. Vivieron de la caza y sobre todo de la pesca, en la que fueron habilísimos en sus canoas; pero no fueron agricultores.

El *ciboney* moraba en las cavernas, siendo probable que su denominación de *ciboney* así lo indicara y sea de la misma raíz del nombre de Cuba, que los *tainos*, desde Haití, daban a la montañosa parte oriental de nuestra isla. Uno y otro vocablo parecen provenir de la voz *ciba*, que significa “Piedra, montaña, cueva” y de la cual

quedan vivas en las Antillas muchas voces derivadas y aun en uso por el lenguaje vernáculo como *Cibao*, *Seboruco*, *Sigua*, *Siguanea*, *Cibucán*, etc.

Los indios arcaicos también habitaron chozas rudimentarias de esas que se llamaron *bajareques* por los castellanos conquistadores, y acaso, casas palafíticas o *barbacoas*. Poco se sabe de su lenguaje, distinto de los hablados por los otros indios antillanos; ni de su estructura social, probablemente en el patriarcado.

Con los indios llamados *ciboneyes* por los cronistas de Indias, había otros, los *Cayos* y los *Guanajabibes*, citados también por aquéllos, cuya filiación no está bien definida.

De los indios *Cayos*, a que se refieren algunos historiadores como habitantes de los cayeríos de los Jardines de la Reina, poco se sabe, y es de suponer que su nombre les viniera de su localización geográfica y no de su distinción étnica o social.

De los *guanajabibes* sí tratan los cronistas y pobladores, usando ese nombre con muy varia ortografía, como de los indios que habitaban en la parte más occidental de Cuba, Es posible que estos mismos habitaran también la parte de los cayeríos inmediatos y quizás la Isla de Pinos, No puede asegurarse si eran o nó los mismos *ciboneyes* o indios distintos, aunque sí eran de análoga cultura.

De los *guanahacabibes* y decía el P. Bartolomé de las Casas: “son como salvajes que en ninguna cosa tratan con los de la isla, ni tienen casas sino están en cuevas continuo sino en quando salen a pasear”. Y Diego Velázquez en 1514 dijo de aquellos indios en una carta al rey Fernando el Católico: “estos últimos, que son los postreros, son manada de salvajes: no tienen casa, asiento, ni pueblos, ni labranzas; no comen sino tortugas, pescado y algunas salvaginas que toman por los montes”.

El propio nombre de *guanajabibes*, por sus raíces» idiomáticas parece aludir a su vida “salvaje”, es decir, en la selva, en los bosques o montes de la abrupta Pinar del Río y en los manglares costeros.

Otro apelativo de indios sonó en la época del poblamiento, el de indios *guatiaos*. Pero éste no era un nombre gentilicio, sino un adjetivo que

significaba “bueno” o “amigo”; y no fue vocablo cubano, sino indohispánico para expresar que el indio era “manso” o sometido, y, para la legislación indiana, que “no era redimible a servidumbre”.

La época ciboney de Cuba ha debido de ser la más prolongada de su historia; duró varios siglos. Cuba *ciboney* fue invadida por otro pueblo indio de cultura superior, el de los *aruacas* o sean los *taínos* de Haití.

Se cree que la invasión de los *taínos* en Cuba no fue mucho tiempo anterior a la española. Las Casas creyó que ocurrió solamente unos cincuenta años antes, pero debió suceder más atrás en el tiempo, a juzgar por la abundancia de asientos taínos que se han hallado y por otras consideraciones técnicas de la cerámica. En cambio, Brinton opinó que los aruacas arribaron a Cuba entre los años 500 y 1000 de la Era Cristiana, o sea de cinco a diez siglos antes que los castellanos. El asentamiento *taíno* en Cuba ocurrió probablemente al menos un par de siglos antes del descubrimiento colombino, allá por el siglo XIII de la era cristiana.

Los invasores, no sabemos si en son de guerra o de paz, se posesionaron de toda la región oriental de Cuba, asentándose en ella y por la comarca de Camagüey. A partir de esta región hacia occidente, ya no se encuentran paraderos taínos, neolíticos, marcados por su característica cerámica; desaparece, con ellos, todo resto de alfarería; hacia el poniente sólo se hallan los conchales, enterrorios, cavernas, palafitos, restos paleolíticos y paraderos de la época pretaína.

Ocasionalmente se han hallado por las comarcas de Vueltabajo, algunas hachas amigdaliformes, de tipicidad taina, pero se tiene noticia de un solo paradero con tiestos de cerámica. Ello prueba que hubo incursiones *taínas* hasta Vueltabajo, anteriores a la invasión castellana o, más bien, posteriores a la misma, y prueba también la ausencia de su arraigo en las tierras de *guanahabibes*.

Hoy día los indios cubanos suelen dividirse en *ciboneyes* y *taínos*, fijando en ambos vocablos el concepto de dos pueblos, dominados y dominadores, correspondientes a las dos culturas que aparecían superpuestas; la *paleolítica* de los *ciboneyes* y la *neolítica* de los *taínos*.

Los *taínos* eran de cultura superior a los cavernícolas, llegando a serles características las piedras de serpentina, maravillosamente simétricas y pulimentadas en forma de almendras, como hachas ceremoniales. Fueron guerreros, y sus armas usuales, la maza pétreo, la *macana* o especie de espada corta hecha de palma *cana*, el arco flexible de igual madera y las flechas, que hacían de güines con puntas endurecidas o de espinas de pescados.

Los indios *taínos* se agrupaban socialmente bajo la autoridad de un cacique o *cacica*. Debieron tener familia algo compleja en su organización, con rasgos matriarcales. La mujer era encargada de la prole, de la cocina (ajiaco u olla podrida), de la siembra y cosecha de la yuca, de la industria de su harina o casabe y de su pan o *chaochao*. También a las mujeres debían corresponder los trabajos de la alfarería, ya algo ornamentada con incisiones y modelados de motivos sacros; los tejidos de algodón para las camas colgaduras o *jamacas*, los vestidos o *naguas*; y los tejidos de otras fibras para las cestas que los españoles llamaron *jabas* o *jabucos*, y quizás también para los cordajes o *cabuyas* de sus redes de pesca y ataduras. El hombre fabricaba las habitaciones, hacía las tumbas y fogueros para los cultivos, construía las canoas y las armas, cazaba, pescaba, guerrea, y, como *behique*, era hechicero, adivino, médico y sacerdote.

De su religión se sabe que era animista, con expresiones antropomórficas basadas en cosmogonías y mitos referidos a los entes sidéreos y meteorices, con las prácticas espirituales y rituales propias de ese nivel de cultura, en que la religión interviene en todos los actos de la vida humana.

Tenían los *taínos* algunos instrumentos musicales, danzas y cantos llamados *areitos* en los que se narraban las gestas de los antepasados. Nada nos ha llegado de su arte musical, todo revestido de carácter religioso y ritualístico, encaminado a estimular la fecundidad mujeril y la agraria. Entre esos ritos agro – sexuales estaban los llamados *bates*, a modo de juegos de pelota, que se efectuaban en los *bateyes* o recintos adecuados para esos juegos míticos.

Iban generalmente desnudos, pero con ciertos indumentos de pluma, de mágicos simbolismos.

Las mujeres casadas usaban unas *naguas* de algodón que las cubrían desde la cintura hasta cerca de la rodilla. Para defenderse del sol, de los vientos y de los mosquitos, se engrasaban y pintaban el cuerpo de rojo (con bija) y de negro (con carbón o *jagua*), marcándose dibujos de emblemático sentido mágico.

Su alimentación se basaba en la caza de los pocos mamíferos coterráneos; en la pesca, en la que eran expertísimos; en los frutos silvestres de las plantas, y también, en la agricultura. En ésta lograron hacer desmontes y plantaciones periódicas, principalmente para el cultivo de la yuca (*jatrocha maniot*), cuyas raíces sembraban ritualmente en montículos cónicos o *conucos* con el auxilio de un palo puntiagudo llamado *coa*. Su agricultura, sembrando los tallos o cangres de la *yucabía* o planta de la *yuca*, en montones, era según Reynoso, la más científicamente perfecta, dados sus medios rudimentarios.

Los indios también cultivaban el *maíz* mediante su siembra en serie de plantas cuyas semillas enterraban en un hoyo abierto a mano mediante la *coa*.

Otro cultivo tenían los *taínos*, uno de los que tuvieron más trascendencia histórica para los blancos advenedizos: el del *tabaco*. Su cultivo no se efectuaba en la forma regular y sistemática de los yucales, sino por plantas aisladas o agrupadas en ciertos sitios junto a los bohíos.

Fue en Cuba donde por primera vez los europeos descubrieron el tabaco, en los primeros días de noviembre de 1492.

Los *taínos* cubanos hacían mucho uso del tabaco en sus magias y en su medicina. Lo absorbían como *cojiba* o *cojioba*, en forma de polvo, que aspiraban por las narices con un habito bifurcado; lo fumaban mediante la aspiración, por la boca, del humo de las hojas enrolladas, tal como hoy se estila en el *cigarro puro*, que los indios llamaron, como aun hoy se dice en Cuba, *tabaco*. Aparte de ese aparato bifurco, que bien pudiera llamarse *pipa nasal*, no usaban otra clase de pipa como las muy comunes entre los indios de Norteamérica.

También los *taínos* practicaron la industria agraria necesaria para aprovechar la venenosa yuca, sometiendo la masa de esta raíz a varios procesos de rayado, prensa, destilación, amasado

y cocción con utensilios muy ingeniosos por lo eficaces, aún cuando rudimentarios. De la simplísima palanca empleada para la extracción del jugo tóxico de la yuca se derivó la *cuyaya*, con que los españoles extrajeron en las Antillas el jugo de la caña de azúcar que ellos importaron de Canarias. Los taínos trabajaron algo el oro, a percusión, pues no lo fundían, no conociendo los otros metales. Se iniciaron en el tejido de algodón y de ciertas fibras vegetales, con las que fabricaban *enaguas* y *hamacas*, cestas, *cibucanes* y otros utensilios. La *hamaca* fue descubierta por los españoles en Cuba, llamándola “cama de redes”. Los taínos tuvieron cerámica, aunque poco variada; hicieron mobiliario algo más complejo, como *dujos* o asientos ceremoniales; construyeron un tipo de casa de elementos vegetales, con base circular u oblonga, llamada *caney* y quizás otra cuadrilátera o *bohío*. Esta dualidad de tipos arquitectónicos no está asegurada; de todos modos parece indicar dos influjos étnicos y dos culturas distintas que deben ser estudiadas.

Tuvieron los taínos un arte peculiar, no sólo manifestado en la preparación de sus ídolos y en la decoración de su cerámica y mobiliario, sino en las hachas de serpentina, insuperablemente pulidas y amigdaliformes, y aun en ciertos objetos rituales, característicos de la cultura borinqueña —que fue la más refinada—, como los llamados “collares de piedra” y los “Ídolos de tres puntas”.

De los caracteres corporales de los taínos apenas queda otra cosa que los datos poco precisos de los cronistas indios y los que pueden obtenerse de la etnografía comparada. Su talla era regular, pero más baja en los taínos que en los lucayos y ciboneyes. Su cara presentaba la frente ancha, los pómulos poco pronunciados, la nariz achatada, la boca grande, los ojos bridados, en fin, los rasgos fisonómicos del mongoloide. Su tez era del color “la carne del membrillo cocho” como dijo un cronista, o del color de los *guanaches* o indígenas de Tenerife, como observó Cristóbal Colón, que se hacía lenguas de la belleza de las muchachas indias.

Sin duda, los taínos reproducían el tipo mongoloide del indio americano. Los cronistas hablan de sus cabellos, gruesos, negrísimos, lacios o *flechudos* como en Cuba se ha dicho. Los taínos solían llevar los cabellos cortados, al revés de los

ciboneyes y de los caribes, que por lo común conservaban toda su cabellera.

Hasta hace pocos años fue corriente dar por característica del hombre caribe la deformación artificial del cráneo mediante el aplanamiento de la región frontal y de la occipital. Hoy ese exclusivismo no puede sostenerse, pues se sabe que muchos pueblos indios tenían esa costumbre, y entre éstos los mismos taínos.

De la moral y el carácter de los taínos se tienen muy diversos criterios y muy contradictorios, desde el punto de mira de los conquistadores que tenían una moral distinta y querían subyugarlos y justificar su dominación. “En saber, aunque sin letras, ninguna generación les aventaja”, decía Cristóbal Colón de esos taínos.

Ciertos datos y anécdotas de los descubridores y cronistas, la pronta desaparición del indio cubano en forma de no haber dejado agravo, su ausencia durante los últimos siglos, de modo que no ha creado problemas raciales ni sociales, la tendencia del enciclopedismo del siglo XVIII, que exaltó al indio hasta idealizarlo absurdamente, y la representación simbólica del cubano genuino, vencido y expoliado, con que fue revestido el indio ciboney durante las propagandas liberales y guerras separatistas de los cubanos del siglo XIX, y, en fin, un algo de espíritu nacionalista, en la más pueril de sus formas, han hecho que en Cuba se tenga de sus indios aborígenes un concepto erróneo, como de seres paradisiacos, ajenos a las pasiones y egoísmos propios de la humanidad en todas sus capas, y ajenos también a los modos de vida propios del salvajismo, cualquiera que sea la parte del mundo en que este se encuentre.

Otros contemporáneos de los indios, bien por fanáticos e intolerantes, o bien por expoliadores de aquéllos y mal avenidos con su insumisión, lucieron por denigrarlos. Teólogos hubo que discutieron si los indios eran personas con alma, como después, acaso por motivos parecidos, se sostuvo esa tesis inhumana respecto los negros esclavos por algún empecinado jerarca del protestantismo de los Estados Unidos.

Los cronistas convienen en que los indocubanos eran de suaves costumbres, no guerreros, dados a la vida fácil de los trópicos y de su economía suficiente. Por eso, y por no aceptar el some-

timiento a los trabajos de las minas ni a las granjerías de los pobladores en los tratos, labranzas e ingenios de azúcar, fueron acusados de indolencia. Y hasta, con el pretexto de las interpretaciones religiosas que los indios daban a ciertas degeneraciones teratológicas y económicas de la sexualidad, los infamaron con las más nefandas imprecaciones.

Es probable que así los *ciboneyes* como los *taínos* fueran de naturaleza algo debilitada por la molicie monótona de una secular vida de quietud y por el mal de la sífilis que estuvo muy extendida, tanto que en estas Antillas la descubrieron, para su mal, Cristóbal Colón y los españoles, cuyos tercios intrépidos la extendieron pronto por Francia (*mal gálico*) y por Italia (*mal napolitano*). Esto aparte de otros factores climatéricos y de otras dolencias endémicas y de errores dietéticos que abaten la resistencia fisiológica de los pueblos. Los indios, por la escasez de mamíferos y por la índole de sus cultivos, no tenían acaso un buen régimen alimenticio; por el abuso del tabaco, del alcohol de yuca, acaso de la coca y otras estimulantes, debieron sufrir quebrantos disgénicos de consideración que los hicieron débiles orgánicamente, aun sin contar con la inferioridad de su cultura, para resistir la acometida de los blancos advenedizos, guerreros con armas de fuego y de acero, caballos, naves, escritura, vestimentas, y, en fin, con cultura y energías más vigorosas.

Hay que considerar, además, que en la depreciación del valor humano de los indocubanos hubo deseo de justificar el so juzgamiento, así como en el P. Las Casas y algunos frailes hubo el afán de su exaltación. Para los unos, aquéllos fueron bestiales; para otros fueron edénicos; digamos, simplemente, que eran unos “buenos salvajes”. Los cronistas eruditos los comparaban a veces los antiguos iberos de España de que trató el “Cronista” Strabón. Ello era atinado para los *ciboneyes*. A veces igualaban los indios con ciertos pueblos dominados por la arcaica Roma, considerando que no estaba lejos de su cultura la de los *taínos*.

Los *taínos* eran la más adelantada rama de los indios aruacas, que aun se encuentran en las Guayanas y la cuenca del Orinoco, conjuntamente con los caribes, sus tradicionales enemigos, aunque apartamiento racial entre ambos pueblos no sea muy grande, teniendo muchas afinidades cul-

turales, hasta lingüísticas, y una troncalidad étnica común.

Cuando llegaron los blancos a las Antillas, ya los indios caribes habían conquistado el arco de las Menores y luchaban con frecuencia con los *taínos* pobladores de Borinquen.

Los caribes no poblaron en Cuba, sin que sea inverosímil que alguna vez hayan navegado por sus costas y depredado a sus habitantes. Pero no se han hallado típicos restos arqueológicos que demuestren ningún asentamiento en el territorio cubano.

De que en Cuba hubo caribes, no cabe duda; pero más los hubo después de iniciarse la conquista, cuando al irse extinguiendo los indígenas se hizo por los castellanos la trata de indios esclavos y fueron traídos a las minas y a las otras granjerías de Cuba numerosos indios de la Costa Firme, entre los cuales los hubo caribes, así como *guajiros*, *jíbaros*, *macurijes*, *taironas*, *guanajos*, *campechanos*, etc.

Los caribes, próximos en raza y cultura a los *taínos*, no alcanzaron el refinamiento artístico de estos, y su lítica, su cerámica y su ornamentación, eran más rudimentarias; pero, sin embargo, se mantuvieron más guerreros.

La diferencia entre aruacas y caribes se quiso señalar desde los primeros tiempos de la conquista por los españoles, fijándose principalmente el carácter belicoso de los caribes en contraste con el apacible de los aruacas; pero ello quiere decir bien poco. Fewkes opinaba que ello era debido a la vida errante impuesta a los caribes por los volcanes, ciclones y demás condiciones del rudo ambiente meteórico de las Antillas menores que aquéllos poblaban; pero parece preferible deducir el indiscutible carácter enérgico de los indios caribes de simples factores sociales y económicos, del propio nivel de cultura y género de vida predatorio, basada su sustentación en la caza y en la pesca, y apenas salidos de las selvas y costas agrestes del Sur, pobladas de tribus errantes; mientras que los aruacas, particularmente los ya asentados en las grandes Antillas, habían logrado una vida arraigada, de agricultura sistemática, con siembra, cultivo, cosecha y provecho industrial, todo lo cual implicaba una diversa estructura social y unas costumbres menos beligerantes.

Hay que convenir también en que los indios aruacas de las grandes Antillas mostraron valentía heroica al resistirse a la conquista, y en que la ferocidad de las caribes fue exagerada adrede por los conquistadores con el propósito de justificar así la mortal esclavitud a que los sometieron, dándolos por antropófagos terribles (de allí la voz *caníbal*) y denominando *caribes* a todas las tribus de indios continentales que fueron reducidos a la servidumbre de las minas.

Se ha discutido si los indocubanos, *ciboneyes* y *taínos* mantuvieron contacto con los habitantes de las dos penínsulas entre las cuales penetra la isla de Cuba: la de la Florida y la de Yucatán.

Con la Florida sí tuvieron relación los indocubanos. Con los indios floridanos, los *calusas*, *timukúas*, y *tekestas*, comerciando los de Cuba antes y después de la conquista velazqueña. Hasta muy entrado el siglo XVIII vinieron floridanos a Cuba. Ya antes de Colón, los cubanos iban a la Florida en busca de la Fuente de la Juventud Eterna, del mito que tanto intrigó a los españoles y movió a Ponce de León a la conquista de aquella península norteamericana.

La cultura de los floridanos tiene íntimos contactos con la arcaica de Cuba y aun con ciertos elementos más progresados. Y se supone que de las Antillas se difundió su cultura hacia el Norte si bien no es de excluirse su intercambio en sentido inverso, particularmente entre los aborígenes.

No puede demostrarse que en los tiempos prehistóricos hayan existido emigraciones en nin-

gún sentido entre Cuba y sus islas adyacentes, y Yucatán, La mitología *Maya* habla de un *Votán* semidiós llegado por el mar desde donde sale el sol, y la fantasía de los conquistadores quiso creer que ese personaje mítico fué un indio de Cuba que en época prehistórica civilizó a los yucatecos. ¡Pura leyenda!

Hasta ahora parece que debe ser excluida la certeza de una inmigración hacia Cuba, salida de las costas mexicanas y de Yucatán, no obstante su proximidad, pues se carece de los elementos arqueológicos indispensables para dar por probada en las Antillas, ni siquiera en las mas próximas al continente, las influencias étnicas y naturales de los pueblos *maya – quitchés*.

Los indios fueron vencidos, pero no conquistados. A mediados del siglo XVI, las razas indias habían sido prácticamente exterminadas en Cuba, por la explotación económica a que se les quiso someter. Faltó la fuerza de trabajo necesaria para el laboreo de la tierra y de las minas en provecho de los invasores castellanos. Y en Cuba todo fué muerte, ruina y despoblación. Para sustituir al indio en la servidumbre fueron traídas las razas da África. Terminó la economía colectivista y agrícola de la yuca, complementada por la pesca; y comenzó la economía mercantilista del azúcar, complementada por la ganadería. Tras la rápida tragedia de la destrucción de los indios, comenzaba un drama de cuatro siglos: el de la destrucción de los negros.

Búsqueda del poblado aborigen “Yucayo” en la arqueología de la ciudad de Matanzas

Johanset ORIHUELA LEÓN¹ 
Ricardo A. VIERA MUÑOZ¹

Introducción

En la ciudad de Matanzas no son pocos los sitios que despiertan un marcado interés desde la perspectiva arqueológica. Algunos de estos yacimientos, ya sean del período precolombino o histórico, han contribuido hacia una mejor comprensión de la historia local (Hernández de Lara, 2011; Hernández Godoy, 2012). En cambio, otros aún continúan a la espera de intervenciones arqueológicas o de ser correctamente localizados. Tal vez uno de los sitios latentes más interesantes y misteriosos de la historia local esté asociado al pueblo aborigen llamado “Yucayo”; el mismo que se encuentra indisolublemente vinculado a la historia colonial primigenia del entorno matancero y su rada.

Según la tradición histórica popular, poco antes del comienzo de la conquista de Cuba en 1511, una zona costera nombrada “Guanima” fue escenario de una masacre de ciertos españoles que intentaban atravesar uno de sus cuerpos de agua, a manos de los nativos de un poblado cercano nombrado “Yucayo”. Los nativos ahogaron a algunos y ahorcaron a otros. Todos formaban

parte de una tripulación perdida que venía de Tierra Firme. De estos naufragos sobrevivieron tres, quienes quedaron a la merced de dos caciques de la región y fueron rescatados por las huestes de Diego Velázquez (*Carta de Relación*, abril 1514). Este relato -aunque no quedó recogido con esta interpretación en la documentación primaria- fue asimilado de esta manera por cronistas secundarios y repetido con variaciones de la tradición oral desde el siglo XVI (Oviedo, Las Casas, Días del Castillo, Gomera por citar los más importantes).

Desde mediados del siglo XVI se vinculó la bahía de Matanzas con el sitio de los hechos -Guanima-, pero no fue hasta el siglo XIX cuando se fundieron las versiones del relato como historia y se sobre impuso la localidad de la aldea aborigen “Yucayo” sobre la ciudad de Matanzas. Ello ha conllevado a recrear un paisaje o tradición histórica que carece de fundamento científico, considerado así por algunos investigadores ya desde el siglo XIX (ej. de la Cruz, 1847:196; Treserra, 1943). En esta ocasión exponemos algunos de los puntos y problemas sobre la instalación del mítico poblado de “Yucayo” en la ciudad de Matanzas, desde la panorámica de la arqueología aborigen y urbana.

* Este texto forma parte de un libro en preparación.

¹Progressus Heritage & Community Foundation, pалеonycteris@gmail.com, sancarlossansevenino@gmail.com



FIG. 1. Localización de la bahía de Matanzas y el sitio arqueológico al aire libre de El Morrillo

Desarrollo

Partiendo de la asociación del lugar del homicidio, se ha supuesto la ubicación de la aldea aborigen de Yucayo al fondo la bahía de Matanzas, donde actualmente se encuentra la ciudad. Desde mediados y finales del siglo XIX, los eruditos investigadores José María de la Torre y Francisco Javier de la Cruz, situaron a “Yucayo” sobre el montículo topográfico donde se localiza el centro histórico de la ciudad, entre los ríos San Juan y Yumurí. Simpson la describe como un “...cerro en la plaza de armas, un pequeño caserío llamado Yucayo...” (Simpson, 1884; en Treserra, 1943:23). Torre le suma que “...es muy probable que se encontrase [Yucayo] sobre los cimientos de aquella antigua...” (de la Torre, 1856; Treserra, 1943:35); posición que se consideró y considera certera aún hoy por historiadores e investigadores.

Por nuestra parte, aclaramos que los resultados más significativos de nuestra investigación apoyan que el nombre y localización del poblado de

Yucayo no se corresponden con la región matancera y ponen en duda que dicho poblado estuviera ubicado en esta área. De esta forma consideramos que es altamente improbable que dicha matanza haya acaecido en la rada matancera. Todas las suposiciones que componen el relato tradicional de los supuestos eventos resultan cuestionables por la falta de coincidencia de los documentos primarios y el alto nivel de distorsión que ha sufrido a través del tiempo (Orihuela y Viera, en prep.). ¿Pero se ha encontrado evidencia arqueológica en la ciudad o sus alrededores que compruebe o refute remotamente la hipótesis de la existencia del alegado poblado aborigen al tiempo de la conquista que pueda identificarse como “Yucayo”? Esta es la pregunta que intentamos responder aquí.

El desarrollo de la arqueología -tanto urbana como aborigen- en pleno seno urbano de la ciudad de Matanzas ha sido exiguo. Esto resalta en alto contraste con otras ciudades de la isla, donde el quehacer arqueológico se ha vinculado estrechamente con los proyectos y labores de conser-

vación y restauración (Hernández de Lara, 2011). Sin embargo, la evidencia arqueológica ha revelado la existencia de múltiples yacimientos precolumbinos de filiaciones multiculturales en el entorno de la bahía de Matanzas. Estos hallazgos han demostrado la utilización del espacio por varios miles de años antes de la colonización, apoyando la presencia de comunidades aborígenes en la región durante y después de la conquista (Martínez, et al., 1993; Chinique et al., 2015, 2016; Orihuela et al., 2017).

El mito de Yucayo ha alcanzado importancia en la identidad e historia local, con mayor intensidad durante el siglo XIX y las cuatro últimas décadas del XX. Pero, la evidencia arqueológica asociable a un pueblo aborigen en el centro fundacional ha sido casi inexistente. Ello pudiera estar relacionado con el modelaje natural y antrópico del terreno, transformaciones sucedidas desde antes de la fundación de la ciudad hasta el presente, y especialmente la escasez de investigaciones arqueológicas en el centro urbano.

Hasta ahora no se han rescatado evidencias de la existencia de un sitio de habitación aborigen en el área citadina. Las oportunidades brindadas por las restauraciones y excavaciones arqueológicas ejecutadas recientemente y en progreso tampoco han revelado evidencia arqueológica aborigen que apoye la hipótesis (L. P. Orozco, com. pers. 2019). En muchos de los yacimientos intervenidos se ha profundizado en solares y contextos correspondientes al siglo XVII, como en las excavaciones conducidas en el área donde estuvo ubicada la primera iglesia de la urbe. En este caso, los trabajos arqueológicos desarrollados no aportaron ningún material relacionado con las comunidades aborígenes (Viera y Pérez, 2012).

No obstante, evidencias de filiación aborigen se han reportado dentro de la ciudad en muy pocas ocasiones. Un ejemplo fue el hallazgo de piezas arqueológicas de filiación aborigen en la desembocadura del río San Juan, desafortunadamente hoy desaparecidas (Escalona y Hernández, 2008:36), y otras en las márgenes de los ríos San Juan y San Agustín (L. P. Orozco, com. pers. 2019; O. Hernández de Lara, com. pers. 2017.). Toda esta evidencia aún carece de estudios profundos y divulgación apropiada. Al parecer, algu-

nas de las piezas constituyen fragmentos de vidrio readaptados como gubias, cucharas y raspadores (L. P. Orozco, com. pers. 2018). Estos pudieran apuntar a momentos tempranos de la conquista, cuando se establecen los primeros vecinos en la región. Es posible que estas últimas, vinculadas a la interacción indohispánica, correspondan con un lapso temporal relacionado con la conquista. A estos ejemplos pudiéramos sumar un mortero aborigen, confeccionado en basalto, que fue descubierto en el mampuesto de la pared de cantería de una de las casas antiguas de la calle Río (fig. 2). Presumiblemente, esta pieza fue incluida con el relleno de los materiales de construcción, y cuya filiación o contexto son hoy desconocidos.



FIG. 2. Majador aborigen confeccionado en basalto, fue encontrado entre la argamasa y cantería de una casa en la ciudad de Matanzas. El paraje de esta interesante pieza se desconoce (fotografía cortesía de Leonel Pérez Orozco)



FIG. 3. Cuenta de cuarcita (izquierda) y cerámica acordelada (derecha) encontrada en un contexto de relleno bajo el Teatro Sauto

Igualmente, piezas de filiación agroceramista fueron recuperadas durante excavaciones arqueológicas ejecutadas en el fumadero sur del teatro Sauto (fig. 3). Estos elementos se encontraban dentro de un contexto secundario del siglo XIX, mezclados con otras piezas de esa centuria y del siglo XVIII (Viera y Pérez, 2014). La causa de este fenómeno podemos encontrarla en la pendiente natural del terreno que determinó una diferencia de altura entre las fachadas anterior y posterior del edificio. En el área de los fumaderos fue necesario rellenar el espacio que quedaba entre el suelo del teatro y el nivel de la calle, por lo que se utilizó gran cantidad de material térreo para tal fin, probablemente extraído de los alrededores o de otras regiones cercanas. Pero estas evidencias son escasas y descontextualizadas, por lo que no pueden ser tomadas en cuenta para la búsqueda del mítico pueblo.

La esterilidad arqueológica de la ciudad ha llevado a postular la hipótesis de que el poblado aborigen se hallaba localizado quizás en los márgenes del río Canímar y no en el centro urbano (Vento, 1988; Escalona y Hernández, 2008:36). La zona aledaña a la desembocadura comprende una de las áreas arqueológicas más ricas de Cuba y de la cuenca del Caribe (Martínez et al. 1993). En ella destacan sitios con un prolongado período de asentamiento, con edades que abarcan varios miles de años antes de nuestra era (Chinique et al., 2016). Entre estos resalta singularmente el sitio costero El Morrillo, localizado en la margen oeste de la desembocadura del río Canímar, adyacente a la batería de costa homónima. Según los trabajos arqueológicos de la Academia de Cien-

cias de Cuba (ACC), el sitio El Morrillo es un asentamiento cultural con evidencia de ocupación desde una época temprana preagroalfarera hasta adentrada en la colonial (Payarés, 1980; Orihuela y Hernández de Lara, 2018). Desde su descubrimiento en los años 60 del siglo XX, se ha reconocido mejor por su abundante evidencia aborigen de cultura agroalfarera que incluye idolillos, instrumentos líticos y de concha, cerámica acordelada decorada, restos de dieta, carbón vegetal, y dos entierros humanos (Vento, 1979, 1988; Payarés, 1980; Viera, 2013; Orihuela et al., 2017 B; Orihuela y Hernández de Lara, 2017) (ver fig. 1).

También se han localizado huellas de postes de posible filiación aborigen, excavadas directamente en la roca estructural que conforma la escarpa de playa (Hernández de Lara y Rodríguez, 2008). Sin embargo, estas huellas podrían también estar vinculadas con estructuras anteriores a la fundación de la ciudad. Por otra parte, las excavaciones de la ACC, en la década de 1960, revelaron una estructura colonial de mampostería muy próxima a estas huellas, que sugieren alguna posible interrelación, aunque esta documentación no se dio a conocer hasta recientemente (Orihuela y Hernández de Lara, 2018) (fig. 4).

Igualmente se exhumó un pendiente de oro y una concha de molusco del género *Sinistrofulgur* (= *Busycon*), procedente del Golfo de México o de La Florida (Hernández y Rodríguez, 2005; Orihuela y Jiménez, 2017). Curiosamente, un análisis de composición elemental del pendiente de oro descubierto en El Morrillo sugirió, aunque de manera “muy prematura”, que procede de la zona oriental de la isla, basado en la similitud con

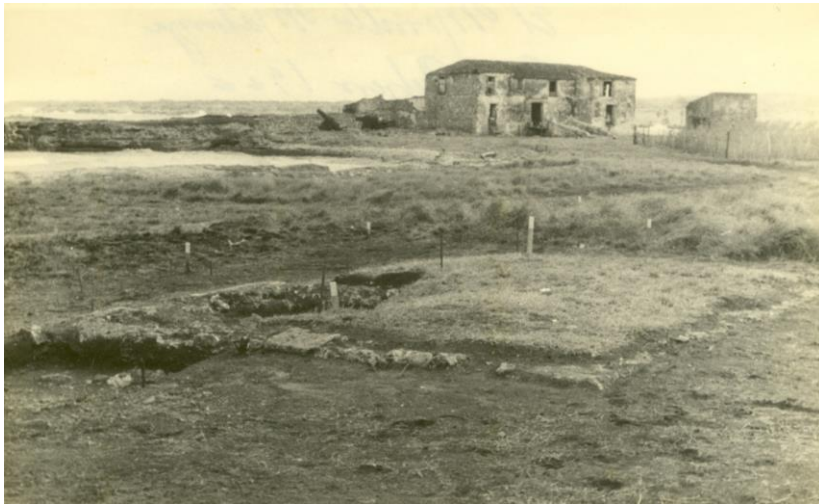


FIG. 4. Restos de una estructura de cantería próxima a la batería colonial en el sitio El Morrillo (Fotografía cortesía del ICAN)



FIG. 5. *Sinistrofulgur perversum*, molusco alóctono, procedente de La Florida o Yucatán, descubierto en contexto arqueológico de El Morrillo

muestras de Banes, Holguín (Martinón-Torres et al., 2012:445). Tanto la muestra de oro como el *Sinistrofulgur* son de fuente alóctona, y por ende posiblemente hayan sido productos de intercambio o acarreo cultural (fig. 5). En el caso de la concha marina, sirve de dato complementario a la presencia de aborígenes floridanos; estos elementos fueron traídos a Cuba desde aquellas zonas, como ha quedado comprobado en depósitos arqueológicos de La Habana Vieja y Guanabacoa (Jiménez y Arrazcaeta, 2010; Roura y Hernández de Lara, 2019). A pesar de que la presencia de estas conchas se ha asociado más bien con aborígenes de la Florida en la región Habanera, esta pudiera igualmente apuntar al intercambio artefactual con indios procedentes del Golfo de México, como los Yucatecos. La presencia de ambas etnias en Cuba colonial ha quedado ampliamente documentada. Es altamente posible, dada la proximidad de las costas matanceras a La Florida y La Habana, que indios yucatecos y floridanos

también visitasen la rada matancera (Orihuela y Jiménez, 2017).

Enterramientos humanos en El Morrillo: presencia agroceramista durante la conquista

En varias ocasiones se ha considerado la hipótesis de El Morrillo como un sitio arqueológico de contacto (Tome y Rives, 1987; Martínez et al. 1993; Valcárcel, 2012:196; Rives et al. 2013). La forma peculiar de los dos enterramientos y la cronología establecida a partir del análisis radiocarbónico de sus restos pudieran apoyar esta hipótesis. Los fechados de radiocarbono hasta ahora disponibles del yacimiento,¹ denotan presencia de aborígenes agroceramistas en la región desde los siglos XIII-XIV y durante las décadas limítrofes de la época pre y postcolombina; poco antes o después de

¹ Actualmente los únicos fechados publicados aparecen en Orihuela et al. (2017). Este mostró una edad de ~420 (AD 1420-1523, con 78% de confianza dentro del margen de error).

1511 (Tabío y Rey, 1979; Orihuela et al., 2017). Esto pudiera tomarse como evidencia de la localización en dicho sitio de un gran asentamiento agroceramista en momentos próximos a la conquista (Vento, 1988; Rives et al., 2013) y no en el área donde actualmente se encuentra el centro histórico de la ciudad de Matanzas, como tradicionalmente se ha estipulado.



FIG. 6. Primer entierro humano descubierto en la playa de El Morrillo, en 1979 (Cortesía de Leonel Pérez Orozco)

La posición de los enterramientos resulta muy peculiar y pudiera interpretarse como sugestiva de influencia europea. Ambos constituyen entierros primarios y se encontraron en espacios abiertos, en posición decúbito prono, cada uno con uno de los brazos flexionados, lo cual dista de las posiciones habituales en los enterramientos identificados de individuos pertenecientes a comunidades agroalfareras. Por lo general, las comunidades autóctonas enterraban en posición fetal, apoyados de costado, con las piernas acuclilladas y los brazos y manos juntos hacia al pecho (Tabío y Rey, 1979), aunque también existen excepciones. Ercilio Vento, en un artículo del seminario Yumurí de 1979, sugería que:

“...este tipo de enterramiento presente, por su ubicación, características que sugiere la forma de inhumación de los españoles, pero no puede dejar de valorarse la posibilidad de esta en presencia de una forma no típica de entierro para los ceramistas tardíos (...) lo fundamental es que ya no se encuentran en cuevas, ni en posición fetal...” (Vázquez, 1979)

Planteaba además la posibilidad de El Morrillo como un posible “...gran bloque de entierros, del cual este es uno de ellos a causa de una gran matanza de indios a manos de los españoles (...) ¿No será esa gran matanza el origen del nombre de nuestra provincia?”

Esta pregunta y los nuevos datos aportados de los restos humanos aborígenes de El Morrillo resultan sugestivos, todavía considerando lo que se ha debatido sobre el origen de la toponimia y la localización del pueblo aborígen mencionado en la Carta de Velázquez, con el mítico Yucayo (figs. 6-7). Si bien la orientación de los restos humanos y los fechados datan de los albores de la conquista, la evidencia material que conformó el ajuar funerario no apoya una relación directa con los europeos, como sucede en sitios de contacto o en plena situación colonial, como por ejemplo en Chorro de Maíta, El Yayal, Baní, y otros del oriente de Cuba (Valcárcel, 2012).

Ninguno de los entierros apareció asociado a elementos artefactuales donde se evidencie la interacción indohispánica. Los fragmentos cerámicos de mayólica Columbia liso (*Columbia plain*) hallados en el sitio fueron extraídos por el arqueólogo Rodolfo Payarés en una cala próxima a la batería, a una distancia de aproximadamente 60 m de los enterramientos (Payarés, 1980). Por tanto, estos no pueden asociarse con el área sepulcral, ni corroborar la hipótesis sobre la vinculación de los restos humanos con la etapa de conquista; además, esta tipología de cerámica posee un rango cronológico entre los años 1490 y 1650 (Deagan, 1987) y bien pudieran haberse incorporado al registro arqueológico cuando los europeos se asentaron en el entorno de la bahía. Lo mismo pudiera suceder con la escasa evidencia encontrada en la cuenca del río San Juan, esta pudiera estar apuntando a los primeros momentos de convivencia directa entre europeos y aborígenes a partir de 1517.

El análisis de la evidencia descrita permite establecer varios nexos en la arqueología local. En primer lugar, apoya la existencia de un asentamiento agroceramista en la cuenca del río Canimar desde poco antes de la conquista. La evidencia documental extiende la presencia de aborígenes nativos y de otras regiones del circumcaribe,

por lo menos hasta mediados del XVI.² La agrupación de los asentamientos como Cazuelas, Los Perros y La Cañada, entre otros de filiación agroceramista, sugiere que estos se establecieron por lo general en las cuencas de los ríos y hasta el momento no hay evidencia arqueológica que establezca un poblado de esta filiación en el centro urbano de la ciudad.

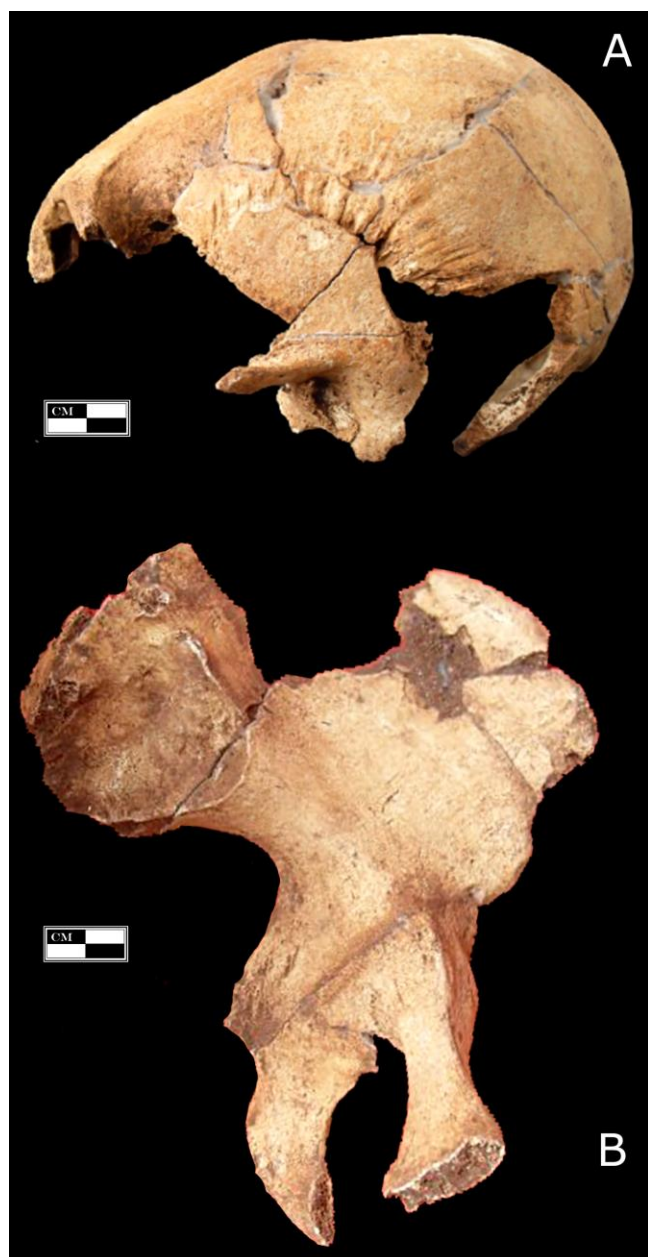


FIG. 7. Cráneo con deformación artificial y rama pélvica del segundo entierro de El Morrillo

²“Méritos a Pedro Velázquez”, rubricado por Alonso Suárez de Toledo, La Habana 26 de mayo de 1566 (AGI/Patronato Real, 67, R. 9.).

Establecer un vínculo entre alguna de estas áreas y el mítico “Yucayo” (ej. Vento, 1988; Rives et al., 2013) no es posible con la evidencia disponible, y mucho menos con las descripciones de la Carta de Velázquez. En conclusión, no es posible localizar al legendario poblado, como tampoco se puede yuxtaponer el “cayo blanco” como el cacicazgo de Guayacayex en la actual provincia de Matanzas (Orihuela y Viera, en prep.). De las investigaciones arqueológicas no han resultado evidencias o materiales que apoyen esta hipótesis. No obstante, quedamos abiertos a toda incorporación y complemento que otros puedan reafirmar o refutar. Al final, confiamos que todo ello confluirá un mayor entendimiento y enriquecimiento de nuestra historia común.

Agradecimientos

Agradecemos a Ramón Cotarelo Crego, Lisette Roura Álvarez, Leonel Pérez Orozco y Odlanyer Hernández de Lara quienes nos aportaron varias revisiones críticas y constructivas sugerencias que sin duda mejoraron nuestro libro, y este ensayo. A Yadira Chinique de Armas, Mirjana Roksandic, Silvia Hernández y Jorge Garcell, por compartir con nosotros frutos de sus propias investigaciones y otras sugerencias respecto a los sistemas de entierros aborígenes.

Bibliografía

- Alfonso, P. A. (1854). *Memorias de un Matancero: Apuntes para la Historia de la Isla de Cuba con Relación a la Ciudad de San Carlos y San Severino de Matanzas*. Imprenta Marsal, Matanzas.
- Chinique de Armas, Y., Buhay, W. M., Rodríguez Suárez, R., Bestel, S., Smith, D., Mowat, S. D., y Roksandic, M. (2015). Starch analysis and isotopic evidence of consumption of cultigens among Fisher-gatherers in Cuba: the archaeological site of Canimar Abajo, Matanzas. *Journal of Archaeological Science* 58:121-132.
- Chinique de Armas, Y., Roksandic, M., Rodríguez Suárez, R., Smith, D. G., y Buhay, W. M. (2016). Isotopic evidence of variations in subsistence strategies and food consumption pat-

- terns among “Fisher-gatherer” populations of Western Cuba. *Cuban Archaeology in the Caribbean* (I. Roksandic, ed.), pp: 125-146. University Press of Florida, Gainesville.
- Deagan, K. (1987). *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800. Volume 1: Ceramics, Glassware, and Beads*. Smithsonian Institution Press, Washington, DC.
- Escalona, Martha S. y S. T. Hernández Godoy. (2008). *El Urbanismo Temprano en la Matanzas Intrarrios (1693-1840)*. Ediciones Matanzas, Matanzas.
- Hernández Godoy, S. T. (2012). *Patrimonio arqueológico aborigen de Matanzas*. Ediciones Matanzas, Matanzas.
- Hernández de Lara, O. y B. E. Rodríguez Tápanes (2008). Consideraciones en torno a una posible estructura de vivencia en el asentamiento aborigen El Morrillo, Matanzas, Cuba. *Comechingonia: Revista Electrónica de Arqueología* 1: 24-42.
- Hernández de Lara, O. (2011). Arqueología urbana y patrimonio arqueológico en la ciudad de Matanzas, Cuba. *Arquitectura y Urbanismo*, XXXII (1): 66-71.
- Martínez Gabino, Aida, Ercilio Vento Canosa y Carlos Roque García. (1993). *Historia Aborigen de Matanzas*. Ediciones Matanzas, Matanzas.
- Martinón-Torres, M., R. Valcárcel Rojas, J. S. Samper, y M. F. Guerra (2012). Metallic encounters in Cuba: the technology, Exchange and meaning of metals before and after Columbus. *Journal of Anthropological Archaeology* 31: 439-454.
- Orihuela, J. y O. Jiménez Vázquez (2017). Reporte del molusco marino *Busycon perversum* (Gastropoda: Busyconidae) del sitio arqueológico El Morrillo, Matanzas, Cuba. *Cuba Arqueológica, Revista Digital de Arqueología de Cuba y El Caribe* X (1): 52-59.
- Orihuela, J., Viera Muñoz, R. & Pérez Orozco, L. (2017). Contribución a la cronología y la paleodieta de un individuo aborigen excavado en el sitio arqueológico El Morrillo (Matanzas, Cuba). *Cuba Arqueológica. Revista Digital de Arqueología de Cuba y El Caribe*, X (2):16-31.
- Orihuela, J., Viera Muñoz, R., & Hernández de Lara, O. (2018 B). Evidencia de estructura anexa al antiguo torreón de El Morrillo, Matanzas, Cuba. *Cuba Arqueológica. Revista Digital de Arqueología de Cuba y El Caribe*, 11(1), 62–66.
- Orihuela, J., & Hernández de Lara, O. (2018). La Academia de Ciencias de Cuba y las investigaciones arqueológicas en el sitio El Morrillo: apuntes historiográficos. *Cuba Arqueológica. Revista Digital de Arqueología de Cuba y El Caribe*, XI (1), 19–35.
- Orihuela, J. y R. A. Viera (en prep.) *Matanza de Yucayo: Historia y Mito*.
- Payarés, R. (1980). Informe de los trabajos de salvataje en El Morrillo. Capítulo 6: 77-90, en *Cuba Arqueológica II*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- Roura Álvarez, L., y Hernández de Lara, O. (2019). Indios naturales y floridanos en Guanabacoa, La Habana, Cuba. *Ciencia y Sociedad*, 44(4), 35-50.
- Treserra y Pujadas, José A. (1943). *Historia de Matanzas: Introducción a Matanzas y Yucayo. Vol. I*. Junta de Cultura y Turismo de Gobierno Provincial de Matanzas, Matanzas.
- Vázquez Pérez, R. (1979). Un vistazo a la historia aborigen de Matanzas. *Semanario Yumurí*, Matanzas.
- Vento Canosa, E. (1988). La realidad y el mito sobre el asentamiento de la antigua Yucayo. *Revista Matanzas* 12: 1-3.
- Vento Canosa, E. (2002). *La Última Morada*. Ediciones Matanzas, Matanzas.
- Viera Muñoz, R. A. y L. P. Orozco (2012). Arqueología histórica en contextos fundacionales de la Ciudad de Matanzas, Cuba. *Cuba Arqueológica* V (1): 41-44.
- Viera Muñoz, R. A. y L. Pérez Orozco (2014). Intervenciones arqueológicas en el Teatro Sauto. *Revista del Gabinete de Arqueología de La Habana*, 10(10):17-24.

Manos jóvenes que desentrañan la historia: experiencias arqueológicas en la Escuela Taller de Matanzas

Cándido SANTANA BARANI¹

El 2 de septiembre del 2019 quedó inaugurada en la ciudad de Matanzas la Escuela Taller y de Oficios Daniel Dall'Aglío de la Oficina del Conservador, sexta de su tipo en el país. La institución docente está subordinada a la red internacional de escuelas de este tipo, de las ciudades patrimoniales de Cuba.

Con más de 10 años de experiencia en Cuba y América Latina, las escuela de La Habana, Cienfuegos, Trinidad, Camagüey y Santiago de Cuba de las Oficinas del Historiador y del Conservador de estas respectivas ciudades, han afrontado las más difíciles tareas de renovación en emblemáticos edificios patrimoniales. Estos trabajos han resultado premios de restauración y conservación que incluyen el Capitolio Nacional, el Santuario del Cobre, la Iglesia de las Mercedes, el Castillo de Atares, la reconstrucción de los desastres dejados por Irma en Baracoa y otros que han engrosado el paisaje rehabilitado de nuestro patrimonio histórico y arquitectónico.

Luego de la fundación de la Oficina del Conservador de Matanzas en 2014, la creación de este tipo de escuela, formadora de habilidades múlti-

ples en los antiguos oficios de restauración patrimonial, se convirtió en una meta anhelada para esta oficina, hasta completar su empeño y convertirse hoy en una de las más bellas, instruidas y eficientes del país. Con una matrícula inicial de 116 estudiantes y 15 profesores, la escuela Daniel Dall'Aglío abrió sus puertas al nuevo curso escolar brindando a los jóvenes matanceros de toda la provincia modalidades formadoras de Carpintería integral de restauración, Albañilería integral de restauración, Pintura Mural, Herrería, Cerámica, Restauración de Papel y Arqueología. Esta última especialidad requiere de los matriculados el certificado de 12 grado por la complejidad de los conocimientos impartidos. Los objetivos fundamentales están dirigidos a la especialización arqueológica de sitios urbanos para su rescate y puesta en valor, evitando de esta forma que se pierda la información acumulada en cientos de años en los estratos arqueológicos del centro histórico. Los estudiantes aprenden a interpretar los contextos arqueológicos urbanos, la identificación de elementos y piezas arqueológicas, la lectura de los estratos acumulados en diferentes sitios y la re-

¹Escuela Taller y de Oficios Daniel Dall'Aglío, Oficina del Conservador de la Ciudad de Matanzas (Cuba).



FIG. 1. Excavación arqueológica en el patio de la Escuela Taller de Matanzas

construcción de épocas, costumbres y usos en determinadas áreas de la ciudad. El equipo de estudiantes está integrado por seis jóvenes, que luego de varios meses de intensa y profesional preparación teórica, comenzaron una excavación docente educativa en el patio del plantel, que tiene como objetivo el entrenamiento práctico de los estudiantes y su toma de habilidades. El edificio perteneció a la antigua escuela La Milagrosa que radicó en el lugar desde 1872 hasta 1960 y de esta fecha hasta 2013 funcionó como la escuela primaria Zamora Quero.

La riqueza contenida en los múltiples estratos arqueológicos, 24 detectados hasta hoy en el lugar, asombró a propios y ajenos desde el primer movimiento de tierras. De los 8 primeros excavados se pudieron coleccionar múltiples piezas del siglo XVIII y XIX que ingresaron en las colecciones arqueológicas de la nueva escuela. A medida que se profundizaba, las evidencias habitacionales

múltiples fueron conformando la visión integral de los diferentes usos del espacio. El descubrimiento más importante realizado por estos jóvenes matanceros fue el hallazgo de una huella de horcón de madera similar a las aparecidas sólo a 60 metros del lugar, en los predios de la iglesia fundacional, y que tributan a las construcciones fundacionales de la ciudad entre 1693 y 1700. Entre los elementos encontrados, destacan por su expansión en área en el recinto arqueológico, tres cimentaciones superpuestas perteneciente a viviendas que estuvieron en el lugar en épocas diferentes.

Durante el siglo XVIII se ubicó otra construcción, que dejó sus huellas de piedra y sus artefactos en relación con este momento ocupacional y por encima de este, los claros restos de una casa de la segunda mitad del siglo XIX consistente en el piso de esta, el baño con su bañera de lozas blancas y otras dependencias.



FIG. 2. Excavando en el patio de la Escuela Taller de Matanzas

Hoy los jóvenes estudiantes de arqueología de la escuela Taller y de Oficios Daniel Dall'Aglio de la Oficina del Conservador, Barbara García, Alessandro Crespo, Frank Martínez, Alejandro Maríny Yiliannis Duquensne, continúan revelando secretos ocultos en las entrañas de esta tierra

matancera, aportando una indispensable herramienta para el establecimiento de los fundamentos históricos de nuestra ciudad, fruto de una rica historia y herencia patrimonial muy singular en el occidente cubano.

Normas editoriales

La presente publicación digital tiene como objetivo la divulgación del desarrollo de la ciencia arqueológica en Cuba y el Caribe, con una sección dedicada a América Latina que publicará un artículo por número. La misma tiene una periodicidad bianual y publica trabajos originales de arqueología en general y patrimonio que traten el tema en la región. Serán considerados para su publicación aquellos artículos de la región circuncaribeña que traten la temática aborigen en relación con el área antillana y de toda América Latina referente a la arqueología histórica y el patrimonio.

Los textos serán sometidos a revisión por pares en la modalidad de doble ciego, por lo que se garantiza el anonimato de ambas partes (autores y evaluadores). El Comité Editorial elige a los evaluadores pertinentes, reservándose la revista el derecho de admisión. Los originales serán enviados únicamente en formato digital al correo electrónico de la revista con copia al Coordinador. Una vez recibidos el artículo, el autor recibirá un acuse de recibo y será informado del resultado de la evaluación que dictaminará si el artículo es 1) Publicable sin modificaciones, 2) Publicable con modificaciones, o 3) No publicable. En el segundo caso le serán remitidas las modificaciones recomendadas y en el tercer caso, la justificación de la decisión.

Para el mejor procesamiento de la información, se solicita a los autores ajustarse a las normas establecidas a continuación.

The present digital publication has as its objective the dissemination of the development of archaeological science in Cuba and the Caribbean, with a section dedicated to Latin America where one article shall be published in each issue. The same has a biannual frequency and publishes original works of archaeology and heritage in general dealing with the topic in the region. Articles on the circum-Caribbean region that deal with aboriginal topics with relation of the Antillean area and of all Latin America referring to historical archaeology and heritage will be considered for publication.

Texts shall be submitted for review by peers in the double-blind modality, whereby its anonymity for both parties (authors and reviewers) is guaranteed. The Editorial Committee chooses the pertinent reviewers, the magazine reserving the right of admission. The originals shall be sent solely in digital format to the magazine's electronic mail address, with a copy to the Coordinator. Once the article is received, the author shall receive a confirmation of receipt and will be informed of the result of the evaluation which shall determine if the article is 1) Publishable without changes, 2) Publishable with changes, or 3) Not publishable. In the second case, the recommended changes shall be sent to the author, and in the third case, the justification of the decision not to publish.

For better processing of information, we request that authors adjust to the editorial rules established below.

La revista recibe textos en español e inglés (en el último caso se publican en español). La extensión máxima es de veinte (20) cuartillas para los artículos y cuatro (4) para las reseñas de libros y las noticias. Excepcionalmente, la revista podrá admitir artículos más extensos si hay razones que lo justifiquen. Se presentarán con los siguientes ajustes: formato Word; hoja tipo -A4; interlineado 1,5; fuente Times New Roman 12; texto justificado y un espacio antes y después de los subtítulos.

Se requieren los siguientes datos de los autores: nombre/s y apellido/s, grado, institución, país y correo electrónico.

Los artículos deben estar precedidos de un resumen de no más de 150 palabras. El título (Mayúsculas/minúsculas) debe estar centrado, los subtítulos en negrita y subtítulos secundarios en cursiva.

Los artículos deben estar organizados como sigue:

- Título
- Autores
- Resumen (en español e inglés)
- Palabras clave (en español e inglés)
- Texto (introducción, desarrollo, conclusiones)
- Agradecimientos
- Bibliografía

Las imágenes, tablas, etcétera, deben enviarse en archivos separados .JPG, numeradas (Figura 1; Tabla 1). Los pies explicativos irán al final del artículo correspondiente. La revista se reserva el derecho de ajustar la cantidad de figuras de acuerdo con las posibilidades de edición.

Las referencias bibliográficas en el texto se expondrán de la siguiente manera: un autor Domínguez (1984:35) o (Domínguez 1984:35); dos autores: Arrazcaeta y Quevedo (2007:198) o (Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); tres o más autores: Calvera et al. (2007:90) o (Calvera et al. 2007:90). Cuando las citas no son textuales, no es necesario incluir el número de página. En la bibliografía no se omite ninguno de los autores. Cuando son dos o más citas dentro del mismo paréntesis se organizan cronológicamente y se separan con punto y coma.

Las notas se insertarán a pie de página, siguiendo el comando "Insertar nota" de Windows.

La bibliografía debe estar organizada alfabética y cronológicamente.

This magazine receives texts in Spanish and English (in the latter case, publication is in Spanish). The maximum length is twenty (20) typewritten pages for articles and four (4) for book reviews and news items. Exceptionally, the magazine may admit longer articles if there are reasons to justify it. Articles shall be submitted adjusted as follows: Word format; sheet type -A4; 1.5 spaces between lines; font Times New Roman 12; justified text and one space before and after the subtitles.

The following data are requested from the authors: first and last names, degree, institution, country and e-mail address.

Articles must be preceded by an abstract of no more than 150 words. The title (capital/small letters) must be centered, the subtitles in boldface, and secondary subtitles in italic.

Articles must be organized as follows:

- Title
- Authors
- Abstract (in Spanish and English)
- Key words (in Spanish and English)
- Text (introduction, body, conclusions)
- Acknowledgments
- Bibliography

The pictures, tables, etc., must be sent in separate .JPG numbered files (Figura 1; Table 1). Footnotes shall go at the end of the articles. The magazine reserves the right to adjust the amount of figures in accordance with editorial needs.

Bibliographic references in the text shall be set forth as follows: an author Domínguez (1984:35) or (Domínguez 1984:35); two authors: Arrazcaeta y Quevedo (2007:198) or (Arrazcaeta y Quevedo 2007:198); three or more authors: Calvera et al. (2007:90) or (Calvera et al. 2007:90). When the citations are not textual, it is not necessary to include the page number. None of the authors is omitted in the bibliography. When two or more citations are within the same parentheses, they are to be organized chronologically and separated by a semicolon.

The notes shall be inserted manually with consecutive numbers at the end and in the text itself shall be located under the subtitle Notes, before the Bibliography. Do not utilize the Windows "Insert Notes" command.

The bibliography must be organized in alphabetical and chronological order.

Libros:

Guarch, J. M. (1978). *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Capítulo de libro:

Domínguez, L. (2005). Historical archaeology in Cuba, L. A. Curet, S. L. Dawdy y G. La Rosa Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Revista:

La Rosa, G. (2007). Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia. *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16.

Tesis:

Rangel, R. (2002). Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané. Tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Los textos deben remitirse a:

Cuba Arqueológica
 revista@cubaarqueologica.org
 odlanyer@cubaarqueologica.org

Books:

Guarch, J. M. (1978). *El taíno de Cuba. Ensayo de reconstrucción etnohistórica*. Instituto de Ciencias Sociales, La Habana.

Book chapter:

Domínguez, L. (2005). Historical archaeology in Cuba, L. A. Curet, S. L. Dawdy y G. La Rosa Corzo (eds.), *Dialogues in Cuban Archaeology*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Magazine:

La Rosa, G. (2007). Arqueología del cimarronaje. Útiles para la resistencia. *Gabinete de Arqueología*, Boletín núm. 6, Año 6: 4-16.

Thesis:

Rangel, R. (2002). Aproximación a la Antropología: de los precursores al museo Antropológico Montané. Tesis doctoral, Facultad de Biología, Universidad de La Habana, La Habana.

Send texts to:

Cuba Arqueológica
 revista@cubaarqueologica.org
 odlanyer@cubaarqueologica.org

Cuba Arqueológica

Revista digital de Arqueología
de Cuba y el Caribe



www.cubaarqueologica.org